


Fall 10-2010

# La hispanización y la identidad hispana en Filipinas

David Sánchez-Jiménez  
*CUNY New York City College of Technology*

## How does access to this work benefit you? Let us know!

Follow this and additional works at: [https://academicworks.cuny.edu/ny\\_pubs](https://academicworks.cuny.edu/ny_pubs)

 Part of the [Anthropological Linguistics and Sociolinguistics Commons](#), [Asian History Commons](#), [Comparative and Historical Linguistics Commons](#), [History of the Pacific Islands Commons](#), [Pacific Islands Languages and Societies Commons](#), [Political History Commons](#), [Social History Commons](#), and the [Spanish Linguistics Commons](#)

---

### Recommended Citation

Sánchez-Jiménez, David, "La hispanización y la identidad hispana en Filipinas" (2010). *CUNY Academic Works*.  
[https://academicworks.cuny.edu/ny\\_pubs/221](https://academicworks.cuny.edu/ny_pubs/221)

This Article is brought to you for free and open access by the New York City College of Technology at CUNY Academic Works. It has been accepted for inclusion in Publications and Research by an authorized administrator of CUNY Academic Works. For more information, please contact [AcademicWorks@cuny.edu](mailto:AcademicWorks@cuny.edu).



## La hispanización y la identidad hispana en Filipinas (1ª parte)

David Sánchez Jiménez

<http://revista.carayanpress.com/hispanizacion1.html>  
<http://revista.carayanpress.com/hispanizaciondavid2.html>  
<http://revista.carayanpress.com/hispanizacion3.html>

# LA HISPANIZACIÓN Y LA IDENTIDAD HISPANA EN FILIPINAS

A Zoe Daniella,

*Conocerás otras historias...  
... encontrarás tus verdades*

Is the Filipino prepared for democracy? Definitely. Even before the arrival of the Spanish Conquistador, he had already practiced participatory democracy in his barangay. He values his freedom, but because he values human life more, he will not easily take up arms and would rather wait till his patience runs out. *The Filipino is Worth Dying For*. Benigno S. Aquino Jr.

## 1. LA HISPANIZACIÓN DE FILIPINAS: SIGLOS XVI-XVII

A pesar de lo mucho que se ha escrito en rechazo de la ocupación española de Filipinas — denunciando los abusos de poder y la corrupción que se produjo durante el periodo español—, poco se ha hecho por dignificar la figura de aquellos quijotes llegados a las antípodas de la Europa occidental ni por resaltar los inusitados logros que consiguieron estos hombres —aún más teniendo en cuenta los precarios medios y el escaso capital humano con el que contaban— tanto en su asentamiento en el país como en la modernización que supuso la presencia occidental para las islas. Sólo un reducido número<sup>i</sup> de residentes propició la permanencia de España en Filipinas por más de 300 años. Esto fue debido, en parte, a que la colonización española en Filipinas fue relativamente pacífica<sup>ii</sup> y a que primó un espíritu de convivencia desde los primeros años de la ocupación. Por otra parte, que el número de españoles establecidos en las islas fuera tan reducido era sumamente beneficioso para los habitantes nativos, en el sentido de que las enfermedades foráneas no supusieron una pandemia generalizada que hubiera diezmando la población indígena, como sucedió en Hispanoamérica. Es por esto que Geálogo (1998: 40-41) relata que sólo a finales del siglo XIX decrece de forma significativa la población —debido a una crisis de mortalidad provocada por epidemias violentas de viruela y cólera— a diferencia de lo que ocurrió en el territorio americano con la extinción de una parte importante de la ciudadanía autóctona.

De otro modo, la escasa presencia de nacionales españoles fue la razón principal que imposibilitó la expansión de la lengua española entre la población de forma generalizada, no llegando a superar el 3% del total de la población a finales del siglo XIX el número de personas que la tenía como lengua materna (Colomé, 2000a; Quilis, 1992). Esta cifra, sin embargo, no era inferior a la de países como Guatemala, Bolivia o Paraguay, que, sin embargo, mantuvieron la lengua española en convivencia con las lenguas precolombinas tras lograr su independencia de

España (Rodríguez-Ponga, 2003: 45). A este respecto, Louapre (1990: 285) hace una afirmación asumida y compartida por numerosos historiadores y lingüistas: “Si el ataque norteamericano en la bahía de Cavite, en 1898, no hubiese arrebatado las Islas Filipinas a España, arrancando el habla castellana, para reemplazarla por el inglés, el español hubiese sido realmente la lengua nacional, sólo o con el tagalo”.

Del contingente hispano que se hallaba en las islas, la gran mayoría procedía de la América hispánica —recordemos que tanto las embarcaciones como los hombres que acompañaron a Legazpi venían de estos territorios— habiendo solamente un número mayor de españoles en la última parte del siglo XIX en este archipiélago, a donde acudían por estancias cortas para beneficiarse de las oportunidades económicas, pero —a diferencia de los que habitaban América— no a quedarse (Rodao, 1998). Es por ello que lo español, la identidad española y el gobierno de las islas, llegaba tamizada por la mirada de los pueblos de la América Latina, y sin este filtro no sería posible entender hoy la identidad y la nacionalidad filipina (Medina, 2000a, 2000b, 2000c), así como la huella hispana dejada en la cultura de este pueblo asiático. En palabras del historiador Florentino Rodao (1998: 129), en clara alusión a esta idea:

En primer lugar, la influencia hispana fue en buena parte indirecta, puesto que el contacto mutuo fue escaso. En Filipinas sólo hubo un número importante de españoles en la última parte del siglo XIX, porque a este archipiélago se iba a enriquecerse por unos años, pero no para asentarse. Muy pocas familias españolas pertenecieron más de tres generaciones y además en Manila; los beneficios del tráfico a Acapulco con el galeón desanimaron a muchos de la idea de convertirse en “hacenderos”. Al único representante del poder que conocieron la gran mayoría de los filipinos, por tanto, fue un misionero. Pero conociendo o no a un Kastila, la evolución del pueblo filipino a lo largo de más de tres siglos se produjo bajo el marco de la dominación española, lo que ha influido fuertemente en su cultura. A la hora de adaptarse a las nuevas necesidades que demandaba el desarrollo de la sociedad, la referencia principal había de ser lo que veían en los dominadores coloniales. Filipinas es un claro ejemplo: es una invención claramente colonial que han pasado a asumir los propios tagalos, ilongos, ilocasso o visayas como suya.

La fórmula que siguió la Corona Española en su afán por habitar las islas Filipinas fue la de la convivencia pacífica y, como reconoce el propio Agoncillo (1990),<sup>iii</sup> esta colonización se llevó a cabo de forma pacífica y sin tener que lamentar una gran pérdida de vidas humanas. Esta labor se vio facilitada por la existencia en Filipinas de los Barangays, que aseguraban una organización social y política mínima que aprovechó la administración española, pues dicho sistema “se acoplaba perfectamente al régimen municipal español” (Molina, 1998a: 2). Estos núcleos organizativos se encontraban aislados entre sí, sin constituir estados, lo que facilitó una conquista rápida, eficaz y pacífica, como relata Bourne (1902: 38):

This social disintegration immensely facilitated the conquest; and by tact and conciliation, effectively supported by arms, but with very little actual bloodshed, Spanish sovereignty was superimposed upon these relatively detached groups, whose essential features were preserved as a part of the colonial administrative machinery.

Otra prueba irrefutable de esta convivencia es la del escaso número de efectivos militares que fueron necesarios para mantener la presencia española en las islas. El ejército español, a la altura de 1590, contaba con unos cuatrocientos hombres (Bourne)<sup>iv</sup>. No había aumentado mucho esta cantidad en 1786, cuando la población total era de 5.151.423 habitantes, de la cual 13.534 eran españoles, un 0,26% sobre el total (Louapre, 1990). Ni siquiera el elemento criollo ayuda a aumentar significativamente esta cifra. Louapre (1990) señala que había 1.000 criollos adultos varones en 1842, además de 3.500 menores de ambos sexos. Según Colomé (2000a), al final de la contienda Hispano-Filipina, la población de origen hispano era inferior al 3%. Cabe preguntarnos entonces, ¿cómo podría explicarse que la población indígena no se levantara en armas y acabara con una presencia que le incomodaba y con una tiranía opresiva? La respuesta es tan simple como obvia, porque la ocupación española suponía una ventaja recíproca convenida por ambas partes, aun cuando no siempre fuera así para el conjunto entero de la población. Del mismo modo, la aceptación de la religión hizo posible la colonización española sin generar un fuerte rechazo, pues el pueblo en su conjunto lo consideraba como algo positivo, como un beneficio. Por otro lado, los avances de la civilización occidental traída por los españoles dinamizaron la economía y las infraestructuras de las islas<sup>v</sup>, al mismo tiempo que la lengua española sirvió como *lingua franca* con la que unificar y organizar administrativamente el país a lo largo de las más de siete mil islas y los más de tres siglos que duró la presencia española. Así lo

documenta Colomé (2000a: 8) en base al testimonio de José Montero Vidal:

“La Historia General de Filipinas” de José Montero Vidal es una obra importante escrita que valora la aportación de España en el gobierno y el desarrollo de las islas en este tiempo. Tanto la red de municipios como la organización de las ciudades eran deudoras de las ciudades españolas desde el punto de vista urbanístico y jurídico-administrativo. Se enseñaron los oficios y las técnicas occidentales, tales como métodos de cultivo, arte de tejer, el empleo de la piedra en la construcción o la imprenta.

Otros avances que trajeron los españoles y que cita Ruescas (2009) en su artículo *Los Revolucionarios Filipinos y el español* son el arado, la rueda, el regadío o la unificación política (fundación de pueblos y ciudades), el sistema administrativo y judicial, los primeros hospitales y universidades asiáticas y el primer sistema de educación público en Filipinas. No obstante, los esfuerzos de los misioneros no se limitaban a su labor religiosa, sino que también contribuían al desarrollo sociocultural y económico de la comunidad, estableciendo, por ejemplo, comunidades políticas estables o provisiones para enfermos y desamparados, educando a los nativos en las escuelas, introduciendo avances en la agricultura del arroz y nuevos productos agrícolas venidos de América, como el maíz, el cacao, el índigo, el café o la caña de azúcar (Bourne, 1902; Molina, 1998a). Estos hechos encuentran su explicación en el nuevo espíritu surgido a raíz de la Contrarreforma, pues había removido los cimientos de la Iglesia Católica y los frailes se entregaban en igual proporción a la labor evangelizadora como a la civilizadora.

Veinte años después de la conquista de Luzón, la obra *La Memoria de las Encomiendas en las Islas en 1591* revela un extraordinario progreso en la labor civilizadora llevada a cabo por los españoles. Con el pago de las encomiendas y las recaudaciones de las órdenes religiosas se construyeron una catedral en Manila con su palacio episcopal, monasterios de agustinos, dominicos y franciscanos, y una casa de jesuitas. El rey mantenía un hospital para españoles y los franciscanos mantenían otro para los indios. Filipinas fue el primer país asiático en conocer los beneficios del contacto con occidente con la construcción de ciudades urbanizadas, palacios, hospitales, escuelas y universidades, si bien este avance y este progreso no fue gratuito. Por otro lado, el sistema de las encomiendas, así como el pago de tributos, fueron la causa de muchas dificultades y opresión en la América hispana, y tampoco estuvieron exentas de protestas y revueltas estas medidas en suelo filipino.

A pesar de estos diezmos, y debido en parte al ambiente universitario e intelectual en el que cuajó el sistema educativo, en opinión de Colomé (2000a) y Ortiz Armengol (1990), la filipina era durante este periodo español la sociedad asiática más moderna y avanzada en todos los órdenes: social, administrativo, político y económico. Bajo signo español, las Islas Filipinas se convirtieron en una nación, pero no en cualquier nación, sino en la más adelantada de la época en la zona del sudeste asiático, situación que se prolongó hasta la década de 1970, con la excepción de Japón (Rodao, 2005). En el siglo XIX Filipinas contaba con el mejor puerto de Asia, lideraba el intercambio de materiales preciados, como la seda y la plata, y era considerada como una potencia de primer orden (Rodao, 2003). Es suficiente con comparar, como propone Molina (1998a), el desigual nivel de desarrollo que alcanzaron las ciudades católicas habitadas por los españoles y aquellas que aún hoy permanecen dentro del ámbito pagano y musulmán. El nivel de desarrollo era tal que incluso el número de analfabetos era menor que el de la metrópoli en el siglo XIX (Molina, 1984; García Louapre, 1990; Colomé, 2000a). Sin embargo, como señala Bourne (1902), aunque la capacidad de leer y escribir estaba más difundida en Filipinas que entre la gente común de Europa, había menos material de lectura —exceptuando el religioso— que en ninguna otra comunidad del mundo. Sin que esto supusiera un obstáculo insalvable para la cultura, es en este ambiente en el que surge una élite intelectual que eclosiona a finales del siglo XIX, y que se conoce con el sobrenombre de los “Ilustrados”. Estos jóvenes filipinos no sólo disfrutaban de una educación universitaria en Filipinas, sino que completan su formación en Europa<sup>vi</sup>, mezclándose con los intelectuales españoles en las tertulias y empapándose de las ideas más progresistas de la época (Rodao, 1998: 130):

El número de filipinos que pasaron por universidades como la de Santo Tomás o por el Ateneo de Manila hicieron que la atmósfera cultural de Manila sobresaliese muy por encima del de las colonias vecinas como las del Reino Unido, Francia u Holanda. Sobre todo a partir de 1870, no faltaron las tertulias, las discusiones, el ambiente agitado y las críticas hacia la ocupación española. Además, un buen número de filipinos tuvo la oportunidad de viajar a la península, donde se podían mezclar con masones, republicanos, librepensadores y anticlericales.

Esta labor civilizadora y de cohabitación que venimos comentando es atestiguada por el historiador americano Edward Gaylord Bourne (1902), quien recoge algunos comentarios de viajeros extranjeros que visitaron las islas durante el periodo colonial, como, por ejemplo, el famoso explorador francés La Pérouse (cit. en Bourne, 1902: 71), quien visitó Manila en 1787 y escribió:

Three million people inhabit these different islands and that of Luzon contains nearly a third of them. These people seemed to me no way inferior to those of Europe; they cultivate the soil with intelligence, they are carpenters, cabinet-makers, smiths, jewelers, weavers, masons, etc. I have gone through their villages and I have found them kind, hospitable, affable, etc.

Un par de décadas después, el historiador inglés Crawford (cit. Bourne, 1902: 72), establecía una comparación de Filipinas con otras islas del sudeste asiático colonizadas por otros países occidentales que merece la pena reseñar:

Almost every other country of the Archipelago is, at this day, in point of wealth, power, and civilization, in a worse state than when Europeans connected themselves with them three centuries back. The Philippines alone have improved in civilization, wealth, and populousness [...] Upon the whole, they are at present superior in almost everything to any of the other races. This is a valuable and instructive fact.

## **2. DE LOS AUSTRIAS A LOS BORBONES: SIGLO XVIII**

Esta situación cambiará sustancialmente con la llegada de los Borbones al trono, en parte debido a la puesta en marcha de una política más proteccionista con lo español y más agresiva hacia lo filipino, lo que con posterioridad desembocó irremediabilmente en la lucha armada de la Revolución Filipina por la independencia política de España (Colomé, 2000a). Antonio Molina en su artículo *Colonia no; provincia sí* identifica en la decisión de los Borbones de considerar Filipinas como una colonia de España y a sus ciudadanos como seres inferiores —y que, por lo tanto, no disfrutaban de los mismos derechos que los ciudadanos españoles— el germen de esta rebelión. Así lo cuenta Molina en otra de sus obras (1998a, 7):

La ancestral política asimiladora de los Austrias, que inspira los convenios y pactos entre españoles y filipinos, sufre un cambio radical con el advenimiento de los Borbones en España. De provincia regular, en pie de igualdad con las demás regiones españolas, Filipinas se ve convertida en "Colonia de la Corona". Este status riñe frontalmente con lo convenido y los filipinos se aferran al principio de "Filipinas con España" en oposición al preconizado "Filipinas bajo España", que propugna el gobierno español. Los filipinos se apoyan en los masones, especialmente los reformistas filipinos radicados en España, y vista la negativa de España a reconocer los derechos de los ciudadanos filipinos como parte integrante de la nación española, invocan a fórmula "Filipinas sin España" como única solución posible, la total emancipación política de la metrópoli y ven en la lucha armada la única solución posible. Así se organiza la sociedad clandestina del Katipunan, que proclama la lucha por la independencia del país, bajo un sistema organizativo de la masonería (estructura, simbolismos, cifrados, métodos, logias, sanciones y normas disciplinarias).

En tiempos de Felipe II se había reconocido la soberanía española sobre las islas mediante renovados plebiscitos, pero siempre considerando a los habitantes del archipiélago en igualdad de condiciones jurídicas con respecto a los demás territorios del imperio español, distribuidos estos en provincias. Filipinas era parte integrante de la Corona, es decir, una provincia más de España en la cual sus ciudadanos disfrutaban de los mismos derechos y deberes que los ciudadanos peninsulares (Molina, 1984; 2003). La política ultramarina de los Austrias comenzó con el plebiscito de 1598-1600 y tuvo muchos años de vigencia hasta la llegada de los Borbones en el siglo XVIII, quienes además retirarán la institución que regulaba y velaba por los derechos de los habitantes de las colonias españolas, El Consejo de Indias.

[...] los Borbones pasan a ocupar este trono, por mimetismo calculado suprime el Consejo de Indias, que ostentaba la representación de las posesiones de Ultramar y, en su lugar, crea el llamado Ministerio de Ultramar, calco fiel de sus homónimos de Inglaterra, Francia y Holanda (Molina, 2003: s.n.).

Con este brusco giro en la política colonial, España se desmarcaba de un pasado

caracterizado por la convivencia para sumirse en un conflicto hispano-filipino que durará veinte años, acuciado por la pérdida de derechos de los ciudadanos de las islas y los abusos de poder que permite la nueva consideración de Filipinas como colonia. Un decreto de las cortes con fecha del 18 de abril disponía que las posesiones de ultramar, entre las que se incluía Filipinas, pasarían a gobernarse por leyes especiales, excluyendo la práctica de enviar diputados desde estos territorios al cuerpo legislativo de la Corona (Colomé, 2000a: 15). La constitución de 1876 ratifica esta situación y legisla todo el siglo XIX, en un tiempo de ostracismo medieval y de abusos indiscriminados.

Al igual que la política transatlántica de los Borbones marcaba una clara ruptura con el periodo anterior en Filipinas, lo mismo sucedía en el aspecto económico. Si bien la segunda mitad del siglo XVII se había caracterizado por una marcada decadencia a causa del conservadurismo de los Austrias, con políticas de restricción comercial y una centralización del gobierno de la metrópoli que impidió el desarrollo de una clase de oficiales coloniales energéticos y progresivos —así como una mayor prosperidad y progreso en las islas—, la llegada de los Borbones al poder supuso una apertura comercial sin igual que benefició el libre comercio y el enriquecimiento de una clase acomodada. Es por esto que Rodao (1998c: s.n.) apunta que “El cambio de dinastía de los Austrias a los Borbones a principios del siglo XVIII supuso una vigorización momentánea”. Se enviaron también nuevas delegaciones de soldados y misioneros en 1705 a las Islas Carolinas, por ejemplo, tratando incluso de reforzar la presencia de la Corona en Asia y de explorar posibilidades para conquistar nuevos territorios en esta zona. En 1778 los reglamentos consagraban el libre comercio sin imposición de aranceles a la importación-exportación entre España y Filipinas, se llevó a cabo la creación de la Sociedad Económica de Amigos del País y el establecimiento de la Real Compañía de Filipinas. Así, los filipinos se sentían parte de un engranaje comercial nuevo e industrial que propiciaba el enriquecimiento de familias filipinas, pero siempre con beneficio para la metrópoli “en lugar de formar parte del imperio español comandado por Dios”, como ocurría en el tiempo de los Austrias (Colomé, 2000a: 11). Como consecuencia de este liberalismo imperialista se fue suscitando la conciencia racial que consideraba superior al occidental y, en base a esto, se justificaron los abusos contra la mayoría de la población.

Estas medidas liberales tendían a dinamizar una situación de estancamiento secular en el terreno económico. El gobierno de Felipe II había prohibido en 1591 todo comercio directo entre Perú y otras regiones de Suramérica con China y Filipinas, siendo el comercio de Filipinas con México reducido a 250.000 dólares anuales para las exportaciones a Méjico y 500.000 dólares para las importaciones de México. Todo producto chino exportado a Nueva España debía ser consumido allí y el transporte de telas chinas a Perú estaba absolutamente prohibido. Como se produjeron frecuentes incumplimientos sobre estas órdenes, en 1603 se prohibió todo comercio entre Nueva España y Perú. A causa de este mal comercio, se decía que la Corona perdía dinero en Filipinas, debido a una equivocada política comercial y una progresiva expansión de sus territorios. Las grandes posibilidades de Manila como entrepuerto de comercio asiático apenas se aprovecharon, pues aunque se comerciaba con los países orientales, se negó el comercio con los europeos, lo que obstruía el crecimiento del comercio con China por la falta de mercancías en el viaje de vuelta, como consecuencia de las restricciones señaladas sobre el intercambio de negocio con América. El escaso comercio entre México y Filipinas produjo beneficios que aprovecharon únicamente los españoles que vivían en Filipinas y las órdenes religiosas, lo que, consecuentemente, redujo la calidad de vida en las provincias y acentuó la corrupción a partir de la segunda mitad del siglo XVII, produciéndose continuos abusos sobre los nativos de las islas, el pago desorbitado de impuestos y la falta de derechos de los ciudadanos de los territorios conquistados, iniciando una segunda fase de la colonización que contrastaba por su oscuridad con la convivencia pacífica y constructiva de la llegada y asentamiento de los pobladores hispanos (Bourne, 1902).

En cuanto a las consecuencias de la centralización del gobierno español de los Austrias, las órdenes reales y la respuesta a los problemas surgidos en las colonias —al igual que sucedía en la América hispana— llegaban tarde, cuando ya habían surgido otros nuevos, siendo la falta de control directa una de las causas que avivó los casos de corrupción y cohecho en las colonias, especialmente en las Islas Filipinas, donde el poder estaba en manos de unos pocos y los cargos del gobierno pasaban por Filipinas de forma temporal, siendo una cantidad poco representativa la que se quedaba a vivir en el país. Filipinas se había subdividido administrativamente en Provincias gobernadas por alcaldes mayores, quienes ejercían funciones ejecutivas y judiciales. El tribunal

provincial estaba formado por el alcalde mayor, un asesor que era abogado y un notario. Al no existir prohibiciones para que el alcalde mayor se dedicase al comercio y debido a la lejanía y la falta de control del gobierno de España, el alcalde en Filipinas podía utilizar su autoridad y su poder legal para conseguir ventajas económicas, priorizando el negocio sobre su labor administrativa y explotando a los indígenas sin miramientos. Entre los gobernantes venidos desde España había pocos cargos que acumulaban demasiado poder. En muchos casos, la calidad humana y la formación de los que ocupaban estos cargos era, cuanto menos, dudosa, lo que alimentaba el favoritismo y la corrupción en las operaciones comerciales llevadas a cabo en las islas, hechos difíciles de controlar por la Corona a causa de la distancia física que separaba las islas del reino de España (Sánchez Gómez, 1998).

Este empeoramiento del régimen de los Austrias tuvo que ver también con el supino esfuerzo que hizo la Corona para retener y solidificar su poder en Europa, al mismo tiempo que trataba de mantener los nuevos territorios de América y Filipinas, en un momento, además, de expansión económica y colonial de las potencias europeas a mediados del siglo XVII, como era el caso de Francia, Holanda e Inglaterra. Esta situación de debilitamiento y decadencia, como decimos, se remedió parcialmente con la llegada al trono de los Borbones, que, sin embargo, vino también acompañada de otros males. Hubo, por una parte, una potenciación del comercio liberal y un contagio beneficioso de las políticas educativas ilustradas, aunque continuó la corrupción y el cohecho, especialmente debido a la llegada a las islas de personal del gobierno poco formado y sin apenas experiencia. En este sentido, cabe hacer especial mención sobre el sistema judicial español en Filipinas en el siglo XIX, que fue uno de los aspectos en los que los Ilustrados fijaron sus propuestas de reforma. Una de las críticas más sangrantes a este sistema fue la de imponer penas leves por corrupción a los ciudadanos españoles, por suponer un desprestigio de la raza y de autoridad ante el indígena<sup>vii</sup>. En este sentido, cuenta Sánchez Gómez (1998: 96) que había dos visiones emparentadas en la península sobre los habitantes de las tierras conquistadas de ultramar:

Unos (los liberales y progresistas) buscan la “asimilación” de Filipinas a la península, reconociendo ciertas capacidades en la clase indígena. Para los conservadores, sin embargo, los habitantes de las islas continúan siendo niños a los que resulta imposible asimilar y a quienes debe guiarse en todos sus actos.

Sin embargo, Sánchez Gómez (1998) no culpa a la legislación española de este sistema judicial, sino a la falta de cumplimiento de las leyes de aquellos miembros del gobierno enviados a Filipinas, pues el poder estaba en manos de unos pocos y las islas estaban —en espacio y tiempo— muy alejadas de la península, por lo que este autor argumenta que “los informes elaborados en las islas siguen allí, sin ser conocidos por el ministerio nada más que a través de referencias indirectas, lo que imposibilitaba la supervisión de la metrópoli. En realidad, parece que nunca se remitieron a la península” (p. 97). Esto era así a pesar de haberse intensificado la labor burocrática en las islas con decretos que insistían en la creación de gobiernos civiles (1886), ayuntamientos (1889) y un nuevo régimen municipal (1893).

En su artículo, Sánchez Gómez (1998) insiste en la grave situación de la administración de las islas en el siglo XIX, en el mal gobierno y en el desconocimiento profundo que se tenía en España sobre la situación real de las islas. El preámbulo del decreto del 16 de agosto de 1870<sup>viii</sup> señalaba las causas de este inmovilismo y culpaba a la desobediencia<sup>ix</sup> y a la incompetencia de los que ejercían el poder en el gobierno de las islas con respecto a las órdenes que llegaban de la península:

Estas causas son muchas y complejas, pero al frente de todas ellas, y aparte el injustificado olvido de la opinión pública, figura su viciosa e ignorante administración, de la cual pudieran hacerse las más severas críticas sin temor de ofender a la justicia. Desde hace largo tiempo los Gobiernos, teniendo en ello por cómplice a la opinión, han creído que para servir los puestos públicos de Filipinas eran aptos los que no podían servir en la península, ni aún con las pocas exigencias que la Administración española ha llegado a tener. De aquí una debilitación constante del poder español y una incapacidad creciente en aquella Administración para cumplir los fines que el país le encomienda. Todos los informes de las Autoridades superiores están llenos de quejas de este mal; y apenas, dice una de ellas, pueden ya neutralizarse los efectos de este sistema con las honrosísimas, pero contadas excepciones que podría señalarse.

Uno de los signos distintivos del gobierno de las islas durante la dinastía de los Borbones en el siglo XIX fue el acentuado grado de corrupción de esta Administración de Justicia, como lo

relata crudamente en su correspondencia privada el gobernador general, Ramón Blanco, al Ministro de Ultramar, Antonio Maura, en 1893 (Sánchez Gómez, 1998: 99):

No sé todavía lo que haré, porque pasar el expediente a los Tribunales es casi lo mismo que sobreseerlo, porque los Juzgados en este país están todavía peor que los Gobiernos y no hay atrocidad que no sea posible en el Juzgado de Filipinas [...] Lo que está perdido es la administración de Justicia. La gran mayoría de los Jueces no prevarican ya, eso es poco: roban como otro ladrón cualquiera, y lo grave del caso, que encuentran apoyo en las Audiencias cuyo personal es muy deficiente y el que no es débil y transige con los malos [...] En este país las cárceles son un medio de lucro; y se entra o se sale de ellas según el dinero de que se dispone. Hombres hay que se pudren en ellas y se mueren porque así lo quiere o le conviene al juez; respecto al procedimiento, de ése nadie se ocupa ni a nadie le importa: la cuestión es mantener constantemente la explotación de las cárceles.

A esto se le une la subida de los impuestos que la nación española impuso para rentabilizar su permanencia de las islas, lo que condujo a la consideración de las colonias como una naranja que había que exprimir desde la metrópoli, sin contar en absoluto con los derechos de los ciudadanos, que eran violados repetidamente (Sánchez Gómez, 1998: 103). La mayor riqueza económica hasta entonces había recaído en el intercambio comercial del galeón de Manila, que transportaba los productos del sur y sureste asiático a la América Hispana a través de México. Hasta entonces, además de la finalidad evangelizadora, este había sido el motor económico que justificaba la estancia colonial en las islas (Alonso Álvarez, 1998; Colomé, 2000a). Una vez interrumpido este comercio con México, la economía filipina se readapta a la explotación de los recursos agrarios de las islas, mejora el comercio por el liberalismo y crece la economía filipina. En esta nueva etapa del colonialismo español se explota el tabaco, el azúcar y ábaca principalmente, además de otros productos agrícolas, y se mantienen siete fábricas españolas de tabaco a bajo coste que abastecen las necesidades de la península. Por todo ello, afirma Alonso Álvarez (1998) que, contrariamente a lo que se comenta, Filipinas le resultó rentable al gobierno español, al menos en esta segunda etapa que comentamos:

El estado colonial financiaba los costes de mantenimiento del Imperio en las islas Filipinas: de realizarlos inicialmente la Corona española pasaron a recaer sobre los hombros de los naturales de las islas [...] En conjunto, pues, hemos de afirmar que para España, y contra todo lo que ha dicho la literatura imperial de todas las épocas, las Filipinas resultaron ser una magnífica inversión, al menos durante los siglos XVII y XVIII —y en el XIX de otra manera—, que estuvo además financiada por los propios filipinos en su mayor parte, y que facilitó el florecimiento de todo tipo de actividades comerciales y financieras para los particulares españoles. (Alonso Álvarez, 1998: 110).

El repaso de la economía filipina durante la colonización española que hace Alonso Álvarez (1998) en el artículo *Coste y beneficio del Imperio español en Filipinas* evidencia como —especialmente tras la supresión de la ruta del galeón— España rebajó los costes a costa de los filipinos, sobre cuyas economías domésticas recaía la recaudación necesaria para mantener operativo el gobierno en las islas, propiciando un mayor rendimiento económico de los beneficios y las revueltas del siglo XVIII que, como consecuencia, condujeron con posterioridad a la revolución armada.

Colomé (2000a: 9) observa que aunque en el siglo XVIII comienza la segunda parte de la consolidación y desarrollo económico de la nación filipina, es también la época en la que disminuye la dinámica de asimilación e hispanización cultural implantada por los Austrias. Esto es debido a la distinta mentalidad política de los Borbones, impuesta de forma coyuntural en el país a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. Filipinas pasa de ser provincia a ser colonia por la pérdida de interés de los Borbones en la fórmula integradora que habían llevado a cabo los Austrias en las islas, lo que produjo un fuerte desencanto —que llevó a un progresivo separatismo— entre la población. Sin embargo, no es completamente negativa la aportación de este gobierno, pues el comercio experimentó un progreso espectacular y el archipiélago se benefició de algunas de las secuelas del despotismo ilustrado, como las reformas educativas, la implantación del servicio de correos, la expedición de Malaespina o la promoción de la enseñanza del español (Colomé, 2000: 11).

Sawyer (Bourne, 1902: 75) aporta un testimonio diáfano de cómo cambiaron las islas en esta segunda fase de la colonización y de cómo, a pesar de ello, aún conservaba su bonanza a finales del siglo XIX, sin parangón con otras colonias europeas:



Until an inept bureaucracy was substituted for the old paternal rule, and the revenue quadrupled by increased taxation, the Filipinos were as happy a community as could be found in any colony. The population greatly multiplied; they lived in competence, if not in affluence; cultivation was extended, and the exports steadily increased. Let us be just; what British, French, or Dutch colony, populated by natives can compare with the Philippines as they were until 1895?

### **3. EVANGELIZACIÓN E ILUSTRADOS: SIGLO XIX**

Otro punto de encuentro en el entendimiento entre ambos pueblos que constantemente se ha reseñado en los escritos referidos a la permanencia de España en las islas es la de la rápida evangelización aceptada por los habitantes de Filipinas. En tan solo 25 años se había evangelizado a 650.000 filipinos, deteniendo el avance del Islam en Luzón, que había llegado a Manila desde los territorios del sur (Colomé, 2000a). Molina (1998a: 2) refiere la importancia en esta empresa del trasfondo pagano de los filipinos, lo que facilitó la aculturación y la convivencia, aceptando de buen modo lo que venía de fuera.

Según Bourne (1902), las creencias religiosas de los malayos no estaban muy arraigadas y cedieron con facilidad a los esfuerzos de los misioneros, especialmente por lo impresionante de la escenificación en las ceremonias. Es por ello que, en muchos lugares, como testimonia Colomé (2000a), había una mínima representación española formada por dos hombres, el alcalde o el sacerdote. Habiendo tan escaso número de españoles en muchas de las poblaciones filipinas, no es de extrañar que la lengua española nunca llegase a cuajar de manera significativa en las islas, al contrario de lo que sucedía en las ciudades más pobladas, donde podían encontrarse hasta unos 200 españoles y donde el castellano era la lengua en la que se comunicaban hasta un 50% de sus habitantes\*. Si tenemos en cuenta que a principios del siglo XIX sólo 6 de cada 10.000 habitantes eran españoles (Colomé, 2000a: 13), resulta extraño que esta insignificante cifra pudiera mantener la presencia hispana en las islas, de no haber sido sostenida mediante un común acuerdo de convivencia pacífica y de intercambio mutuo. A este respecto, Tomás de Comyn (cit en Bourne, 1902) narra cómo un anciano religioso podía dormir tranquilamente a pierna suelta con la puerta de su casa abierta en medio de una comunidad filipina de entre 5, 10 o 20.000 habitantes, con la seguridad absoluta de que nada malo le iba a ocurrir. Esta bucólica imagen se contrapone a la descrita en las novelas de Rizal sobre esas monstruosas figuras de frailes sádicos sedientos de látigo, comprensible sólo desde el momento histórico que atravesaba Filipinas y de los tintes reformistas que impregnaban los escritos del héroe filipino. Como relata Ocampo (2002), habría religiosos tales como los que relata Rizal, pero, de ningún modo, esta imagen sería generalizable a todos ellos. Sirvan como ejemplo las palabras que le dedicaba Aguinaldo a Fray Tomás (cit. en Ocampo, 2002: s.n.) el 8 de enero de 1897 en respuesta a su carta, nueve días después de la ejecución de José Rizal:

. . . Every time I remember your great goodness of heart, I have raised my eyes to God and I have always said that if all the Spaniards were like you, there would never have been or ever would be an insurrection. It should be clear, Reverend Father, that this option has been caused in me by the repeated abuses, insults and machinations of your compatriots who desire to do us harm. If this had not been the case there would have been no rebellion (*en ingles en el original*).

Dejando atrás la leyenda negra y la impronta negativa forjada por el anticlericalismo masónico de los Ilustrados, quienes llegaron a denunciar el abuso de algunos misioneros, no se ha de cometer el error de generalizar sobre el total de los religiosos. Así, son muchos los intelectuales filipinos que solicitan una revisión histórica sobre la función de estos frailes y de la ocupación española en general que, por otra parte, también contribuyeron al avance social y económico del país (Farolán, 1998; Molina, 1984; Colomé, 2000a; Gómez Rivera 2000a; 2000b; Ocampo, 2002, etc.). En lo cultural, la crítica más feroz que se ha hecho sobre la labor interesadamente paternalista de estos religiosos, es la de haber sumido el ambiente intelectual de la época –en sus manos estaba la educación primaria, secundaria y superior– en una eterna Edad Media, mediante instituciones ancladas en los obsoletos métodos escolásticos (Farolán, 1997). El astrónomo francés Le Gentil (cit. en Bourne, 1902: 78) cuenta como era el conocimiento científico en las universidades de Manila a partir de la descripción de un ingeniero español: “in the sciences

Spain was a hundred years behind France, and that in Manila they were a hundred years behind Spain”, argumentando que de electricidad sólo se conocía el nombre, estando los experimentos prohibidos en este campo por orden de la Inquisición. Esta intervención de la Iglesia en la educación, enseñando sólo aquello que quería enseñar, la casi exclusiva publicación de libros de temática religiosa, la marcada censura sobre la ciencia impuesta por la Inquisición y el espionaje de las conciencias de los devotos, conducen irremediabilmente al clima que describe Farolán (1997: s.n.) —apoyado en el testimonio de José Rizal— en *La búsqueda de la identidad filipina*:

Rizal reflejó en sus escritos que el reino español en Filipinas fue un régimen de la edad oscura y medieval, la extensión de la Inquisición española. Mientras que Europa disfrutaba de la edad de la industrialización, España y sus colonias todavía estancaban en el ambiente medieval. Rizal no era anti-hispanista; fue más bien anti-clerical, porque veía que los clérigos hicieron que España regresase en su modo medieval en vez de seguir adelante con el resto de Europa.

Estas condiciones impedían todo avance intelectual, así como la llegada de las novedades científicas y del conocimiento moderno, que fueron tensamente bloqueados. Sin embargo, esta situación no impidió que las ideas de la Revolución Francesa y el eco de la independencia de las colonias americanas llegasen a oídos de la clase ilustrada filipina. Este grupo de intelectuales había recibido su educación en las mejores escuelas del archipiélago<sup>xi</sup> y, en la mayoría de sus casos, habían completado su formación en Europa. No obstante, eran miembros de familias que se habían enriquecido gracias a la legislación que amparaba el libre comercio en la etapa de los Borbones. Resulta, por lo tanto, paradójico —y sin precedente en otras colonias de países occidentales— que la Revolución Filipina se gestase en lengua castellana y en tierra española a través del intercambio intelectual con los liberales españoles en las tertulias decimonónicas y mediante la fundación del movimiento reformista de la “Solidaridad” en Barcelona. Es decir, que sin España —como también sucedió con otras colonias americanas— no hubiera habido revolución.

Martín Corrales (1998) registra este deambular y detalla con precisión el número de personalidades que visitaron España durante los siglos XIX y XX, hecho desde el que se entiende la posición de Recto (Fernández, 2003; Farolán, 2006; De la Peña, 2008) al defender la hispanidad como parte integrante de la identidad filipina, pues la formación de los intelectuales se hacía bajo el mecenazgo español y continuaba en la península<sup>xii</sup>: estudiaban la cultura, la lengua, la literatura, los estilos artísticos españoles, etc. Por otra parte, la influencia española hasta hoy en las artes, la música, la comida, los bailes folclóricos y otras actitudes y costumbres cotidianas filipinas son más que evidentes, como relata de forma brillante Molina en su ponencia en la SEECI *¿Qué queda de España en Filipinas?* (1998b). Sin esta clase privilegiada que bebió de las raíces culturales españolas y utilizó su lengua como medio de expresión, no hubiéramos hablado nunca en la historia filipina de revolución, ni de conceptos tales como la independencia, la unificación de los territorios bajo una misma bandera y la fundación de la primera república asiática, acontecimientos inviábiles desde el estado tribal en que se encontraba Filipinas a la llegada de los españoles. Por todo ello, esta clase ilustrada representa el testimonio imperecedero de la honda huella dejada por la cultura española en Filipinas.

Por otro lado, la relación de la Iglesia con el gobierno siempre fue tensa en Filipinas, recordando la rivalidad entre Papas y Emperadores propia de la época medieval. Desde que Felipe II pusiera la evangelización (Alonso Álvarez, 1998; Colomé, 2000a; Rodao, 2004) como prioridad de la permanencia en Filipinas —debido en parte a la lejanía y a la falta de riquezas<sup>xiii</sup> o de depósitos de oro y plata—, los religiosos, conscientes de la influencia que ejercían entre la población y del poder que suponía ser el intermediario natural en la mediación de los representantes del gobierno español con los mandatarios filipinos que habitaban en los pueblos —amén de una posición privilegiada en las grandes ciudades— (Quilis, 1989; 1992; Gerona, 1998; Colomé, 2000a; Pascual, 2003; Rodao, 2004; 2005), se opusieron a la conquista de otras zonas en Asia (Rodao, 2004). Al igual que el gobierno de las Filipinas dependía de Nuevo México, las Islas Carolinas, las Islas Marianas y Palaos se gobernaban desde Filipinas. Era por mantener esta influencia por lo que los religiosos —con el fin de perpetuar su presencia en las islas mencionadas— se oponían abiertamente a la conquista de nuevos territorios<sup>xiv</sup>, lo que hubiera supuesto una sangrante pérdida de efectivos militares, trabajadores, bienes económicos y una mengua de su poder sobre el archipiélago<sup>xv</sup> (Gerona, 1998). Este hecho pone de relieve el fuerte peso político que ostentaba la Iglesia en las decisiones de Estado. Primó siempre en la

colonización española el miedo de los religiosos a que los recursos del estado fueran a parar a otros países y que la evangelización en ellos no llegara a producirse o se hiciera con gran dificultad, como habían demostrado las pioneras incursiones que habían intentado las órdenes religiosas en otros países asiáticos. Como consecuencia de esta actitud conservadora, el aislamiento de España en Asia —relegada a los territorios de Filipinas y Micronesia mientras otros países europeos se extendían por esta zona en el siglo XIX— hizo patente la debilidad y la decadencia de un gobierno que entró finalmente en una profunda crisis con Isabel II (Rodao, 2003).

Otra desatención frecuente de los religiosos a los poderes civiles que señalan los historiadores, y que contravienen los deseos expresos de la Corona, es la de predicar en las lenguas nativas, en lugar de seguir los decretos reales que llegaban desde España. Los religiosos se habían excusado de esta responsabilidad por la labor prioritaria que suponía evangelizar a los indígenas, y justificaban su posición por el bajo número de religiosos y por la amplia diversidad de los pueblos y de lenguas que encontraron desde su llegada a las islas. En 1609 Antonio de Morga (2008) relataba la diversidad de lenguas y culturas halladas en estos territorios, lo enraizadas que estaban y lo difícil que era establecer comunicaciones entre territorios tan distantes. La rentabilidad que suponía predicar en las distintas lenguas nativas para llegar más directamente a los filipinos era razón suficiente para no invertir años en una empresa tan magna como inviable, como era la de la enseñanza del español, especialmente cuando se contaba con tan escasos recursos humanos para acometerla.

Por lo tanto, se advierte en estos hechos que la Iglesia tuvo un papel decisivo en la ocupación de las islas, cosechando una valoración desigual en lo que atañe al desarrollo y al estatismo de los distintos proyectos llevados a cabo en el archipiélago. En cuanto a su relación con la nueva clase burguesa hispanofilipina, la Iglesia se opuso a las nuevas ideas reformistas que defendía este grupo, muy críticas con el gobierno de la Corona y, en especial, con el clero. Las tesis independentistas que defendían se difundieron mediante publicaciones periódicas en la prensa, manifiestos, tertulias, etc. que se financian en el seno de una clase acomodada surgida a raíz de la bonanza económica de principios del siglo XIX. Este impulso independentista se materializa en 1882 con el surgimiento de “La propaganda”, un movimiento político que reivindica la condición jurídica de Filipinas como provincia y los derechos de los habitantes de las islas. En 1889 se publica en Barcelona el quincenario de “La Solidaridad”, en el que se insiste en las ideas independentistas y se echa un pulso al gobierno español en su decisión de permanecer junto a España o de separarse, hastiados ya de no ser miembros integrantes de la nación española, a la que consideraban como propia. La intransigencia del gobierno español en reconocer legalmente la convivencia de españoles y filipinos —al considerar las Islas Filipinas como una colonia en lugar de una provincia del reino— desencadenó el conflicto armado. Dentro de las dos tendencias independentistas, la reformista apostaba por una solución pacífica, mientras que el otro grupo, el de los revolucionarios, abogaba por el uso de las armas para conseguir la autonomía de un gobierno injusto que ya no les consideraba como hermanos. Este colectivo se estructura en movimientos como el Katipunan, con dirigentes como Andrés Bonifacio, Emilio Jacinto y Emilio Aguinaldo, apoyados por los recursos financieros de Luis R. Yangco y Francisco L. Roxas. Fue esta segunda fuerza la que se impuso, especialmente tras el vencimiento de los reformistas en la figura de José Rizal. Como acertadamente señala Colomé (2000a: 50) el fusilamiento de Rizal supuso un antes y un después en la situación de las islas, pues los revolucionarios lo convirtieron en el mártir de su causa y se aceleró el levantamiento armado en detrimento de las tesis unificadoras que exigía al gobierno español el bando reformista. Pero lo que es aún más importante, como afirma Colomé (2000a: 50), porque “el curso de la historia de Filipinas hubiera sido muy distinta de haber vivido Rizal después de la Declaración de Independencia”, pues con seguridad el primer héroe filipino hubiera apelado al pasado común con la nación española, con el fin de evitar la entrada de los norteamericanos en las islas bajo la excusa de una falsa liberación que escondía, como posteriormente pudo comprobarse, intenciones imperialistas colonizadoras. Su gran amigo Blumentritt, un checo enamorado de Filipinas —a quien Rizal dedicó una de las tres cartas escritas antes de su muerte— advertía también de los peligros de caer en la influencia de los Estados Unidos aireando un fuerte sentimiento antiamericanista. Él conocía perfectamente la situación de las islas, tras haber intervenido en el Tratado de París, así como en la Revolución Filipina y en otras reformas, continuando la labor realizada por Rizal.

Atrás quedaban siglos de convivencia con sus luces y sombras. Lejana y débil sonaba ya

la palabra del pueblo filipino que en referéndum y en mayoría decidió por voluntad propia convivir y asimilarse a los españoles, aceptando su gobierno en 1578<sup>xvi</sup>. Pero no fue únicamente mediante la palabra del pueblo que se firmó este pacto, sino con la generosa entrega de su sangre en el campo de batalla para repeler los ataques de portugueses, holandeses e ingleses<sup>xvii</sup> durante la ocupación española, combates en los que filipinos y españoles lucharon en el mismo bando para defender con su vida un proyecto común. Esta lealtad se mantuvo inalterada aún después de la ocupación norteamericana de las islas, cuando miles de españoles residentes en Filipinas, mestizos y filipinos, acudieron a la Guerra Civil española para luchar en uno u otro bando<sup>xviii</sup>, defendiendo sus principios y su ascendencia hispánica en un conflicto que implicó a la sociedad filipina dentro y fuera de la península.

#### **4. COLONIZACIÓN ESTADOUNIDENSE Y DESHISPANIZACIÓN: PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX**

Si bien la convivencia hispano-filipina se había roto en el siglo XIX hasta convertirse en una cadena para el país asiático, esta relación toca a su fin definitivamente con la entrada en escena de los Estados Unidos de Norteamérica en el Pacífico. Antes de estos hechos, el 30 de diciembre de 1896, tras la ejecución del máximo representante de los reformistas ilustrados, José Rizal, el pueblo filipino optó por la vía revolucionaria que trataba de conseguir la independencia mediante el uso de la fuerza y la violencia (Rodao y Rodríguez, 2001). Los reformistas ilustrados se habían mostrado reticentes a estos métodos para centrarse en la denuncia del cambio de estado de Filipinas de provincia a colonia y los abusos del régimen colonial que este cambio conllevaba (Molina, 1984; 2003), con el fin de despertar la conciencia del gobierno español para acometer reformas urgentes. Estas negociaciones se recuperaron con el cese de las hostilidades y la firma del Pacto de Byak-na-bató<sup>xix</sup>. A pesar de ello, Estados Unidos interviene en este conflicto, deseoso de contar con el apoyo de la resistencia filipina y con el objetivo definido de expulsar al gobierno español del archipiélago. Las autoridades norteamericanas establecieron entonces contacto con los dirigentes de la Revolución Filipina y acordaron en las reuniones de Singapur y Hong Kong la reanudación de la lucha armada por la Independencia de Filipinas como un deber patrio, rompiendo así el pacto de paz y no agresión firmado con España. Es con la ayuda norteamericana y con las dotes persuasivas de las fuerzas revolucionarias exiliadas con las herramientas con las que se libran las batallas más trascendentes hacia la Independencia de Filipinas de España. Tras destruir la flota española en la bahía de Manila, los norteamericanos conceden a los filipinos el reconocimiento de su Independencia el 12 de junio de 1898, proclamándose la Primera República Filipina el 23 de enero de 1899 con la Constitución de Malolos. El desarrollo de estos acontecimientos puede consultarse con mayor detalle en los escritos de un testigo presencial, Manuel Sastrón (1901), en *La Insurrección Filipina y la Guerra Hispanoamericana*. Con la proclamación de la Primera República Filipina se crea una constitución —la de Malolos— y un himno —el de Palma— en español y Aguinaldo se convierte en el primer presidente. Sin embargo, el 4 febrero de 1899, dos meses después de la firma del Tratado de París —que tuvo lugar el 10 diciembre de 1898— con el que España cedía Filipinas a Estados Unidos, comenzaba la Guerra filipino-americana. Farolán (1997) narra cómo esta traición de los norteamericanos —y de los filipinos ajenos a la causa republicana que colaboraron con ellos— obliga al pueblo filipino a levantarse en armas en contra de los Estados Unidos, en una cruenta guerra que se reprimió cruelmente y que diezmó la población en un primer genocidio de la población hispana. Señala también este autor cómo Aguinaldo, uno de los protagonistas centrales de la historia de las islas en estos años, veía que entre los dos colonizadores, Filipinas tenía más que ver España que con los Estados Unidos y la consideraba a la luz de los hechos más honrada que ésta última.

Como comenta Agustín Pascual (2003) en *El drama de la re-colonización*, el año 1898 es una fecha de muchas desilusiones porque Filipinas no necesitaba otra colonización tras más de tres siglos de administración española, argumentando que los filipinos ya habían luchado suficientemente por la independencia de su país durante el siglo XIX. Tal fue la decepción de la élite filipina cuando tras el combate de Cavite y la rendición española, los norteamericanos no permitieron que el ejército filipino entrase en Manila<sup>xx</sup>. Filipinas contaba ya con los dirigentes y los recursos económicos, culturales, políticos y militares necesarios para afrontar las necesidades de un Estado moderno y, en este contexto, la sustitución de un colonizador extranjero por otro no ayudaba en absoluto a la

formación de una identidad nacional propia, la cual había empezado a florecer con fuerza durante los años de conflicto a finales del siglo XIX.

Cuando Aguinaldo proclamó la primera república en Asia no podía imaginar que al poco tiempo la República de Malolos y el sueño del gobierno a cargo de los propios filipinos se convertirían en ceniza, dejando a su paso una estela de más de un millón de muertos. Tampoco podía imaginar que su país dejaría de ser la gran potencia que fue, la que había adoptado los avances traídos de occidente con anticipación al resto de países asiáticos. Como comenta Rodao (1998a: 117):

[...] lo que Aguinaldo nunca llegó a pensar, aunque murió en 1964, fue que sus vecinos superarían a su país", ya que hasta esas fechas "el tamaño y las perspectivas de la economía de Filipinas eran superadas en Asia sólo por Japón, pero en los últimos treinta años la situación ha cambiado radicalmente.

Para España, de otro lado, la Independencia supuso un alivio significativo, pues la Corona ya no podía mantener las colonias y con la pérdida de Filipinas terminó vendiendo sus últimas posesiones en el Pacífico a Alemania (Rodao,1994a). Esto se tradujo en un alejamiento, desinterés y un abandono de Filipinas por parte de la metrópoli que se prolongó durante décadas. La hipótesis de Rodao sobre la desvinculación total de España sobre las posesiones del Pacífico se fundamenta en el continuo drenaje de plata que supuso su mantenimiento y el mal funcionamiento de la burocracia durante el siglo XIX, que dificultaba el buen gobierno de las islas. Es por ello que llegados al siglo XX no había en España una conciencia asiática real, mientras que se lloraba la descolonización en Hispanoamérica (Rodao, 1992). No obstante, la pérdida de las últimas posesiones ultramarinas sumió al país —hasta entonces imperial y de cierto peso político en el orbe mundial— en una depresión colectiva:

[...] dolor por el desastre militar y la aversión hacia los Estados Unidos por el statu perdido en un tiempo en que la importancia de las naciones se medía según la extensión de kilómetros cuadrados bajo su bandera, es necesario diferenciar lo que pasó en el caso de las colonias en el Caribe (Puerto Rico y, principalmente, Cuba) y en las del pacífico (Micronesia y, principalmente, las Filipinas) [...] Los lazos con las Filipinas, por otro lado, no eran tan fuertes y, más aún, se podría decir que surgió progresivamente un sentimiento en la península de haberse liberado de una pesada carga: no había habido beneficios de tal colonización y el dominio en Manila era ampliamente percibido como el mas ineficiente de todos y controlado por las órdenes religiosas (Rodao, 1998b: 69).

Como comenta Rodao, la descolonización de Filipinas no fue equiparable a la de Cuba e incluso llega a insinuar que se vio con cierto alivio desde la península. De hecho, hasta los valores religiosos que alimentaron la cruzada del Pacífico habían empezado a ser prescindibles con el auge de la masonería y de las ideas de la Revolución Francesa esgrimidas por los reformistas y los revolucionarios filipinos que combatían al gobierno español. Estos movimientos nacionalistas reclamaban una forma de gobierno laica en la que se separara el poder político del eclesiástico y en la que se reivindicaban las ideas de libertad e igualdad, conceptos ambos que el gobierno colonial había dejado de proporcionar a lo largo del siglo XIX con sus abusos indiscriminados de poder y con la corrupción imperante en ese tiempo (Rodao, 1998b). El poder eclesiástico había perdido también su imagen positiva en Filipinas y empezaba ahora a ser visto como un residuo medieval que se identificaba con tiempos pasados, como un impedimento para el avance, el progreso y la lucha por las libertades personales.

Esta nueva identidad nacional independiente renunciaba a muchos de los valores traídos por los españoles, aunque no dejaba de adoptar otros. Por ello, a pesar de que el talante de los reformistas y revolucionarios filipinos se había mostrado abiertamente anticlerical, lo cierto es que nunca se declararon antihispanistas. Muestra de ello es que tanto el proceso revolucionario como los textos independentistas se escribieron en lengua española y abundaban en sus prácticas los guiños a las costumbres y a la cultura españolas (Rodao, 1992).

Es debido a esto que Manuel Montoya (2003) propone no confundir el anticolonialismo filipino con el antihispanismo fomentado por los Estados Unidos de forma intransigente, sin olvidar nunca que los ilustrados rechazaban a los frailes, pero no a Cervantes. A pesar de que fracasaron los intentos políticos y las ambiciones de la Corona y las de la Iglesia, la lengua y la cultura permearon en la sociedad mezclándose con las autóctonas y conformando la identidad propia del filipino.

[...] los gobernantes americanos estaban ciertamente sorprendidos de lo difícil que era distinguir a la colonia española de la filipina en sí o de cómo se interesaban y participaban los filipinos en los asuntos propiamente españoles, tal como ocurrió con la Guerra Civil (1936-1939) (Rodao, 1994a: 9).

La convivencia y el mestizaje que habían mantenido ambos pueblos por más de tres siglos había producido una mutación en el carácter del filipino, surgiendo de ella una identidad mixta que conserva a día de hoy en su idiosincrasia rasgos claramente hispanos y que mantuvo vivo el hispanismo hasta los años 40. De hecho, el número de españoles a finales de la década de 1930 estaba entre 3.000 y 4.000, integrados en la sociedad filipina, por lo que era difícil distinguir a un mestizo de un español<sup>xxi</sup> (Rodao, 1994a). Estos rasgos de los que hablamos son todavía observables en la actualidad en la religión, la música, la comida, los bailes, etc. (Molina, 1990; 1998b). Con la entrada de los Estados Unidos en la historia de Filipinas, los habitantes de las islas reivindicaban —al igual que sucedía con el pueblo chamorro— la superioridad cultural de España<sup>xxii</sup> sobre los Estados Unidos y, como signo de esta asimilación, preferían seguir utilizando la lengua española (Rodao, 1996). No obstante, la cultura española se emparentaba con la tradición clásica europea, por lo que los filipinos que la conocían, la anteponían a la de los americanos, a la que miraban con desdén.

Sin embargo, es dentro de este ambiente en el que comienzan a tambalearse todos los principios —ya habían empezado a entrar en una profunda crisis social en los siglos XVIII y XIX— que habían mantenido la Corona y la Iglesia durante el periodo español, incluso los de mayor calado. La política norteamericana se encargó de escindir los pocos lazos aún tendidos entre ambos países y de apuntillarlos al evidenciar el manifiesto desinterés de la metrópoli por el país asiático. Para ello, se dedicó en cuerpo y alma a una labor combativa que desterrara todo resto de hispanidad en las islas, para imponer su estructura propia y su característica forma de ser. Es en esta primera etapa norteamericana cuando se produce una persecución sin tregua hacia todo lo hispánico en Filipinas que tendrá consecuencias visibles en todos los órdenes (Rodao, 1998b). Según Rodao, los misioneros suponían la cantidad mayor de población española en Asia Oriental y Pacífico durante la primera mitad del siglo XX<sup>xxiii</sup>. Sin embargo, a comienzos de los años 20, los jesuitas decidieron que era más conveniente adaptarse a las nuevas autoridades, reemplazando a los religiosos españoles con miembros norteamericanos. Este cambio explica otro hecho, el por qué fue Ateneo la primera Universidad filipina —fundada en el periodo español— que pasó a enseñar en inglés, mientras que la de Santo Tomás<sup>xxiv</sup> resistió hasta el final de la ocupación americana.

Esta demolición estadounidense del pasado español se evidencia en lo que algunos autores han dado en llamar los dos “genocidios” de lo hispano en Filipinas, es decir, la destrucción del legado arquitectónico —incluidas las bibliotecas— y cultural español, además de la prohibición expresa de la lengua española ante la imposición del inglés en las escuelas. Brichs Papiol (2009) recuerda alguna de las aportaciones más importantes durante este periodo en la conservación y recuperación de documentos, como la de Wenceslao Emilio Retana, con su *Aparato Bibliográfico de la Historia General de Filipinas*. Gracias a personas como Retana fue posible salvaguardar gran parte del legado español escrito en Filipinas.

Montoya (2003) subraya que fue este proceso de deshispanización la causa de que no perviviera la lengua española tras haber conquistado el pueblo filipino la soñada Independencia, como ocurriera en Hispanoamérica. Para otros autores (Louapre, 1990; Quilis, 1992; Colomé, 2000a; Rodao, 2005; Rodríguez-Ponga, 2009), la razón de que el uso del español no se generalizara en Filipinas fue debida, además, a otra serie de factores. Principalmente coinciden en señalar entre ellos el de la baja población hispana en el archipiélago, que aunque llegó a ser significativa en las ciudades, nunca se extendió a los pueblos<sup>xxv</sup>. No obstante, la agresiva política lingüística de los Estados Unidos, consistente en la marginación y el desprestigio de la lengua española y la implantación obligatoria de la lengua inglesa, sin duda, dañó sustancialmente la presencia del español en Filipinas.

Es quizá por esta persecución que el uso del español se convirtió en una muestra reivindicativa del anticolonialismo americano y de resistencia de lo hispánico, o como dice Rodao (1996b: s.n.): “la no adopción del inglés como lingua franca, a pesar de conocerlo, era una cierta forma de resistencia hacia el poder colonial”. Sirva como ejemplo el comentario de Rodao (1996b) sobre la actitud del presidente de la Primera República de Filipinas, D. Emilio Aguinaldo, de quien dice que aprendió el español después de haber sido depuesto, pero siempre rehusó aprender el inglés. La que había sido una lengua colonial tuvo un carácter anticolonial como cierta forma de

identificación nacional y de resistencia al poder de los Estados Unidos, simbolizado por el inglés (Rafael, 1991; Rodao, 1992; 1998b). Además de esta función combativa, la herencia hispana servía todavía para unificar a las distintas islas de tagalos, visayas, ilocanos, etc., y se mantenía vigoroso en los ámbitos de la administración, el derecho y en las transacciones comerciales, frente a la nueva invasión colonial representada por los norteamericanos y frente a lo regional que encarnaban las distintas culturas nativas (Rodao, 2002). Aun así, por otra parte, cuenta Rodao (1996b: s.n.) que había ya una gran proyección del inglés debido a “la posibilidad de ascender socialmente gracias a la habilidad de manejar la lengua de la autoridad colonial”.

La lengua española se mantuvo como una manifestación anticolonial y su papel se extendió mucho más allá de la comunidad española entre aquellos que se oponían al régimen norteamericano por considerarlo una traición injusta, impuesta tras una larga lucha por la Independencia del pueblo filipino y que fue cercenada de un plumazo, sin mediar palabra, en una guerra que dejó cuantiosas víctimas y que se caracterizó por la crueldad de sus batallas. Esto y la percepción —que comentábamos más arriba— de que los norteamericanos eran menos educados y que realizaban una política distanciada del pueblo, de no asimilación y de signo contrario a la de los españoles en los siglos precedentes, agudizaba la resistencia al invasor por parte del pueblo filipino (Rodao, 1992). Todos estos factores contribuyeron a un rechazo generalizado de lo norteamericano que “cristalizó en un auge contrario al gobierno impuesto por las personalidades influyentes de cuño hispanista” (Rodao, 1992: s.n.). Los nuevos colonizadores no contaban con que la hispanidad estaba anclada en la identidad propia de los filipinos, y que especialmente las capas más altas de la población y los hispanofilipinos lo utilizarían como elemento de lucha contra la transculturalización que trataba de imponer el nuevo gobierno invasor. La identidad con lo español era una constante que tenía como objetivo último el defender la identidad nacional frente a las fuerzas invasoras. No obstante, Filipinas era un país que había sido “inventado” por la administración española (Rodao, 1996b).

En relación a esto, y al contrario de lo que comúnmente se ha escrito, la lengua española —como embajadora o como recipiente que encerraba las esencias del pasado hispánico— no entró en decadencia hasta desaparecer del panorama socio-político en las islas tras la caída del gobierno español, pues se mantuvo con vigencia en una buena posición social durante las cuatro décadas posteriores a la Revolución Filipina. Así, Rodao (1994a) relata su buen estado de salud en Filipinas hasta los años 40 como lengua franca en la que se entendía el conjunto de la nación:

El idioma español, por su parte, seguía siendo ampliamente usado a finales de la década de 1940 quizás porque tenía una función en la sociedad como idioma filipino en sí, frente al inglés como idioma de los colonizadores y el Tagalo, Visaya, etc. (p. 9).

No obstante, en la historia de la literatura filipina escrita en español se identifica una Edad de Oro en las letras filhispanas paralela a nuestra Edad de Plata, siendo la lengua de cultura en Manila hasta la Segunda Guerra Mundial. Tanto el sistema judicial como la Iglesia Católica conservaban el español, así como las élites de las pequeñas capitales, éstas últimas con el fin de asimilarse a Manila y para diferenciarse del resto de filipinos. La vitalidad con que contaban las publicaciones periódicas escritas en español aportan otro dato a tener en cuenta. Antes de la Segunda Guerra Mundial sus ventas llegaban a los 80.000 periódicos (Rodao, 1996b). Sin embargo, el único periódico escrito en español que sobrevivió a la guerra fue “La voz de Manila”, con una tirada de 3.000 ejemplares, de calidad fatal y con noticias atrasadas que recordaban lo español con una mirada vuelta al pasado, pero sin continuidad de futuro (Rodao, 1994a: 10).

Muy usado en la administración y en los negocios —aunque el inglés ya le había superado en estos terrenos a la altura de la década de 1940— el lenguaje español había contribuido a la conservación de la identidad hispana. Como consecuencia del enriquecimiento de los propios filipinos<sup>xxvi</sup> que abanderaban lo hispánico, se organizaban charlas, lecturas, exhibiciones artísticas, conferencias, etc. Se invitó a las islas a participar en estas actividades con dinero autóctono a personalidades de renombre tales como Camilo Barcia, Federico García Sanchíz, Conrado Blanco o Vicente Blasco Ibáñez (Rodao, 2003). El dinero proveniente de las empresas con un fuerte ligazón hispánico promovieron también la creación del Hospital de Santiago para los necesitados y los Casinos españoles de Cebú, Iloilo y Manila, en los que se celebraban algunos de los actos arriba mencionados (Rodao, 1998b).

La identidad hispana se había desarrollado mucho más allá de la propia comunidad hispana y sobrevivía en el archipiélago con el impulso de la comunidad filipina. Como defendía Recto, el

hispanismo es algo propio de los filipinos y fue conservado en las islas con independencia de España, pues tenía asuntos propios que tratar y preocupaciones distintas a las de nación española. Es por la insistencia de los hispanistas filipinos por lo que continúa vivo el vínculo con la península durante la primera mitad del siglo XX, tras el abandono al que se somete por parte de la antigua metrópoli después de producirse la Independencia (Rodao, 1998b). Así la situación, se puede decir que “lo español empezó a caminar por su propio pie en Filipinas” (Rodao, 1998a: 131), siendo el hispanismo impulsado desde el propio archipiélago. Tras terminar la representación oficial de España en Micronesia y Filipinas, fueron estos pueblos los encargados de mantener su identidad mediante el establecimiento de contactos privados (Rodao, 1998c). Desde entonces, las órdenes religiosas y los intereses comerciales pasaron a ser los verdaderos impulsores de estas relaciones durante el periodo colonial norteamericano. Al comienzo de la Guerra del Pacífico más de un millón de personas, principalmente de las clases altas y medias-altas, hablaba el español. De este millón, comenta Rodao (1998) que los mestizos y otros habitantes de las islas de ascendencia hispana aún alcanzaban la cifra de 500 mil después de la Guerra del Pacífico.

El español resiste en las primeras décadas de la ocupación norteamericana a los ataques antihispanistas que trataban de identificar primero, para aniquilar después, el legado hispánico. Este hostigamiento comienza desde lo más visible, lo más corpóreo, la lengua, para extenderse más tarde a todos los otros rasgos culturales, arquitectónicos, administrativos, etc. El despliegue estadounidense en Filipinas de profesores y soldados que pudieran enseñar el inglés fue ingente. Estados Unidos aprovechó la infraestructura de las escuelas creadas por los españoles<sup>xvii</sup>, y gastó sumas millonarias en construir otras nuevas. En todas ellas la lengua de instrucción era el inglés, en sustitución del español, que sería definitivamente prohibido en la enseñanza reglada durante los años 20. Así, Rodríguez-Ponga (2003: 48) advierte que hubo una imposición del inglés, pero que la política lingüística de los Estados Unidos no se conformaba con esto, sino que se ha de hablar de una auténtica persecución del español.

Esta política lingüística, por supuesto, escondía un fin social, el de desterrar la huella cultural hispana del archipiélago. Se vio arropada también por una propaganda que difundía mensajes contrarios sobre la benevolencia del gobierno norteamericano en oposición al atraso y lo contraproducentemente negativo de seguir al anterior periodo español. Así lo relata Rodao (1998a: 131):

[...] eran muchos y tenían dinero y capacidad para moldear la sociedad a su gusto. Lo intentaron con unas políticas a largo plazo basadas en la educación y tampoco dejaron de atacar los pilares de la identidad filipina. Fue uno de los objetivos obvios en el archipiélago: para justificar la benignidad de su presencia, era necesario desmontar la influencia retrógrada de los anteriores

Esta demagogia política trataba de crear una leyenda negra sobre el periodo colonizador español con el fin de arrancar de cuajo las raíces hispanas de la sociedad filipina. Claro testimonio de esta actitud son las palabras de Julius C. Voight, Cónsul de Estados Unidos en Manila, quien a finales del siglo XIX justificaba la presencia de su país como libertador de un pasado oscuro y que trataba con sus palabras de distanciar a los españoles del selecto círculo de los países civilizados: “una raza brutal de gente cuya sangre mora les descalificaba para ser calificados como verdaderos europeos” (Rodao, 1998c: 34).

De la Peña (2001) habla de una soterrada guerra ideológica durante este periodo en su artículo *The Spanish-English Language “War”*. Con esta propaganda el gobierno norteamericano trataba de justificar la deshispanización que estaba llevando a cabo tanto en Filipinas como en Hispanoamérica, persiguiendo sin aliento los rescoldos encendidos de lo hispano en estos países. Para ello invirtió cantidades ingentes de dinero y esfuerzos en desterrar la lengua española de las zonas de influencia, aunque se topó con la resistencia de algunas universidades —la Universidad de Santo Tomás es el caso más destacado, siendo la última en la que se conservó la enseñanza en español hasta la imposición final del inglés—, de las instituciones culturales —promovidas por hispanistas, como la creación de la Academia Filipina— y, especialmente, del sistema de justicia, en el que los planes para terminar con el uso del español tienen que ser prorrogados en varias ocasiones, desde 1919 a 1933 y así de forma continuada hasta 1940 (Louapre, 1990).

Brichs Papiol (2009) evidencia una actuación consciente en este sentido, y acusa a los estadounidenses de la WASP de eliminar el legado hispánico, suprimiendo incluso un gran número de los hispanismos habidos en las lenguas vernáculas. También Gómez Rivera (2000a,



2000b, 2000c, 2000d, 2000e, 2008) habla de la destrucción y del acoso a lo español, así como de la masiva implantación de la cultura y la lengua anglófono como hechos fuertemente interrelacionados e indisolubles. Por ejemplo, comenta cómo el cine emitía únicamente películas en la lengua inglesa hacia los años 30 —y se devolvían las que llegaban en lengua española— por el control que ejercía en la distribución de las cintas en Filipinas la Metro Golwin-Mayer, empresa que se encargaba de bloquear la entrada de cine en lengua española a pesar del éxito que éste cosechaba entre la población (Gómez Rivera, 2000d).

Pero este combate contra lo hispánico no sólo se lidiaba en las zonas de influencia mediática, sino que se tradujo también en una agresión física en dos momentos concretos de la historia de Filipinas. Gómez Rivera (2000a, 2000b, 2000c, 2000d, 2000e, 2008) y Yarza Rovira (2001a) hablan de dos genocidios contra la población hispana. El primero se produjo, como hemos observado con anterioridad, durante la guerra filipino-americana. Montoya (2003) ratifica la cifra dada por Gómez Rivera (2008) de la desaparición de una séptima parte de la población en esta guerra, de los cuales la gran mayoría fueron hispanohablantes, pues eran los mismos que habían luchado contra los españoles en la Revolución Filipina y quienes conocían y difundían los valores de democracia, libertad e igualdad entre la sociedad filipina. Pero este ataque intencionado contra la población hispana fue sólo un anticipo de lo que pasaría durante la Segunda Guerra Mundial en el cerco a los invasores japoneses en su retirada, en el segundo genocidio. Éstos se refugiaron en el casco histórico, en las zonas de Intramuros y Ermita, donde se encontraba el legado español, un patrimonio histórico de edificios, iglesias y catedrales construidos en piedra que quedó reducido a escombros por el bombardeo indiscriminado de las fuerzas estadounidenses<sup>xxviii</sup>. Según relata Rodao (2002), fue este el segundo bombardeo más destructivo en zona aliada después de Varsovia, y no se tuvo clemencia alguna con los edificios históricos, como se hiciera en los bombardeos selectivos de Florencia o Kyoto durante esta misma guerra.

Rodao (2002) evidencia la intencionalidad contra lo hispánico de estos bombardeos alegando tres razones: la primera es que los norteamericanos no entraron con sus tropas de infantería en la zona para evitar víctimas entre sus soldados y prefirieron ejecutar un bombardeo indiscriminado<sup>xxix</sup>; la segunda es que el hotel en el que se alojaba MacArthur en Ermita se mantuvo en pie y no sufrió ningún daño, lo que constata que la pérdida de otras construcciones podría haber sido evitada; y la tercera es que las estructuras de los edificios que se mantuvieron en pie y que podrían haber permitido una futura restauración, fueron derruidas por las palas de las excavadoras con la excusa de evitar epidemias. La destrucción de estas máquinas fue tal que el embajador español en aquel momento, Ortiz Armengol, declaró que hicieron más daño las excavadoras que los propios bombardeos. Rodríguez-Ponga (2003) también documenta la destrucción deliberada de los edificios en los barrios emblemáticos de Intramuros y Ermita, argumentando que se hacía desaparecer con ellos lo más hispánico de la capital<sup>xxx</sup>, además de la consecuente pérdida de cien mil vidas humanas —superando la cifra de Hiroshima—, que diezmo sustancialmente la población de los hispanohablantes (Rodao, 2002). Ruescas (2006) igualmente señala no sólo lo destructivo del bombardeo de la aviación norteamericana de 1945 —que acabó con miles de hogares de familias hispanofilipinas—, sino la destrucción que sobrevino después, pues los supervivientes de este ataque se vieron obligados a emigrar en su gran mayoría. Además de los tres centenares que murieron en el último año de guerra, otro medio millar que lo había perdido todo volvió a la península en los barcos Halenkala y Plus Ultra (Rodao, 2002). Esto agudizó aún más la destacada pérdida de hablantes de español y de la merma en la pervivencia de la identidad hispana en la ciudad de Manila.

## **5. LIBERACIÓN NORTEAMERICANA, POSGUERRA Y NUEVOS CONTACTOS: SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX**

La Guerra Civil española había trasladado al archipiélago el estado de lucha entre republicanos y nacionales, por lo que las rencillas internas entre los distintos grupos no tardaron en aparecer, dividiendo también a la herencia hispánica en Filipinas. Del mismo modo, el final de la guerra infundió el miedo a los empresarios, que vieron en esta contienda un preanuncio de la adhesión española a las tropas nazis y fascistas en la Segunda Guerra Mundial.

[...] estos grupos aceleraron un proceso de renuncia a la nacionalidad española de los más famosos y poderosos líderes, como Andrés Soriano, los Elizaldes o los Roxas, quienes temían la posible entrada de España en la guerra y una posible confiscación de sus propiedades, al igual que ya había ocurrido con los alemanes e italianos en los territorios británicos (Rodao, 1996b: s.n.).

La prioridad del gobierno de Franco durante los años 40 en Extremo Oriente, cuando el español aún conservaba cierta entidad en las islas, no era otra que la conservación de la civilización hispánica —frente a la dañina influencia americana y japonesa— por medio de la independencia de Filipinas (Rodao, 1994b). En medio de este escenario, Quezon decidió defender la propaganda de la falange y un gobierno autoritario en Filipinas, a juicio de Rodao (2006), con la finalidad última de mantener a los Estados Unidos fuera de la zona de influencia filipina, al contrario de lo que sucediera en Latinoamérica en estos mismos años. En realidad, todo este movimiento mediático formaba parte de una estrategia del presidente Quezon para gobernar con mayor libertad de movimiento y con independencia de las fuerzas externas a la nación filipina:

El dominio tan aplastante del Partido Nacionalista en las Filipinas y el liderazgo inamovible de Quezon aparecen como la principal diferencia en este capítulo del debate general: Manila comprendió que adaptarse a las interpretaciones norteamericanas disminuirían su libertad de acción y podrían llevar a una menor soberanía de la ya obtenida. El legado cultural español, tal como llevaba ocurriendo durante décadas, separado de sus negativas connotaciones más recientes, sirvió bien a Quezon para sus objetivos de reforzar el poder. Y para resistirse al cada vez más hegemónico esquema bipolar Eje-Aliados que dejaba tan poco espacio a las terceras partes.

No se hizo esperar la reacción de los americanos sobre esta ligazón transatlántica, difundiendo las amenazas españolas de tomar el país en una nueva conquista, ante lo cual el Embajador español Maldonado tuvo que desmentir de forma oficial esta acusación.

Por una paradoja histórica, finalmente España se mantuvo neutral mientras que Filipinas fue invadida y tuvo que entrar forzosamente en la guerra (Rodao, 2002). Lo que en principio se creyó como un intento japonés por liberar a los pueblos orientales de la opresión occidental, terminó convirtiéndose en una extensión imperialista de la isla nipona. En el caso de Filipinas, al librarse los combates más duros de la Batalla de Manila de 1945 en los barrios del sur, donde habitaba la población hispanizada, ésta se redujo de forma significativa y quedó empobrecida, por lo que tuvo que emigrar al final de la guerra. El cambio de imagen del invasor norteamericano tras este conflicto, al que antes se rechazaba, se vio fortalecido por su supremacía en los combates contra los japoneses, pues liberaban al país de un temido colonizador. Como consecuencia de estos hechos “La ola de pro-americanismo que sacudió el archipiélago filipino destruyó toda clase de balance entre sus identidades americana, española y local, hasta el punto que fueron más patriotas americanos que los propios estadounidenses” (Rodao, 1996b, s.n.). Incluso la comunidad hispanizada que había defendido hasta entonces un sentimiento anticolonial oponiéndose al dominio norteamericano, aceptaba ahora la imagen dulcificada del libertador.

Por todo ello, el final de la Guerra del Pacífico significó el fin de la vitalidad de lo español en las Filipinas y el declive definitivo de ese sentimiento de afinidad que desde este archipiélago se había sentido hacia España y su cultura. Se empieza a mirar desde entonces a los Estados Unidos de América con otros ojos, como a héroes libertadores que habían mediado en la desocupación nipona de las islas. Los norteamericanos habían librado ya tres guerras en suelo filipino, contra España, contra el propio gobierno independentista filipino y contra Japón, con saldo favorable todas ellas (Rodríguez-Ponga, 2003). Si los norteamericanos se erigían como el bando vencedor en este marco, a España se le asociaba con los países perdedores. Esto provocó que de entre los pueblos colonizadores que habían desembarcado en Filipinas, fuera el americano el que terminara ganando las simpatías del pueblo malayo. Frente a esto, el desinterés y el abandono a su suerte por parte de la antigua patria española en todas las contiendas libradas durante el siglo XX no dejaba mucho margen de recuperación a la imagen de España en las islas. El nacionalismo hispano se vio firmemente afectado por esta liberación americana, se transformó radicalmente la imagen que hacia esta nación se tenía y se entendió a Estados Unidos como un país defensor de las libertades y de los derechos universales que luchaba contra el ejército nazi y el japonés, mientras que la prensa norteamericana publicitaba la intención española —aliada con el eje del mal— de reiniciar su sueño imperialista con la reconquista de Filipinas. Estados Unidos aprovechó la altisonancia y la radicalidad de las declaraciones públicas del gobierno español en

apoyo de las fuerzas del Eje para efectuar una crítica aún más eficaz contra sus adversarios. Esto no sólo contribuyó a disminuir la influencia de España sobre Filipinas, sino que sirvió también para reinterpretar el legado español desde una óptica negativa, belicista y conservadora del momento coyuntural que se estaba viviendo en el mundo<sup>xxxii</sup> (Rodao, 2006). No obstante, el ser antiamericano era equivalente a ser antidemócrata en estos tiempos (Rodao, 2006: 264). Esta posición se vio reforzada por el desinterés español de mantener el contacto con la antigua colonia y la pérdida final de su estatus en las islas en 1945<sup>xxxiii</sup> y la posterior retirada de casi toda la representación oficial del país a partir de 1953<sup>xxxiii</sup> (Rodao, 2002). Este descrédito español en Filipinas, se extendió también a otras partes del continente asiático, como relata Rodao (2003: 352-353):

El final de la guerra del Pacífico marca el punto más bajo de la relación española con Asia oriental. España fue marginada también en Asia e incluso el Kuomintang suprimió la delegación franquista en 1946, a pesar de la guerra civil y el auge contra los comunistas. Los intereses privados de Filipinas, por su parte, perdieron mucha de su anterior importancia. En parte por los destrozos causados por la lucha en el archipiélago, donde murió una buena parte de la comunidad española, en parte por su desvinculación con la Península en momentos donde primaba lo inmediato y, por último, porque la imagen de España salió malparada de la guerra del Pacífico. La relación española con Asia de nuevo declinaba y perdía los pilares que le habían mantenido hasta entonces, los intereses políticos que le habían impulsado desde los años treinta, y los lazos privados que la habían mantenido desde 1898. A lo largo de la dictadura franquista, volvió a limitarse a ser escenario para las relaciones con países u objetivos más importantes.

A la deshispanización de Filipinas no sólo contribuye el aislamiento internacional de la España de Franco, la desaparición de los restos culturales hispánicos, el retraso de una nación española anclada en los valores del pasado o la propaganda norteamericana, sino que además de todos estos factores, gran parte de la población española se vio obligada a emigrar y las empresas a cambiar de nacionalidad en esta época<sup>xxxiv</sup>. La propia consideración negativa que adquiere lo español y el español en este tiempo, asociado a la oligarquía filipina y lejos ya de la doctrina de Recto y de las Letras doradas de los años 20, contribuye también a esta deshispanización acaecida de forma generalizada a partir de la década de 1940, motivo por el cual los jóvenes filipinos —educados ya en un ambiente académico inglés— reniegan de su uso.

Desde entonces, la identidad hispana pasó a estar asociada a la llamada oligarquía española, que usaba el castellano en parte para diferenciarse de otros estratos inferiores de la sociedad: pasó a ser un idioma de derechas (Rodao, 1998a: 132).

La presencia española pervivía aún en Asia hasta la Guerra del Pacífico, principalmente por el dinamismo de dos colectivos, los misioneros y el comercio de la oligarquía hispano-filipina. Rodao (1998b) manifiesta que los intereses de ambas fuerzas estaban entrelazados por afinidades ideológicas y por lazos económicos. Pero su influencia no sólo pivotaba sobre el continente asiático, sino que extendían su influencia hasta España, especialmente en la toma de decisiones en la península en relación con Asia<sup>xxxv</sup>. A pesar de la probada influencia que ejercían en el poder económico y político las familias filipinas de raíz española, no se sabe mucho sobre las conexiones directas de sus empresas con otras semejantes en España<sup>xxxvi</sup> (Rodao 1999; 2003). Después de la Guerra Civil, finalmente se perdió el contacto con los grupos oligárquicos hispanos o filipinos (Rodao, 1992; 2003). Las empresas españolas mantuvieron las dos terceras partes del volumen total del comercio exterior de Filipinas hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, esto teniendo en cuenta el cambio de nacionalidad de los empresarios de descendencia española, como es el caso de los Ayala y los Soriano, quienes mantuvieron la nacionalidad española hasta poco antes de esta guerra<sup>xxxvii</sup>.

En un intento por recuperar su credibilidad y tras quedarse aislado por la derrota del Eje, el régimen franquista procuró un tímido acercamiento a través de Asia a los Estados Unidos mediante la ruptura de sus relaciones diplomáticas con Japón —incluso estuvo a punto de declararle la guerra— con el fin de levantar las simpatías del gobierno norteamericano y romper así el aislamiento internacional al que se veía sometido.

[España y Japón] estaban unidas indirectamente, primero por medio del Pacto Antikomintern (1936) y después también por el Tripartito (1940), firmado por España en secreto. La amistad política condujo a Japón, al entrar en guerra contra Estados Unidos en diciembre de 1941, a solicitar a Madrid la ayuda más importante que podía prestarle un país neutral: representar sus intereses y los de sus súbditos en los

países enemigos y conseguir información de inteligencia en el continente americano, principalmente en Estados Unidos. El ministro de Exteriores, Ramón Serrano Suñer (1940-1942), aceptó, pero la marcha de la guerra obligó a modificar los planteamientos favorables al Eje. Después, con el conde de Jordania (1942-1944), Tokio fue el banco de pruebas para el camino hacia la neutralidad, y con José Félix de Lequerica (1944-1945) Japón pasó a ser percibido en función de los beneficios que un enfrentamiento podría provocar en la posguerra, cuando el régimen franquista quedara aislado y sin poder recurrir a sus antiguos patrocinadores nazis y fascistas. Madrid pensó en declarar la guerra en incluso mandar una División Azul contra Japón, lo que no se hizo ante la respuesta escasamente favorable de los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña, por lo que las medidas japonesas se quedaron en la cancelación de la representación de los intereses japoneses y la ruptura de relaciones diplomáticas (Rodao, 2003: 352).

Es debido a este cambio de rumbo —ya con la Segunda Guerra Mundial prácticamente perdida— por lo que algunos historiadores han observado en este hecho la causa de la represalia de los soldados japoneses contra los españoles en su retirada de Manila (Rodao, 2003). En 1945 España había acusado al país nipón de los peores crímenes, una estrategia política del gobierno de Franco que perseguía la conciliación con la sociedad internacional, erigiéndose además como una nación en pugna contra la amenaza comunista y como parte necesaria en la constitución de una Europa Libre<sup>xxxviii</sup> (Rodao, 1992). Tras firmarse la rendición incondicional de Japón el 2 de septiembre de 1945, en 1946 España envió una misión especial extraordinaria para asistir a la toma de posesión del primer presidente de la nación filipina tras la ocupación. Sin embargo, y a pesar de estos vanos intentos por recuperar la credibilidad perdida en el orbe mundial, las decisiones tomadas por el gobierno franquista durante estos años supusieron un duro revés para las relaciones con Filipinas y marcaron un claro declive en la presencia y en la consideración de lo hispánico en las islas.

Por otro lado, la imagen benevolente de lo norteamericano se potenció a raíz del protectorado impuesto por los nuevos gobernantes, pues con un sistema de pensionado (De la Peña, 2001) habían ofrecido la mejor formación a las élites filipinas en tierras estadounidenses y una educación generalizada en inglés en las islas, razón por la cual muy pronto surgiría una nueva generación de líderes en la posguerra que había sido educada en inglés. Manuel Roxas (1946-1948) fue el primer presidente que había sido educado en inglés en la Universidad de Filipinas, aunque también hablara el español (Rodao, 1996b).

Otro hecho notable para la reducción de la influencia hispana durante este periodo está marcado por la constitución de una lengua autóctona que pudiera sustituir al español en calidad de *lingua franca*. Durante su mandato, Quezon apostó por el “Lenguaje Nacional Filipino” en provisión constitucional y dispuso en 1937 la aprobación de los acuerdos realizados por el Instituto Nacional de la Lengua para que éste se basara en el tagalo. El uso del español se mantuvo firme hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, pero resultaba un tanto anecdótico tras el descenso de su uso y de su proyección tras este conflicto. Sin embargo, hubo un intento por recuperar la lengua española como parte del pasado de Filipinas y como medio para llegar a los documentos fundacionales de la nación, cuyo objetivo era el poder comprender la identidad del ser filipino (Rodao, 1996b).

A partir de 1953 España retira sus cargos representativos de las islas, las empresas españolas están ya muy debilitadas en estas fechas y la élite filipina de raíz española se ha decantado por el patrocinio de lo americano. España irá recobrando en las siguientes décadas el interés por revivir un pasado común y desmentir la imagen putrefacta que se había perpetrado durante más de 40 años de guerra ideológica con los Estados Unidos. En los años 60 y 70 se produjeron importantes contactos, como la visita del presidente Diosdado Macapagal a España y la concesión de un crédito de 10 millones de dólares por parte del Gobierno español, así como la firma de un convenio de cooperación técnica en febrero de 1974. En este mismo año S.A.R. Don Juan Carlos visitaba Filipinas, acompañado por el ministro de Asuntos Exteriores, Pedro Cortina Mauri. Tales contactos no se tradujeron en un impulso renovado de la lengua española<sup>xxxix</sup>, que seguía en estado latente esperando su momento, especialmente tras la muerte de dos de sus más fieros defensores en el archipiélago en estos años, Manuel Bernabé y Claro Recto (De la Peña, 2008). Con las muertes de Bernabé y Recto se van dos de los representantes de la literatura filihispánica más relevantes y se inaugura una década, la de 1960, de un marcado signo antiespañolista en el sector de la educación. Desde la Ley Cuenca de 1957 se redujo sustancialmente el número de horas de español en la enseñanza reglada. La enseñanza obligatoria pasó por ley (R.A. 5182) de 24 a 12 unidades en 1967, de las cuales 9 se dedicarían a leer la literatura filipina en español, mientras que las 3 restantes se corresponderían con el curso

de literatura en español. Se le hacía, por lo tanto, un flaco favor a la supervivencia del idioma español en las islas. Este hecho produjo el profundo rechazo de una sociedad que había crecido a la sombra de la leyenda negra —la causa española de los males de Filipinas— sobre el periodo colonizador español, sembrada por la escolarización norteamericana. Se produjeron incluso manifestaciones de estudiantes que no querían estudiar una lengua que no les resultaba tan práctica como el inglés (Rodao, 1996b). La obligatoriedad del español fue un rotundo fracaso, entre otras cosas, como señala De la Peña (2001), por no haberse hecho de la manera adecuada. Por otro lado, la lengua española se relacionaba de forma negativa con la oligarquía filipina que la seguía usando y carecía de toda utilidad en una sociedad fuertemente americanizada. Unido esto a que el sentimiento antiespañol por el pasado colonial era más fuerte en la posguerra debido al sentimiento antiimperialista y anticolonialista, en la fecha de 1976 se le cortó definitivamente la cabeza al español con su eliminación de la Constitución como lengua oficial y con la supresión de su obligatoriedad en el currículo en 1987. La eliminación de la obligatoriedad de las clases de lengua española en las instituciones educativas se desatendió únicamente en la Universidad de Filipinas, donde se retuvieron las 12 unidades en algunas facultades, con la opción en el resto de cursar 6 en un idioma extranjero y otras 6 en otro diferente. En este contexto, la enseñanza del español en Filipinas pasó de ser obligatoria a opcional, motivo por el cual mejoró la calidad de su enseñanza. Bautista Luna (2004) señala dos razones para esta mejora, que los estudiantes que cursaban las asignaturas de español estaban más motivados para aprender la lengua y que las clases resultaban más manejables, debido a la reducción en el número de alumnos matriculados.

A pesar de este hecho, con la elección de la presidenta Aquino en 1986 y con la visita a Filipinas del presidente del Gobierno español Felipe González, se estrecharon las relaciones. Comenzaba así una nueva etapa, materializada en la firma de destacados acuerdos sobre Seguridad Social y Cooperación Económica e Industrial. Con el fin de promover la lengua española e impulsar el conocimiento de la España actual en Filipinas, S.A.R. la Infanta Doña Elena viajó a Manila para inaugurar la primera sede del Instituto Cervantes en Asia el 5 de mayo de 1994, que ha disfrutado de una actividad cultural muy dinámica como organizadora de congresos internacionales, así como de actos culturales y lingüísticos relacionados con el mundo hispánico. Además, en su labor principal, la enseñanza y la difusión de la lengua española, ha experimentado un vertiginoso crecimiento de matrículas en los últimos años, siendo en 2009 el que mayor número de matrículas registra en todo el mundo.

Fidel Ramos realizó su primera visita oficial a España como presidente de Filipinas los días 11, 12 y 13 de septiembre de 1994, tras treinta años de ausencia de un mandatario de esta nación. En el discurso de recepción, S.M. el Rey Don Juan Carlos expresó su voluntad de incrementar la cooperación económica con este país, puerta de oriente, y alabó el proceso democrático y la madurez con que el pueblo filipino lo había afrontado. Al año siguiente y como muestra de las buenas relaciones establecidas, el presidente de la República de Filipinas, Fidel Ramos, devolvió la invitación de S.S.MM. los Reyes de España y acogió a Don Juan Carlos y Doña Sofía en visita de Estado, entre los días 1 y 4 de abril de 1995. La visita, a pesar de formar parte de una gira por varios países asiáticos, suponía la primera ocasión en la que un monarca español pisaba las islas de forma oficial después de un pasado en común de más de trescientos años. Estos guiños durante la década de 1990 demostraban un sincero interés por parte de España en la región, erigiéndose Filipinas como un cauce privilegiado para favorecer unas mayores relaciones entre Europa y Asia. Como señala Rodao (2005), hay una renovada apuesta en lo económico por estas latitudes.

Como respuesta al compromiso de cooperación política y económica firmado durante la visita de los Reyes de España en abril de 1995, el ministro de Asuntos Exteriores, Abel Matutes, visitó las islas en febrero de 1997 con la finalidad de impulsar las relaciones comerciales en la zona. En medio de estas reuniones, el ministro de Asuntos Exteriores filipino, Domingo Siazon, anunció el 11 de febrero de este año la formación de una comisión mixta hispano-filipina que ya había sido planeada en la visita del Rey Don Juan Carlos en 1995 y que se sumaba al compromiso establecido con Fidel Ramos de que los dirigentes de ambos países se reunieran periódicamente, cada dos años. Del mismo modo, Matutes y Siazon acordaron que se firmara en 1998 —coincidiendo con el centenario de la declaración de la independencia filipina— un nuevo Tratado de Amistad entre ambos países. Ese año, y para conmemorar los fastos del centenario, los Reyes de España realizaron una nueva visita oficial a Filipinas. El 11 de febrero tuvo lugar la ofrenda floral que el Rey Don Juan Carlos depositó ante el monumento de José Rizal y la

concesión de la Gran Cruz de la Orden de los Caballeros de Rizal al monarca español. Junto al presidente filipino y su esposa, los Reyes de España rindieron también homenaje a los marinos españoles y filipinos que un siglo antes habían perdido sus vidas en la batalla naval de Cavite en la contienda que marcó el fin de la presencia española en Filipinas. Antes de abandonar el país, también visitaron el gran parque temático del centenario de la Expo Filipinas que acogería unos meses más tarde las celebraciones del 98, a las que la AECI destinó dos millones y medio de euros.

Fernando Villalonga, el secretario de Estado para la Cooperación Internacional y para Iberoamérica, se entrevistó el día 22 de marzo de 1999 en Manila con el presidente de la República, Joseph Estrada, para firmar varios programas destinados a preservar el patrimonio histórico común, aliviar la pobreza y aumentar la cooperación cultural y educativa entre ambos países. El mes siguiente, el ministro de Asuntos Exteriores filipino, Domingo Siazón, firmó el Tratado de Amistad y Cooperación con su homólogo español, Abel Matutes, con el fin de continuar y afianzar las buenas relaciones entre ambos países tras el Centenario.

S.M. la Reina Doña Sofía, durante su estancia el mes de febrero de 2000, se interesó por los proyectos de cooperación que financia España y asistió a la inauguración de la exposición “Filipinas hace un siglo” en el Museo Metropolitano, organizado en colaboración con el Ministerio Español de Cultura. Otros actos a los que acudió la Reina durante esta visita fueron una reunión con los representantes de las ONG españolas que trabajan en Filipinas, la inauguración de un hogar de acogida para niños de la calle y un centro benéfico para mayores sin recursos — construidos ambos con fondos españoles y con la participación del gobierno español—, la inauguración de un monumento al rey Felipe II, visitó los Archivos Nacionales —modernizados desde 1992 gracias a fondos y expertos españoles— y el Hospital General de Filipinas. Quizás este ha sido uno de los proyectos de mayor envergadura en los que han colaborado los gobiernos de España y Filipinas. En los años venideros, mediante la IV Comisión Mixta, la AECI promovía la creación de un Centro Nacional de Referencia en Oftalmología en el Hospital General de Filipinas para el diagnóstico y tratamiento de afecciones oculares en el país, mediante la transferencia de tecnología española en este campo. Del mismo modo se acordó la creación del “Filipinas Eye Center Foundation, Inc.” que garantizara la autosostenibilidad del Centro en el futuro.

Ese mismo año fue José María Aznar, el presidente del gobierno, quien inició una visita oficial a Filipinas con el objetivo de estrechar los lazos del pasado y potenciar las relaciones políticas y económicas en el presente. Firmó un Convenio de Amistad y Cooperación en todos los ámbitos de la colaboración bilateral con el presidente filipino Joseph Estrada y mantuvo reuniones con empresarios españoles y filipinos con la intención de mirar al futuro de forma conjunta en un plan común de inversión y cooperación económica bilateral. El 26 de noviembre de este año 2000 fue el subdirector general para Europa Oriental y Asia de la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI), Ricardo Martínez-Vázquez, quien inauguró en el Museo Español de la Isla de Corregidor la muestra “La modernidad del pasado”, que recoge las principales infraestructuras y el desarrollo tecnológico que desarrolló España en Filipinas durante el siglo XIX.

Algunas medidas desarrolladas en común a la hora de preservar el lenguaje y la cultura españolas en las Filipinas en los tres años siguientes han sido la inclusión de la lengua y la cultura española como parte del currículo en el sistema educativo y, para hacerlo efectivo, el gobierno español se comprometía al envío de dos profesores filipinos de español de la escuela secundaria a España para asistir a un curso de verano para profesores extranjeros. En 2010, como explicamos abajo, se dará un paso más en este terreno. También desde la península se dará la oportunidad a profesionales filipinos para aprender a operar en la conservación en centros Iberoamericanos y talleres educativos creados por AECI dentro del Programa de conservación del Legado cultural. La Secretaría de Estado de Cultura del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte tendrá un papel importante en la conservación y restauración de los fondos del archivo del legado hispano-filipino en el programa de modernización del Archivo Nacional de Filipinas. La AECI y el Instituto de Patrimonio Histórico Español del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte también se involucran en el programa de conservación y restauración del Museo Nacional de Filipinas mediante la formación de personal técnico en la conservación y restauración de archivos. En la Universidad de Filipinas se desarrolla un proyecto de Creación de una Escuela de Conservación y Restauración de Pintura de Caballete. La rehabilitación del Museo Nacional “Padre Jose Burgos” de Vigan y la conservación de las colecciones con el plan de Revitalización del Centro Histórico de Vigan es otra de las acciones en las que participaba el gobierno español.

El apoyo de la publicación de trabajos o traducciones que contribuyan al conocimiento de la sociedad, la cultura y la historia en común es otra vía de colaboración entre ambos países.

Conforme a lo establecido con la firma en Manila del Tratado General de Amistad y Cooperación entre el Reino de España y la República de Filipinas el 30 de junio de 2000 y en el Convenio Básico de Cooperación Técnica del 20 de septiembre de 1974, se celebró el 3 de julio de 2001 en Madrid la cuarta sesión de la Comisión Mixta Hispano-Filipina de Cooperación, con el fin de establecer acuerdos conjuntos de colaboración durante el periodo 2001-2003, con la representación de los firmantes, por parte española, Rafael Rodríguez-Rodríguez-Ponga, Secretario General de la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI) y por parte filipina, Lauro Baja Jr., Viceministro de Política Exterior y Ministro de Asuntos Exteriores, y Rafael Lotilla, Director General Adjunto de la Autoridad Nacional de Desarrollo Económico (NEDA). Algunos de los proyectos arriba citados se concretaron en este documento, con acuerdos en materia de educación, salud, abastecimiento y gestión del agua, gobierno y sociedad civil, microcréditos y servicios financieros, empresa, agricultura y desarrollo rural, industria, desarrollo y gestión urbanos, turismo, ayuda multisectorial para servicios sociales básicos, seguridad alimentaria, ayuda de emergencia y reconstrucción, promoción de la lengua española en filipinas, becas, preservación del patrimonio cultural común hispano-filipino, el programa de Consolidación del Archivo Nacional de Filipinas, el proyecto de Creación de una Escuela de Conservación y Restauración de Pintura de Caballete en la Universidad de Filipinas, la rehabilitación del Museo Nacional "Padre José Burgos" de Vigan y la adecuación de sus colecciones, el apoyo a la Comisión Nacional de Conservación y restauración de edificios emblemáticos de la NCCA – *National Commission for Culture and Arts- bibliotecas, publicaciones, traducciones, exposiciones, proyecciones y representaciones, propiedad intelectual, Hispanismo Filipino, el programa de Cooperación "Hacia un futuro común", proyectos de Hermanamiento de Ciudades, la colaboración en los ámbitos de la música, el turismo cultural y todas aquellas iniciativas que pueden contribuir al fortalecimiento de los lazos entre los dos países. En esta comisión también se expresa la satisfacción por las actividades que realizan diversas instituciones, como la Asociación Española de Estudios del Pacífico (AEEP), la Fundación Histórica Tavera, la Fundación Santiago o la Fundación Asia-Europa (Acta IV CM, 2001).*

El acta de la V Comisión Mixta Hispano-Filipina de Cooperación firmada el 30 de noviembre de 2005 en Madrid por Juan Pablo de Laiglesia, Secretario General de la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI), y Rolando Tungpalan, Vicedirector Ejecutivo de la Autoridad Nacional de Economía y Desarrollo (NEDA), se analizan y ratifican los proyectos anteriores y se incluyen otros nuevos para los años 2005-2008, de acuerdo con el Plan Director de la Cooperación Española 2005-2008, que señala a Filipinas como país prioritario dentro del Plan Director. En ella se reconoce el incremento en la colaboración de España con Filipinas, con un considerable aumento de la ayuda de la II Comisión Mixta de 1995-1997 de unos 15 millones de euros (2.583 millones de Pts.), en la III Comisión Mixta con 22,3 millones de euros en 1998-2000, un 45% más con respecto al trienio anterior, y con la IV Comisión Mixta en 2001, a cuyo programa se destinaron 40,42 millones de euros, con un ascenso del 81,25% en la ayuda desde la III Comisión Mixta. Esta colaboración se establece por el interés de ambas partes, y el Estado Filipino declara los motivos históricos pasados y presentes que la posibilitan:

[...] los especiales vínculos existentes entre ambos países; la importancia de los aportaciones españolas a la República de Filipinas y de su destacable crecimiento en los últimos años; la experiencia española en materia de cooperación con el Sureste Asiático; y los relativamente recientes procesos de modernización del Estado español, de su economía y de sus políticas sociales (Acta V CM, 2005: 3).

Dentro de las prioridades sectoriales de la V Comisión Mixta se señalan los siguientes sectores:

(i) provisión de necesidades humanas básicas mediante intervenciones que permitirán un mejor acceso a la educación, salud y agua; (ii) fortalecimiento de las capacidades de las entidades sociales e institucionales a través de iniciativas que apoyen a las Unidades de Gobierno Local, el empoderamiento de la sociedad civil, y asistencia en el proceso de crear y establecer organizaciones; (iii) la mejora de las capacidades económicas mediante actividades que generen puestos de trabajo y aumenten la productividad de los agricultores rurales;; (iv) logro de la sostenibilidad medioambiental reduciendo la

degradación medioambiental; (v) promoción de la cultura mediante la conservación y ampliación del legado cultural y artístico de la época Española en Filipinas dando un trato especial a la muy diversa y dinámica cultura de Filipinas; y (vi) la facilitación del proceso de paz actual que daría lugar a la paz duradera (Acta V CM, 2005: 5).

Esto se concreta en alguno de los más destacados proyectos de la V Comisión Mixta: dentro de la Cobertura de las Necesidades Sociales Básicas destacan el *Programa de Salud Reproductiva para Mujeres Musulmanas de Maguindanao, Mindanao*, la *Mejora de la Atención Primaria en la región de Caraga (Fase II)*, la *Protección de colectivos en situación de mayor vulnerabilidad*, el *Acceso al agua potable y el saneamiento básico*; en educación el *fomento de la Formación Ocupacional y Calificación Profesional* y el *Apoyo al Departamento de Educación Mediante la Mejora en la Calidad de la Educación a Través de Programas de Formación y la Provisión/Rehabilitación de Aulas Escolares* para el año 2005, dotado con una cantidad de 968.322 euros, para ser implementado en Aurora, Quezon, la Ciudad de Iloilo, la Ciudad de Zamboanga, Lanao del Sur, Lanao del Norte, y Cotabato del Norte; la promoción del tejido económico y empresarial mediante el *Programa de Seguridad Alimentaria de Caraga* en la región de Caraga, provincias de Agusan del Norte y Agusan del Sur. En tres provincias de Luzón Central se sigue ejecutando el *Proyecto de Apoyo al Sector Hortofrutícola*, la *Creación de un laboratorio de cultivo de plátano y centro de formación en Lanao del Norte* en 2005, el *Programa de Microproyectos Rurales en la Región de Bicol* y el *Proyecto de Desarrollo de la Seguridad Alimentaria en Surigao del Sur*; respecto al medio ambiente, se llevan a cabo el *Proyecto de apoyo para los sistemas de producción de semillas y mejora en la gestión forestal comunitaria en Mindanao*, el *Proyecto de fomento de la gestión sostenible de los recursos marinos de Baler, provincia de Aurora*, ejecutado de manera conjunta por la ONGD española FUNDESO y el Aurora State College of Technology (ASCOT), con una subvención de 535.000 euros. Durante el cuarto trimestre de este año se inicia en Caraga el *Proyecto de mejora de las condiciones de vida de los agricultores de Surigao del Sur mediante el apoyo a un desarrollo sostenible de los recursos forestales* que será ejecutado por la ONGD española IPADE y cuenta con un presupuesto total de 309.000 euros. Parte de la ayuda se concede también al fortalecimiento de la capacidad de respuesta y preparación comunitaria ante desastres naturales; en cuanto a la cultura y el desarrollo, se llevaron a cabo el *Congreso de Urbanismo*, la *Bienal de Guitarra*, el trabajo en común con la *Sociedad Estatal de Acción Cultural y Exposiciones (SEACEX)*, dio como fruto la realización de las exposiciones en 2004 y 2005 respectivamente, *Filipinas: Puerta de Oriente de Malaspina a Legazpi* y *Balmis y la Real Expedición de la vacuna de 1805*. La presencia española en Filipinas se hace patente también mediante *Cine Europa* y con la participación en festivales internacionales como el *Festival de Música San Agustín de Intramuros*. Como medio para una más completa formación, se extienden las Becas del Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación y la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas de este Ministerio patrocina viajes a Manila de tres creadores españoles para impartir conferencias en el Instituto Cervantes y en la Universidad de Manila. Se han concedido ayudas a la traducción a dos editoriales de Filipinas para la traducción y edición de las obras: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* e *Historia del pueblo Basayan en las Islas Filipinas*. El Museo Nacional del Prado manifiesta su disponibilidad para la cooperación con Instituciones de naturaleza museística de la República de Filipinas y el intercambio de visitas de sus profesionales y de expertos bibliotecarios y especialistas en información, con el fin de conocer el funcionamiento y gestión de bibliotecas públicas y universitarias. La Biblioteca Nacional de España, que habitualmente mantiene relaciones de canje bibliográfico con la Biblioteca Nacional de Manila, muestra su interés en promocionar las relaciones con las bibliotecas filipinas y especialmente hace hincapié en que se le mantenga informada de la producción editorial filipina sobre España y de las traducciones o ediciones que se hagan en Filipinas de autores españoles e hispanoamericanos.

Las relaciones entre ambos países se describen en este documento como excelentes y de amistad, fortalecidas por un pasado histórico compartido y la creciente cooperación política y económica en el presente, con la intensificación del diálogo entre ambas partes, de las relaciones económicas bilaterales y el incremento de las inversiones españolas en la República de Filipinas. No obstante, en el Informe Anual 2004 del gobierno filipino se señala que España ha pasado a ser el primer donante bilateral de fondos no reembolsables entre todos los miembros de la Unión Europea con el objetivo del desarrollo económico del país, especialmente en lo relativo a la



reducción de desigualdades sociales.

En los últimos años esta colaboración se ha venido ampliando con el desarrollo de ambiciosos proyectos en lo cultural, lo educativo, la cooperación humanitaria y la económica. Por ejemplo, en lo cultural se han concedido becas por parte de la AECID a través del programa de becas MAEC en las mejores universidades españolas para completar la formación de los estudiantes universitarios filipinos. El Instituto Cervantes, en colaboración con la Embajada de España, está a cargo de una colección de ocho obras inéditas —o no reeditadas— de la literatura filipina escrita en español a principios del siglo XX, agrupadas en la Biblioteca Clásicos Hispano-Filipinos. En lo educativo, el Ministerio de Educación y Cultura ha promovido la creación de la Consejería de Educación en Filipinas, que tiene como función primordial el asesoramiento y el apoyo a los docentes de español en los diferentes niveles del sistema educativo, colaborando en lo posible con las instituciones educativas y culturales filipinas y prestándoles servicio técnico, formación, gestión de programas de cooperación, orientación y materiales didácticos. Hasta ahora, su labor más relevante ha sido la de impulsar la enseñanza de la lengua y la cultura española en la enseñanza reglada filipina. Estos intentos se han consolidado el 23 de febrero de 2010, durante la celebración de la V Tribuna en Barcelona, mediante la firma del Memorando de Entendimiento para la Mejora y Promoción de la Enseñanza de la Lengua y Cultura Españolas, entre los representantes de los gobiernos español y filipino, el Ministro de Educación de Filipinas, Jesli Lopus, el Director General de Relaciones Internacionales del Ministerio de Educación español, José Manuel Martínez Sierra, la Directora General del Instituto Cervantes, Carmen Caffarel, y el Director de Relaciones Culturales y Científicas de la AECID, Carlos Alberdi. Con él se pretende implantar la lengua española como lengua extranjera en la enseñanza secundaria en Filipinas, y establecer un marco general para coordinar los recursos que aportará cada una de las instituciones españolas involucradas en el proyecto, con la atenta supervisión del Departamento de Educación del gobierno filipino. Para ello se establece una fase piloto en la que se incluirá la asignatura de español en 15 centros escolares de secundaria, unos mil alumnos, para extenderse más tarde a otros cincuenta centros escolares hasta 2012 (MEC, 2010).

Los acuerdos económicos y las inversiones, tanto de carácter público como privado, ratifican el buen momento político por el que pasan las relaciones entre ambos estados. En materia de cooperación destacan el plan de Seguridad alimentaria para la infancia en Filipinas firmado el 4 de diciembre de 2009, con el que se pretende garantizar la seguridad alimentaria y la nutrición para niños de entre 0 y 2 años a lo largo de tres años en las ciudades de Naga y Pasacao en la provincia de Camarines Sur, Carles e Iloilo en Iloilo, y Zamboanga y Aurora en Zamboanga del Sur, con el fin de reducir la malnutrición y la mortalidad de los niños más pequeños y vulnerables. Este plan está financiado por el Fondo España-PNUD para la consecución de los Objetivos de Desarrollo del Milenio en Filipinas y está dotado con un presupuesto de 2.364.000 euros. Este programa aspira a reducir la mortalidad infantil en casi un 20% y se prevé que cuente con 532.000 beneficiarios, 227.000 niños menores de cinco años, 45.000 mujeres embarazadas y otras 260.000 en lactancia. El 29 de junio de 2009 se clausuró la cuarta y última fase del proyecto Poder y Prosperidad de la Comunidad iniciado en 2004, que nació con un presupuesto de 4.100.000 euros y con la finalidad de reducir la pobreza dentro de los Objetivos del Milenio de las Naciones Unidas, mediante la iniciativa, el impulso y la promoción de los servicios sociales y las instituciones del gobierno locales<sup>xl</sup> (AECID, 2009).

En la última década el gobierno español y el filipino han venido estrechando sus lazos y mimando su relación con acuerdos que han logrado excelentes resultados bilaterales para ambas partes. No cabe duda de que estas relaciones seguirán impulsándose en las próximas décadas para conseguir avances tan significativos como el logro de la incorporación de Filipinas a la Cumbre Iberoamericana. En los últimos años se han sucedido las visitas de los mandatarios y máximos representantes del gobierno y de sus ministerios, lo que ha dado ocasión a importantes medidas y compromisos, como el de la presidenta Arroyo, quien en su viaje oficial a España en 2007 anunciaba su intención de impulsar el estudio del español como lengua extranjera en las escuelas del archipiélago. Este hecho, como sabemos, tuvo repercusiones trascendentes, como la de la creación de la Consejería de Educación en Filipinas, con la finalidad de llevar a cabo este proyecto aportando el asesoramiento y los recursos necesarios.

## **6. LA IDENTIDAD FILIPINA Y LA HERENCIA HISPÁNICA**

Es inexcusable en este largo exordio por el hispanismo filipino hablar de la identidad del habitante actual de las Islas Filipinas y de las repercusiones que ha tenido la consideración de su pasado —y de la hispanidad propiamente dicha— en su peculiar manera de ver el mundo y de vivir la vida.

Lo hispano estuvo vivo en Filipinas hasta la década de 1940, aunque ya en los años 20 se le asestó un duro golpe que anunciaba una serie de sucesos imparables, surgidos con el objetivo de su destierro total del archipiélago. Los norteamericanos alejaron del poder político, militar, económico y cultural a los primeros dirigentes filipinos, porque la cultura de éstos era española (Pascual, 2003). Para ello tuvieron que dedicar sus esfuerzos y grandes sumas de dinero a la formación en inglés de aquellos otros filipinos que ocuparían el lugar de los hispanizados y que asumirían la invasión norteamericana. Cuenta Pascual (2003: s.n.) que “Para Filipinas la situación fue traumática. La intelectualidad de la época, si quería llegar a sus propios compatriotas (las nuevas generaciones eran educadas en inglés) tuvo que ir abandonando el español, o resistir en él, cada vez más aislados”. Como afirma Ruescas (2009), a través de una política combativa de lo hispánico, la llegada de los norteamericanos significó un retroceso irreparable en la herencia cultural hispana, especialmente en la lengua española, que sería sustituida impunemente por la inglesa a pesar de las repetidas renunciaciones de una sociedad que había crecido en español: “la administración norteamericana obligó a un país ya formado, civilizado y moderno, a olvidar su idioma nacional, elemento unificador de tagalos, cebuanos, ilocanos, bicolanos, warays, ilonggos y bisayas” (Ruescas, 2009; s.n.).

La lengua española era ya en el siglo XX un elemento integrador que formaba parte de la identidad filipina, como lo había sido antes la labor administrativa de los españoles en las islas, dispersas en culturas distintas que se enfrentaban unas con otras, “porque el español era algo propio, era un idioma hablado en todas las grandes ciudades de las Filipinas del siglo XIX” (Ruescas, 2009: s.n.). Es por tanto que a la negación del español sobrevino la negación de la propia identidad hispánica. Se inició en estos años un programa educativo del pueblo filipino en inglés, con textos de un marcado tinte ideológico antiespañol en las escuelas —que perdurarán hasta el presente— sobre los tres siglos de colonización española, en los que se subrayaba la parte negativa e interesada, que tanto nacionalistas filipinos como norteamericanos se habían encargado de resaltar en beneficio de sus propios intereses políticos. Dejaban aparte tres siglos vividos en común, de los que había surgido un nuevo país y la simbiosis de dos culturas hermanadas que confluyeron en una identidad propia, diferente de la española y de la precolombina malaya. El régimen estadounidense trató de borrar este pasado e impuso la ignorancia de lo hispánico durante más de cuarenta años, hasta conseguir que la lengua española fuera desterrada de Filipinas.

[...] la causa más grave de dicha disociación de la conciencia filipina del pasado hispanofilipino no fue el cambio radical de un paisaje religioso, tradicional e hispanizado a otro anglosajón, secular y tecnológico. El mayor factor de la disociación fue la desaparición de la generación hispanofilipina que primero lideró el movimiento de asimilación e igualdad de derechos bajo España, y, después, la Revolución y la instauración de la República. La flor y nata de aquella generación filipina paradigmática fue eliminada del liderazgo de la nueva nación a través de la muerte y el exilio [...] aquella heroica generación fueron marginados de la vida social y nacional y reemplazados por los ilustrados no nacionalistas, quienes se convirtieron en los colaboradores de los norteamericanos. Fue así como se perpetró la traición, mediante el falso discurso de que el proyecto nacional fallido se continuaba pero esta vez bajo un nuevo tutor de corte benévolo y democrático, el mismísimo que había destruido aquel proyecto nacional (Medina, 2000a: s.n.).

Esto produciría un daño irreparable en la personalidad del filipino del que a día de hoy aún no se ha recuperado:

La pérdida de la identidad hispanofilipina se expresa hoy en día como el estado de disociación psicológica y emocional del mundo hispanofilipino en los filipinos posmodernos. Sin embargo, éstos tienen la falsa creencia, promovida por los libros de historia, que no existe ninguna brecha cultural significativa entre ellos y la Generación de 1896. Es un hecho constatable, no obstante, que el triunfo de EE.UU. sobre la Primera República y la posterior reestructuración de la vida social, cultural y de la identidad filipina entre 1901 y 1945 significó una ruptura violenta a todo nivel para el pueblo hispanofilipino. El cambio lingüístico, la educación, la transformación tecnológica, y la difusión a través de las telecomunicaciones de las costumbres y la cultura general de EE.UU., borraron la memoria hispanofilipina casi por completo, separando así a la nación de sus antepasados hispanofilipinos (Medina, 2000a: s.n.).

La repercusión más clara de esta desconexión del filipino con su pasado hay que buscarla en las bases de su propia fundación como pueblo, pues en la actualidad pocos filipinos hablan la lengua española y los estudiosos filipinos de la historia, la ley, la economía, etc. deben apoyarse en las traducciones de los textos —cuando estas existen— que aún perviven en español. Esto ya lo había advertido Recto bastante tiempo atrás en el discurso *La cruzada por el español en Filipinas* que iba a leer en 1960 ante la Real Academia Española cuando le llegó la muerte en Roma, mucho antes de que la lengua española perdiera su relevancia dentro de la sociedad filipina:

Porque sería trágico que llegase el día en que para leer a Rizal, a del Pilar, a Mabini y a Adriático, a Palma y Arellano, a Mapa y a Osmeña, los filipinos tuviéramos que hacerlo a través de traducciones bastardas. En fin, porque el español es una tradición patria que, si tiene raíces en nuestra historia, también las tiene en las entrañas de nuestra alma (Recto, cit. en Farolán, 2006).

Así, Martínez Expósito (2007: 25) señala que existen unas 3.000 obras de literatura filipina escritas en español y más de 13 millones de manuscritos de la historia de Filipinas en esta lengua —documentos del gobierno, economía, legales, religiosos, registros, cartas, etc. escritos hasta 1898— en los archivos filipinos. Estos son documentos escritos en español que la gran mayoría de la sociedad desconoce y a los que no tienen acceso por estar escritos en una lengua que ya no habla y por haberse desarrollado en un contexto cultural que el filipino ignora, o mal conoce, por la deformación que ha sufrido en manos de aquellas plumas interesadas que han manipulado las huellas de la historia<sup>xii</sup>. Sirva como ejemplo la reciente conferencia organizada el 8 y 9 de febrero de 2010 por la Biblioteca Miguel de Benavides y la Facultad de Farmacia de la Universidad de Santo Tomás, uno de los últimos bastiones del español en Filipinas, como prolegómeno de la conmemoración del cuarto centenario de la fundación de la universidad. Fue una profesora española de la Universidad de Filipinas, María Luna, quien tuvo que encargarse de la investigación sobre la historia de la Facultad de Medicina para la ponencia *The Faculty of Pharmacy during the Spanish Period (1871-1898)*, pues toda la documentación estaba escrita en español.

Este corte radical en la historia de Filipinas, que la divide en dos mitades irreconocibles e irreconciliables, produce una escisión en la personalidad del filipino medio, quien desconoce el origen de su cultura e incluso de su pasado más cercano, el de los compatriotas de principios de siglo que lucharon con sus vidas contra los españoles por la Independencia de Filipinas y que se opusieron a la posterior ocupación norteamericana que cercenaba su libertad. A pesar de la desidia española a partir de 1898, un grupo reducido pero importante de filipinos y mestizos, ya fuera por razones familiares o misioneras, mantuvo la identidad hispana. El signo más representativo de este hispanismo que anda por su propio pie es el de Claro Recto. Es un hispanismo que no tiene que ver con España, que no se concibe como una imposición o una herencia, sino como un coágulo en el que se mezclan distintas sangres y surge una nueva identidad, distinta de la filipina y de la española, pero definida a partir de los rasgos comunes y de la conjunción de ambas. Durante el banquete de 1953 en honor de Don Alberto Martín Artajo, el Ministro de Exteriores español que se encontraba en Manila de visita, Recto lo expresó del siguiente modo (cit. en De la Peña, 2008: 7):

[...] nuestro hispanismo, en punto a finalidad, y como aspiración y propósito, poco tiene que ver con España, y mucho con nosotros mismos, porque el español, por cuya conservación y difusión luchamos, que a eso se reduce a fin de cuentas nuestro hispanismo, es algo que ha llegado a ser nuestro propio, consustancial, por fuero de historia y de espiritualidad, por razones de presente y por exigencias del futuro, que sin él quedará grandemente menguado el inventario de valores de nuestro patrimonio cultural y descoyuntada toda prefiguración del futuro de nuestra nacionalidad. El fragmento de este discurso de Recto lo tomé de *El Debate* de Manila en su edición del 8 de febrero de 1966.

Tony Fernández (2003) glosa estas palabras de Recto para apuntalar que España forma parte del pasado filipino, de la identidad hispana que hay en Filipinas, pero que también es importante mirar hacia el futuro, que es eminentemente práctico para el filipino del siglo XXI conocer y tener relaciones con lo español, no sólo para leer los textos pretéritos, sino también para crear ocasiones de futuro.

De la Peña (2008) recuerda que la voz de Recto fue la más importante durante el periodo americano y que la fuerza contra la campaña de americanización de los escritores filipinos en

español se caracterizó por una dureza que convulsionaba al país:

This doctrine was the ideology which gave life to the literary production during the American period, and the moving force behind the anti-Americanization campaign of our writers in Spanish. Fernandez Lumba would call this tendency *hispanofilia filipina* (Filipino love for things Hispanic) (De la Peña, 2008: 7).

Baste el ejemplo postrero de Nick Joaquín, uno de los pensionados del régimen norteamericano, educado en y para la grandeza de los Estados Unidos, quien estaba destinado a hacer más grande la letra inglesa dentro de las fronteras nacionales filipinas. Hombre docto y de una fina inteligencia, reconoció en la historia y en la identidad de Filipinas la huella hispana y la hizo suya en sus textos escritos en inglés —especialmente en *La Naval de Manila* y en la ambientación de *A Portrait of the Artist as Filipino*—, y conservó la lengua española hablándola en los círculos íntimos, como medio de vincularse también a los escritos del pasado. Es por ello que recibió duras críticas de sus coetáneos y contemporáneos, por admirar a sus antepasados y desmarcarse con reservas del patrocinio de los Estados Unidos.

El tiempo ha demostrado que en la configuración de la identidad filipina no es necesaria ni aconsejable la exclusión de ninguno de los componentes que la conforman. Como recuerda De la Peña (2008), Recto consideraba el hispanismo como parte de la identidad filipina y defendía la necesidad de integrarlo dentro de una patria tricontinental, una gran Confederación dentro de la variada multiplicidad de estos países, como apostilla también Farolán (2006) en su artículo *Claro M. Recto: Abanderado del hispanismo filipino*. Este sentimiento del pasado, esta doctrina de Recto es lo que De la Peña (2008: 7), como tantos otros, reivindican también en el presente: “affirms and defends the presence of Spanish and of Hispanic culture which Spaniards left behind and which the Filipinos acquired and assimilated into the Philippine cultural identity”.

No se ha de olvidar tampoco que el español es parte constitutiva de la nacionalidad filipina y que esta lengua entronca directamente con el patrimonio nacional, ya que fue esencial para el desarrollo autóctono de la nación. Su olvido o su rechazo ha tenido consecuencias fatídicas para la identidad del ciudadano. Medina (2000a, 2000c) propone su recuperación y la reconstrucción de un tejido histórico seriamente dañado por las deformaciones interesadas de los historiadores y educadores desde principios del siglo XX.

La naturaleza de la disociación es sencilla: -los filipinos de hoy no han experimentado la cultura hispanofilipina; el castellano se ha perdido en Filipinas como idioma vivo; y existe un marcado sesgo cultural e historiográfico contra la época colonial española.

No es tampoco nuestro interés negar ni despreciar tal hecho, sino más bien animar a los filipinos actuales a emprender con suma seriedad el sondeo del sustrato hispanofilipino que se encuentra bajo la superficie norteamericanizada de nuestra cultura. Sólo así logrará nuestro pueblo sentir su profundo raigambre en el poderoso y hermoso legado cultural e histórico que compartimos con los pueblos latinoamericanos. En otras palabras, no pretendemos negar la complejidad de la ontología e historiografía filipina, sino todo lo contrario: honrar y hacerle justicia (Medina, 2000a: s.n.).

Esta llamada a un pasado común con Hispanoamérica tampoco es gratuita. No puede entenderse de otro modo la colonización de Filipinas, dependiente del Virreinato de Nueva España, pues no cabe otra interpretación de lo español y de lo hispano que atracaba en Filipinas, si no es visto desde el filtro a su paso por Hispanoamérica. En cierto modo, la conquista filipina fue una empresa americana, pues las naves se construyeron en América, se equiparon allí y fue constituida y liderada por los hombres que habitaban estas tierras. No obstante, Filipinas fue colonia de una colonia hasta la independencia de Nueva España, y una parte importante de las influencias que recibía el país llegaban desde este Virreinato. El comercio y las relaciones con los países hispanoamericanos eran más frecuentes que con la propia metrópoli, por la mayor rapidez con que desde allí llegaban las comunicaciones. Además, el pasado compartido por estos países con Filipinas iguala su situación en el presente, donde aún quedan múltiples rasgos reconocibles de las costumbres, formas de vivir, tradiciones, organización social, etc. actuales que la emparentan con Hispanoamérica<sup>xliii</sup>. Philippe Cahuzac (2003), por su parte, afirma que la conquista dejó rasgos de civilización que acercan más a Filipinas a Latinoamérica que a la Asia del Sudeste asiático, de ahí la occidentalización del filipino. Por ello, mantiene Cahuzac que Filipinas sólo tiene sentido si se concibe como parte de Hispanoamérica, debido al pasado histórico compartido, como país hispano que fue.

Uno de los rasgos que diferenciaban a Filipinas de otros países de Hispanoamérica es que allí la población española iba a quedarse mientras que a las islas del sudeste asiático llegaban de

paso (Rodao, 2004; 2005). Louapre (1990) relata las pésimas condiciones del viaje, la estancia en las islas, las enfermedades tropicales que asolaban a los colonos españoles o la escasez de materiales preciosos —en comparación a las tierras de América—, circunstancias que tuvieron una consecuencia directa en la baja población hispana en las islas y, por lo tanto, en la dificultad de crear una sociedad mayoritariamente mestiza, como ocurría en la América hispana. Este motivo —con un galeón al año y una colonia de mil españoles—impidió tanto la transculturación como la difusión de la lengua española por pueblos y provincias. Rodríguez-Ponga (2003) aporta la otra causa importante que motivó la falta de arraigo de la lengua española en las islas. Además de la señalada carencia de un grupo de lengua materna hispana significativo —salvo en ciudades como Manila, Cebú o Zamboanga—, la predicación religiosa en las lenguas autóctonas fue la otra gran razón por la cual el español no cuajó en suelo filipino. Sin embargo, los religiosos se han defendido a lo largo de los siglos de estas críticas, arguyendo que de haberlo hecho así, hubiera supuesto un coste adicional de tiempo y de esfuerzo, cuando su finalidad principal era la de cristianizar, no la de hispanizar las islas. Por otro lado, Gerona (1998) destaca el interés de los nativos por aprender la lengua española, impresionados por la escenificación eclesiástica y por la creencia en la capacidad superior del español y del latín con respecto a las lenguas nativas para expresar las verdades metafísicas, como Dios, la fe, Santo, Cruz, etc. Sobre este punto, Rodao (2004; 2005) señala que la Iglesia actuaba de este modo en defensa de sus propios intereses, pues la imposibilidad de hablar español les convertía en intermediarios privilegiados del archipiélago con la Corona, evitando en lo posible el contacto de las gentes filipinas con el viejo continente. El conocimiento de este idioma era, por lo tanto, un privilegio que se reservó para las clases pudientes (Louapre, 1990). A pesar de esto, Rodríguez-Ponga (2003) aporta datos de cómo en torno al 50% de la población en Manila sabía hablar español —con distintos grados en el dominio de la lengua— a finales del siglo XIX, gracias al fuerte impulso dado a la escolarización generalizada y a la enseñanza del español durante el reinado de Isabel II<sup>xiii</sup>. Otro elemento para el desarrollo del español fue la publicación de periódicos y de literatura. Señala Mariñas (1974) que normalmente los escritores filhispanos realizaban la publicación de sus obras en los periódicos, por lo que la prensa fue piedra angular del pensamiento, la política, la propaganda y el nacionalismo. En 1806 se publicó el primer periódico filipino, “Aviso al público” y alrededor de 1898 convivían más de 60 publicaciones en Filipinas, todas ellas en español, el canal de expresión de las ideas en el país. Sin embargo, el propio Mariñas subraya que los filipinos ilustrados de finales de siglo escribían para una minoría que podía entenderlos, aunque la lengua de cultura y de comunicación entre las regiones fuera el español.

Se dio por ello, en muchos casos, una indigenización que reinterpretaba lo español desde la perspectiva filipina y hacía asomar una identidad nueva que se consolidó con la constitución de una clase educada con valores propios que distaban, en gran medida, de los del colonizador, pero que hablaban en su lengua. Como comenta Rodao, “Al contrario que la influencia norteamericana, lo español se ha filipinizado y forma parte de lo considerado como propio” (Rodao, 1998a: 128). Así lo corrobora también Farolán (1998) cuando afirma que “Norteamérica ha llevado y dejado la lengua, unos sistemas económicos, educativos, etcétera, aunque no tan profundos como las huellas dejadas por España”. El colonialismo español fue incapaz —y nunca se lo propuso— de hacer desaparecer las culturas de los nativos ni de acabar con las otras identidades:

Ni los españoles fueron a Filipinas a impulsar una conciencia nacional ni la creación de universidades tuvo la intención de iniciar las tertulias anticlericales. La propia debilidad de la dominación española fue la que permitió esa fusión de las identidades locales filipinas con lo hispano y lo chino (Rodao, 1998a: 131).

El resultado final de este proceso es hoy, como comenta Pascual (2003), que muchos periodistas, escritores y políticos filipinos son desconocidos en su propio país porque en el siglo XXI su sociedad no habla español, que los hechos y los escritos del pasado resultan de difícil comprensión porque en el siglo XXI su sociedad no puede pensar en español y que muchas historias y conocimientos pertenecen encerrados en una lengua y un pensamiento indescifrable para el filipino del siglo XXI. Por ello, se puede interpretar, en algún sentido, que Filipinas es un país con solo 100 años de historia —el tiempo al que sus ciudadanos pueden acceder y comprender plenamente—, esta es la consecuencia de haber tenido que comenzar de cero cuando se llevaban más de tres siglos formando la nacionalidad filipina y que floreció finalmente con la madurez de un pueblo unido al grito de libertad en la constitución de su Independencia y de su Primera República.

La escisión del filipino moderno a la que venimos haciendo referencia se justifica desde la desorientación, debido al desarraigo con respecto a su pasado desconocido, o mal conocido, interpretado por otros de forma partidista tras la forzada deshispanización del país. Esta deshispanización explica también, en cierto modo, el intento presente de la sociedad filipina por reivindicar su independencia como nación alejada de la dominación política de un pueblo extranjero. Este sentimiento arrastra como consecuencia un nacionalismo exacerbado en la superficie, pero con la paradoja de estar asimilando en el presente histórico los modelos económicos, educativos, culturales, tradiciones y hábitos de consumo foráneos. Estos reductos encubiertos del pasado hacen primar el gusto por lo extranjero sobre lo nacional, pero adaptándolo parcialmente al gusto de lo autóctono. Así, emergen copias admiradas de productos y costumbres extranjeras como Jollybee, el Karaoke, el golf, la cultura del centro comercial, los musicales, las actuaciones de Disney, etc.

Rodao (1998a: 129) describe este fenómeno de una manera precisa, y para ello contrasta las influencias más importantes que ha recibido el archipiélago en los siglos pasados: “Lo hispano existe, pero no es tan visible como lo norteamericano”, pues lo hispánico está oculto, fusionado con la identidad filipina, como los hispanismos de las lenguas autóctonas cuya procedencia española no pueden reconocer los hablantes nativos, cuestión que descubren en nuestras clases de español con suma extrañeza.

## **7. LA NUEVA IMAGEN DE ESPAÑA EN FILIPINAS: SIGLO XXI**

Parte de la leyenda negra de España como causa de los males de Filipinas —patrocinada por los conquistadores norteamericanos— y parte del desinterés mostrado por España tras su abandono de las islas, fue contestada con un fuerte dolor y rechazo en los actos conmemorativos del centenario un siglo después. El restablecimiento de los contactos en la década de 1970, los viajes de S.M. el Rey Juan Carlos y la colaboración posterior que comenzó a establecerse entre ambos países, sirvió para limar mínimamente las asperezas tras casi un siglo de silencio español. Aunque todavía en el presente es fuerte el marchamo nacionalista de la sociedad —y de ello se sobreentiende la repulsa al pasado del “tiránico” dominio español— que impide un reconocimiento y un acercamiento a lo español, una nueva imagen de España ha ido calando entre el pueblo filipino que posibilita establecer relaciones políticas, sociales y económicas al amparo de un pasado histórico compartido. Esta nueva imagen internacional de España, fundada en un espectacular despegue económico, en una fulgurante modernización de la política y de la democracia, así como en el éxito deportivo y en la cooperación internacional, funciona a modo de imán y despierta la curiosidad por nuestra nación en las nuevas generaciones de filipinos, un tanto alejadas ya de las historias y las leyendas basadas en las pesadillas de la tiranía, el sometimiento violento y la guerra.

Fernando Arenas Álvarez (2006) sostiene que el prestigio del mundo hispano no era representativo hasta los 80, pues no gozaba de la importancia ni la expansión internacional de la que goza en el momento presente. En el tiempo en que vivimos incluso los Estados Unidos se han hispanizado (el gran gigante imperialista) y la lengua española tiene en el presente una gran repercusión en los medios de comunicación y en la sociedad de la información a nivel mundial. De igual modo, Arenas Álvarez insiste en la nueva imagen de España como una gran potencia mundial que mueve una importante cantidad de inversiones y exportaciones a nivel global. De hecho, España se ha convertido en los últimos años en el primer país inversor en Hispanoamérica y Brasil, desbancando incluso a los Estados Unidos. Este autor advierte de la importancia que Norteamérica tiene todavía para los filipinos como referencia de nación poderosa y país en el que buscar oportunidades laborales. Este factor hace que Filipinas sea muy dependiente de su antigua metrópoli, no sólo en lo económico, pero también en la influencia que ejerce sobre la política y la sociedad. Arenas Álvarez valora muy positivamente que España se esté convirtiendo en una nueva referencia para Filipinas, además de la incursión de lo hispano en el seno norteamericano. Las relaciones comerciales, la renovada imagen de modernidad de España iniciada con la transición y el despegue económico de los 90 o las nuevas oportunidades de trabajo en Filipinas de los individuos que aprenden español, han comenzado a hacer cuestionable las referencias que se tenían de España, al mismo tiempo que desde algunos sectores se ha puesto en duda la

idoneidad del patrocinio e intrusismo de los Estados Unidos en los asuntos político-económicos de las islas:

España, ya sea por la reciente visita de los reyes como por el volumen de la cooperación española, ya no provoca en Filipinas los recelos de antaño, tanto porque Estados Unidos es ahora el país objeto de los principales dardos acusadores como porque Filipinas en la actualidad mira más hacia el futuro que hacia el pasado (Rodao, 1998a: 134).

En la apertura político-comercial de España hacia Asia, aún algo tímida según las estimaciones de Otero (2005) o Rodao (2005), se han firmado acuerdos para mantener operaciones por parte de las grandes multinacionales españolas, incluyendo a Filipinas entre sus países preferentes (Martínez Expósito, 2007). Del mismo modo, la oportunidad que supone para el país el conocimiento de la lengua española —en la expansión del comercio o para los jóvenes que buscan una ocasión laboral en el amplio mercado hispano o en los Estados Unidos dominados por el español— ha abierto una nueva etapa en la consideración de lo español. El filipino en el siglo XXI no aprende la lengua de Rizal sólo por la nostalgia que le causan sus raíces históricas o por la necesidad de acercarse a la lectura de los padres de la nación, sino que la necesita para su trabajo en un mundo globalizado en el que el español es una de las lenguas principales de comunicación y de negocio (Colomé, 2000b). Wytan de la Peña (2008), el director del Departamento de Lenguas Europeas y Coordinador para los Estudios Internacionales en la Universidad de Filipinas, comenta que hay un programa funcionando en la universidad en el que se enseña español y aunque —como sucedió unas décadas atrás— el profesor no está lo suficientemente bien formado (Blat, Rivas y Lorenzo, 1968; Rodao, 1996b; Farolán, 1999; Bautista Luna, 2004), se encuentra ilusionado tras haberse modificado la consigna del español como lengua del imperio por otra muy diferente, como lengua de contacto y de comunicación con hablantes hispanos y como lengua de la economía para los centros de llamadas<sup>xiv</sup>, traducción o embajadas en el país y también para oportunidades fuera del mismo, como lo demuestran los más de 32.000 filipinos —otras estimaciones hablan hasta de 75.000— que viven y trabajan en España (Rodríguez-Ponga, 2009). Aunque en la educación del filipino aún primen las lecciones del libro de Agoncillo (Medina, 2000c; Colomé, 2000), se reconoce la valía de la lengua y la cultura española para comunicarse y establecer intercambios con 24 países, un amplio mercado comercial cuya relación ayuda también a conocerse mejor como nación y a mejorar el conocimiento mutuo de un legado común histórica y afectivamente compartido.

A este respecto, Farolán (1998) sostiene que la ventaja con la que cuenta el filipino —y de la que carecen la mayoría de las naciones— por haber tenido un pasado colonial tan singular es la de poder comunicarse en dos idiomas, el español y el inglés, además del suyo propio. Apunta también este autor otra idea que sorprende por su modernidad y su cariz visionario. Dice que la conjunción de lo oriental y lo occidental se funden en Filipinas en una raza que recuerda a la mezcla ancestral que ha constituido la identidad europea, y califica la identidad del filipino como un ser adaptable e imitativo. En el mundo globalizado en el que vivimos, el mayor aliado con el que puede contar un pueblo es el de un posicionamiento flexible que le permita comprender y atender desde la conciliación a los otros pueblos con los que establece contacto. Es decir, que el filipino tiene la gran ventaja de poder entenderse y desenvolverse tanto en un contexto oriental como en uno occidental, con las ventajas de movilidad y de mediación en las relaciones que esto comporta. No es de extrañar, por ejemplo, que recientemente los representantes de la diplomacia filipina, por su alta sensibilidad y la empatía con los otros pueblos, hayan mediado en el Tratado de No Proliferación Nuclear. La conferencia presidida por Filipinas ha conseguido en 2010 un documento histórico (<http://www.un.org/en/conf/npt/2010/>) en el que se concretan 64 puntos de acuerdo entre los 189 países firmantes, con el fin de promover el desarme nuclear que propicie el mantenimiento de la paz mundial (Uy, 2010).

Una posición similar es la que defiende la ex presidenta filipina Gloria Macapagal Arroyo (2002), quien sostuvo en su discurso de ingreso en la Real Academia Filipina la ventaja con la que cuenta el filipino por conocer las dos lenguas de sus colonizadores, como una vía para la apertura del comercio y para crecer como nación. Como recuerda De la Peña (2008), esta idea enlaza directamente con el uso pragmático que percibía Recto con respecto al conocimiento de estos dos idiomas como motor de futuro, y así lo expresó en 1950 Fernández Lumba durante el *Primer Congreso de Hispanistas Filipinos*, apropiándose de las palabras de Recto, para advertir que de ningún modo había de considerarse este saber un yugo o una deshonra en detrimento del tagalo,

sino una herramienta de trabajo:

No nos mueve ningún sentimiento de exclusividad a favor del español. Sólo aspiramos a asegurar la franca convivencia de ambos idiomas a fin de amalgamar lo óptimo del pasado con lo mejor del presente, consolidar nuestras instituciones y acrecentar más rápidamente el caudal de nuestra cultura sumándonos a las diversas corrientes del progreso mediante esos dos vehículos de pensamiento, el español y el inglés (Recto, cit. en De la Peña, 2008: 7).

Galván (2006) señala que a pesar de haber dejado de formar parte del currículo de las universidades filipinas, la asignatura de español se mantiene por su prestigio como asignatura optativa en muchas universidades. A este respecto, Bautista Luna (2004) aporta un listado de más de 60 centros distribuidos por todo el país. En los datos que aporta el ex director del IC en 2006, Javier Galván, estima en 20.000 la cifra de estudiantes que emprenden cada año algún curso de español. En la actualidad, esta cifra se ha visto ampliamente superada, pues sólo el Instituto Cervantes de Manila ha visto triplicado el número de matrículas en los últimos 10 años, de las 1.758 del curso académico 1997-1998, hasta las 6.148 de 2006-2007 (Galván, 2005; Agencia EFE, 2007; Instituto Cervantes, 2008; 2009). Prueba de ello es la continua demanda de cursos que el Instituto Cervantes recibe cada año a través de CEOE-ECOP para enseñar español al personal de empresas filipinas relacionadas con el mundo de habla hispana o la del Ministerio de Asuntos Exteriores filipino. Además, hemos de tener en cuenta el nuevo programa auspiciado por el gobierno español para introducir la asignatura de español como lengua extranjera en la enseñanza secundaria en todo el país. Hasta ahora se ha llevado a cabo con 1.000 alumnos en 15 centros repartidos por distintas provincias del archipiélago, de lo que se ha dicho que es sólo el comienzo de una ambiciosa iniciativa, en una apuesta decidida y valiente que cuenta con la colaboración y el apoyo de las instituciones españolas y, en especial, con el seguimiento continuo y la mediación de la Consejería de Educación en Filipinas. En la V Tribuna celebrada el pasado mes de febrero de 2010 se ha consolidado y se ha ratificado este acuerdo y se ha decidido ampliarlo a 8.000 estudiantes por curso hasta 2012, cuando se generalizará el programa de español como lengua extranjera en la enseñanza secundaria filipina. Para esta fecha, se estudiarán las posibilidades para que dicho acuerdo se extienda también a la educación primaria, uno de los objetivos mutuos propuestos en las comunicaciones llevadas a cabo entre los dos gobiernos desde la IV Tribuna (MEC, 2010). El trabajo incansable y la dedicada ilusión del nuevo Asesor de Educación en Manila, Francisco Javier Menéndez Sánchez, podrán lograr más que lustros de diplomacia yerta en lo tocante a la reposición del español en el sistema educativo filipino. Comprobaremos en breve los resultados. Por ahora se ha dinamizado y apoyado desde esta institución este plan que anunciara el Ministro de Educación filipino, Jesli Lapus, tras la visita de la presidenta Arroyo a España en 2007, con el fin de reimplantar la asignatura de español en la escuela secundaria filipina. Aparte de este acuerdo, existe una propuesta con el Departamento de Lenguas Europeas de la Universidad de Filipinas por la que se proyecta establecer un Máster en la modalidad de aula abierta, con el objetivo de formar docentes de español, y otra para implementar un programa de becas con la AECID para los estudiantes de dicho Máster y para la convalidación académica de estudios de español con el Instituto Cervantes, de la que se beneficiarían especialmente aquellos alumnos que se profesionalizan estudiando el Máster de traducción, lengua y lingüística o literatura en español en el Departamento de Lenguas Europeas de la Universidad de Filipinas.

Estas son algunas de las iniciativas que reclamaban a gritos los defensores del español en Filipinas. En este sentido, destacan las propuestas de Farolán (1999), Montoya (2003), Ruescas (2006) o Gómez Rivera (2008), por citar sólo algunas de las más sólidas y perseverantes. De entre las medidas que plantean, destacan la de impulsar la enseñanza del español en la sistema educativo de Filipinas y en las universidades públicas y privadas, habilitar nuevas revistas culturales en español para fomentar la producción de obras por parte de los autores y estudiosos filipinos —como las ya existentes *Revista Filipina*, *Kaibigan Kastila* o *Guirnalda Polar*—, estimular a los autores hispanofilipinos para que escriban y publiquen sus obras<sup>xiv</sup>, estudiar las obras filhispanas como parte de los cursos de literatura, historia y civilización filipina en las escuelas y universidades del país, favorecer los intercambios entre estudiantes y profesores de España y Filipinas, enseñar el chabacano y las otras lenguas regionales como puente para llegar al español, crear asociaciones activas de profesores de español, organizar encuentros, congresos y coloquios en los que se intercambien las ideas sobre la hispanofilia, potenciar los estudios de doctorado en



este campo, crear una asociación hispanofilipina que sirva de punto de encuentro a personas de herencia filipina con Asambleas Anuales, boletín, conferencias, seminarios, etc. A este respecto, una de las iniciativas más interesantes de los últimos tiempos ha sido la publicación de y para filipinos que viven en España de la *Asociación Filipina de Escritores e Investigadores en España*. Aunque todavía está en fase de construcción, se trata de una asociación sin ánimo de lucro y con el principal objetivo de publicar una revista llamada *Ang Bagong Filipino* (El nuevo Filipino), pensada para el colectivo filipino que reside en España. (<http://www.comunidadtulay.com/2009/07/nace-la-asociacion-filipina-de.html>). Además de la revista, cuenta con un espacio en Internet con una copiosa información sobre cuestiones relacionadas con el español y sobre los lazos comunes entre la cultura y la historia española y filipina. Algunas publicaciones en línea pretenden recuperar la prensa escrita periódica en lengua española en Filipinas, como el *Semanario de Filipinas* (<http://semanario-filipinas.blogspot.com>) o *El Diario de Manila* (<http://iberasia.blogspot.com/>). Existen otros espacios en Internet que también se encargan de difundir lo que queda de lo hispánico en Filipinas, como la *Asociación Cultural Galeón de Manila* ([www.galeondemanila.org](http://www.galeondemanila.org)), *Filipiniana.net* ([www.filipiniana.net](http://www.filipiniana.net)), *el Círculo Hispanofilipino* (<http://hispanofilipino.uuuq.com>), *FilHispánico* (<http://filispánico.blogspot.com>), *Filipino Kastila* (<http://filipinokastila.tripod.com/other.html>), *Hispanidad Filipina* ([www.montiola.org/lahispanidad](http://www.montiola.org/lahispanidad)), *sitio CIREF (Cruzada Internacional por la Reivindicación del Español en Filipinas)* ([www.los-indios-bravos.com/CIREF](http://www.los-indios-bravos.com/CIREF)), *Carayan Press* ([www.carayanpress.com](http://www.carayanpress.com)), *Alas Filipinas* (<http://alafilipinas.blogspot.com>) o foros, como el forohispanofilipino y el forofilipino (en español). En relación a la difusión de lo hispano con herramientas como Internet y las nuevas tecnologías, Galván (2001) afirmaba ya en 2001 que aunque el proceso de deshispanización ya ha concluido y aunque es innegable el evidente retroceso del español en Filipinas durante el siglo XX, también es cierto que el advenimiento de la sociedad de la información ayudará a difundir las realidades históricas que antes permanecían sepultadas en los archivos y a dinamizar un debate necesario sobre el pasado de lo español en Filipinas y el lugar de lo hispánico en la sociedad presente.

El futuro que se le depara al español como lengua global a nivel mundial es prometedor. Esta es, sin duda, una de las principales razones para el filipino por aprenderlo, además de las ya expuestas a lo largo de este artículo. La extensión geográfica del español es uno de sus fuertes, siendo lengua oficial en 21 países. Como señala Lafuente (2001), el Instituto Cervantes prevé que en el año 2050 habrá alrededor de 550 millones de hablantes de español sólo en los países donde es lengua oficial. Otros datos, los que aporta el visionario Graddol (2006), anuncian que el español desbancará al inglés en el número de hablantes hacia ese mismo año. Por otro lado, gracias al inconmensurable trabajo de la Real Academia Española de la Lengua y la proyección de sus obras de visión y alcance panhispánicas —la ortografía, el diccionario, la nueva gramática— el español es uno de los idiomas más homogéneos —dentro de su diversidad— de entre todas las grandes lenguas internacionales, que además se concreta en un área geográfica específica: nueve de cada diez hablantes viven en Hispanoamérica. Por todo ello, el gran reto para el nuevo siglo es que el español se convierta en una de las dos grandes lenguas de comunicación internacionales y que se reconozca en los organismos internacionales su valor y la necesidad de su uso por su representatividad a nivel mundial. No obstante, el español tiene un peso importantísimo como lengua de comercio, de comunicación y de cultura, cuna de escritores universales como Cervantes, Quevedo, Rubén Darío, García Márquez, Borges, Rulfo, Juan Ramón Jiménez, etc. Para ello, es esencial que se mantenga unido y que no se dé ni un paso sin contar con Iberoamérica (Lafuente, 2001). Otra de las claves de la difusión de la lengua española ha sido, debido a estas razones señaladas arriba, la vitalidad de su enseñanza, llegando a doblarse en los últimos años y dando paso a la apertura de nuevos Institutos Cervantes —en la actualidad existen 75 sedes y 12 aulas cervantes— repartidos por todo el mundo.

Esta nueva imagen ha contribuido en parte a una revisión y un redescubrimiento del legado español en Filipinas, visto con otros ojos. Alampay (1998), por ejemplo, hace un llamamiento a la objetividad histórica en la conmemoración del centenario de la Independencia de la República de Filipinas, celebrado en 1998. Por ello, valora la introducción de la historia occidental en Filipinas, al mismo tiempo que reclama una mirada caleidoscópica de la historia, que no sólo se apoye en los textos escritos en español sobre la historia de Filipinas, como únicos “historiadores, observadores, anotadores, seleccionadores e intérpretes” de la historia de Filipinas (Alampay, 1998: 16). Dice que esta tendencia ha conducido a subjetivizar la historia, igual que ocurrió más

tarde con la animadversión de los Estados Unidos hacia lo español, que avivaba un fuerte sentimiento de rencor histórico en aquellos nacionalistas filipinos que se educaban en inglés en las escuelas patrocinadas por los norteamericanos. Esta estrategia tardó dos generaciones en imponer su leyenda negra. Como comentamos arriba, finalmente esa versión de la historia de Filipinas se extendió a raíz de la Guerra del Pacífico en 1945 y supuso un cambio de panorama histórico en la nación. La manipulación que denuncian los historiadores es un recurso llevado a cabo por intereses partidistas sobre información, como denuncian todos aquellos que han estudiado los datos del censo en Filipinas (Blat, Rivas y Lorenzo, 1968; Louapre, 1990; Rodao, 1996b; Colomé, 2000; Gómez Rivera, 2000e; Galván, 2001; Yarza Rovira, 2001b; Rodríguez-Ponga, 2003). Por esta razón, advertía Alampay (1998: 18-19) del peligro de dejar la batuta de la historia en manos de aquellos que la interpretan de modo interesado, en lugar de ser los propios filipinos quienes la manejen: “Durante ya hace mucho tiempo, nuestra historia ha estado dominada por la historia que nuestros colonizadores hicieron de nosotros”. Así lo expresaba hace unos años el periodista Conrado de Quiros (2002) en la columna de uno de los periódicos más leídos en Filipinas, el *Philippine Daily Inquirer*:

[...] the Project of looking at Philippine history resolutely from our point of view and not from those who colonized us is eminently necessary [...] Its true merits lie in that it allow us to understand ourselves by seeing ourselves from our own eyes, from the perspective of our own dreams and purposes, and not from the judgments and expectations of others. That is the stuff of which identities are made (Quiros, 2002: s.n.).

Una iniciativa atractiva en este sentido es la de las becas MAEC-AECID, que permiten la formación específica de los universitarios filipinos en programas de Máster y Doctorado en España para que realicen labores de desarrollo a la vuelta a su país (Aquino, 2001). Igualmente desde la Consejería de Educación en Filipinas se están desarrollando nuevos proyectos con el fin de formar al profesorado filipino para que sean ellos mismos quienes emprendan la enseñanza del español en Filipinas, apoyados en las más novedosas técnicas de enseñanza y contando con el apoyo técnico y los materiales que aporta la Consejería de Educación en Filipinas<sup>xvi</sup>. El primero de estos cursos de formación. “Didáctica del español como lengua extranjera”, se celebró en entre los días 26 y 30 de octubre de 2009 con el fin de equipar a los profesores de español de los 15 centros escolares públicos con las herramientas necesarias para desarrollar su labor didáctica. Además, se acordó que continuaran su formación a través de internet con los materiales del AVE (<http://www.educacion.es/exterior/ph/es/programas/cursometodo.shtml>). Aun así, no cesa tampoco el interés por revisar el pasado desde el otro lado del atlántico por parte de aquellos que reivindican un pasado común, como sucede con el reciente proyecto de investigación de Villaseca y Robles (2010) o con la flamante *Literatura Hispanofilipina actual* de Donoso y Gallo (2010). Por su parte, la institución española Casa-Asia abre sus puertas a proyectos conjuntos entre los investigadores de países asiáticos y españoles, además de patrocinar las obras y las investigaciones realizadas por individuos o instituciones asiáticas.

En 1996, durante la celebración de la *Conferencia sobre el Centenario de la Revolución Filipina*, Rodao hacía una importante observación tras la celebración del mayor congreso organizado en Filipinas en torno a este evento. Decía este historiador que había sido un congreso dominado más por la política que por lo académico y, en su opinión, esto no podía deberse más que a la vivencia histórica de una etapa necesaria, transitoria y comprensible por la que están pasando algunos países en el proceso de formación de una identidad nacional. Comentaba Rodao (1996a) que el congreso había sido impulsado por una necesidad nacionalista que impregnó gran parte de las intervenciones, en el que habían abundado tanto los errores históricos como las exageraciones, en parte debido a que habían participado muchos historiadores aficionados y a que se había insistido una vez más en los temas de la injusticia, la falta de humanidad de la conquista y el prejuicio racial de los españoles.

Ocampo (2002) apuesta por realizar una revisión histórica que ayude a superar los hitos marcados por la propaganda interesada de esta leyenda negra, y que contribuya a pasar página a una etapa superada de la historia de Filipinas. Para ello, se centra en la figura tantas veces criticadas de los religiosos que habitaron las islas durante los tiempos de la colonización española, y expone que no resulta justo el juzgar a todos los frailes por las actuaciones de unos pocos, que son, además, exageradas por el prisma de la literatura y el nacionalismo, las que perviven retratadas en las obras de los Ilustrados:

Like many Filipinos I harbor negative stereotype images of friars in general and Spanish friars in particular. Contrary to popular belief, Augustinians, Dominicans and Franciscans today are not generally fat, corrupt, sexually depraved, materialistic, scheming or Spaniards. How come few of us even attempt to rethink our dated ideas of friars? [...] Then as now there were friars who broke rules of poverty and obedience. There have been lapses in chastity. All the abuses attributed to the friars in the late 19th century were probably true, but in isolated cases. Yet, there is a tendency to generalize (Ocampo, 2002: s.n.).

Sobre esto, el autor aporta pruebas evidentes e irrefutables que se emparentan con el testimonio de Bourne (1902) que comentábamos más arriba en este artículo:

If the Spanish friars were so bad, why was there a need for them to be written about in the propaganda movement? Wouldn't their deeds be well known if they were as vile as we are led to believe? If Spanish friars were as bad as they are supposed to be, how could they walk freely in the Philippines, sometimes in places where the friar was the only Spaniard in town? (Ocampo, 2002: s.n.).

La leyenda negra sobre el pasado de la dominación española había nacido con la propaganda de los Ilustrados, creció en el siglo XX durante el periodo americano en los años 20 y después en los 40 contribuyó a la aceleración de una deshispanización feroz que continúa hasta el presente de forma soterrada en los libros de texto filipinos, basados en e influidos por la educación que implantaron los Estados Unidos en Filipinas durante más de medio siglo de ocupación. Con la proclamación de la independencia el 4 de julio de 1946, terminaba de forma oficial este dominio, y fue conocido por mucho tiempo conocido como el día de la Amistad entre filipinos y americanos y celebrado hasta 1962. Con la influencia ideológica de un gobierno más nacionalista, el día de la Independencia filipina pasó a ser el 12 de junio en referencia a la Independencia de España, lo que comenzó la tendencia de pintar a la antigua metrópoli como villano, en contraposición a los Estados Unidos, vistos como salvadores, el colonizador más benevolente.

En contraste con este sentimiento, los historiadores se han puesto de acuerdo en señalar que la campaña de pacificación llevada a cabo entre los años 1899 y 1902 por el tan benevolente, civilizado y cristiano gobierno americano, estuvo marcada por la tortura, la crueldad y el racismo, en la que murieron entre 200.000 y 1.5 millones de filipinos (Son, 1998). Un ejemplo de extrema brutalidad fue la masacre de Balangiga o el ajusticiamiento del segundo presidente de la República de Filipinas, el general Macario Sakay. De todos modos, y a pesar de estos hechos, en los libros de historia de Filipinas es España el único colonizador corrupto y tirano en la historia de Filipinas. La historia y, en especial, la leyenda negra que se cierne sobre el periodo colonizador español, sigue omitiendo los hechos reales para dejarse llevar por las proclamas sensacionalistas de corte maniqueo que distinguen entre los buenos y los malos colonizadores en la región. Si bien es cierto que Estados Unidos liberó a Filipinas de la cruel invasión japonesa —no sin producir una escala de terror, muerte y destrucción en suelo filipino—, no lo es menos que España luchó junto al pueblo filipino contra los invasores ingleses y holandeses que ansiaban someter las islas a su dominio, y dejaron su vida en la reunificación de los territorios en la búsqueda de la unidad nacional. Este hecho, sin ir más lejos, le costó la vida a una de las personalidades históricas más importantes para el devenir de Filipinas, Fernando Magallanes, quien entregó su vida en pos de esta unificación territorial, mientras que otros quieren hacer ver que murió a manos del libertador y nacionalista Lapu-Lapu, quien quería expulsar heroicamente a los invasores de las islas.

Y esto lo sabían los filipinos que conservaron el español con orgullo tras conseguir la Independencia de la República Filipina, escribiendo los textos de la Revolución, la Constitución y las más destacadas obras de la literatura filipina en español. El revés histórico, la manipulación de la propaganda y la mentira norteamericana, empeñada en desacreditar todo lo hispánico y en deshispanizar las islas desde entonces, trataba de desenraizar todos los anclajes de lo español, comenzando por la ambición del Admirante americano Geoge Dewey, quien dos meses antes de la destrucción del Maine, había puesto ya sus ojos en el archipiélago (Storey y Lichauco, 1926). Tras esto llegó la escenificación de la salida pactada de España de Filipinas. La batalla de la Bahía de Manila se saldaría así con una lucha figurada según un acuerdo previo de los norteamericanos y los españoles: "there was to be no real fighting, no resistance except the display of a white flag after the firing of a few shots to save the delicate honour of the Castellians" (Son, 1998: s.n.).

En el Tratado de París de 1898 se estipulaba el reverso material de estas acciones,

haciendo constar que España cedía las islas a los Estados Unidos a cambio de 20 millones de dólares. Esta actuación, que condena a los americanos, tampoco excusa de culpa a la parte española. Sin embargo, el bando norteamericano parece haber salido mejor parado de estos hechos en el transcurso de la historia con su imagen de libertador de los opresores y de las oportunidades para la sociedad filipina moderna, visión que se prolongaría hasta su salida de las islas ya bien entrado el siglo XX, cuando en 1992 cerraron las bases militares que tenían en las islas tras una resolución del Senado para desterrarlas del país. No obstante, la influencia política, mediática y social que los Estados Unidos ejercen sobre la República de Filipinas es hasta ahora palpable y se evidencia en las preferencias de la sociedad filipina por el *American Way of Life* en el cine, la ropa, la comida, etc. alentadas por la gran maquinaria de la propaganda norteamericana.

## **8. CONCLUSIÓN**

En el siglo XX el filipino ha mudado su piel y ha dejado atrás la colonización para afrontar con su identidad convulsa un nuevo milenio, para afrontar el reto de un nuevo tiempo por venir. El filipino, como resultado de su historia, es un admirador de su nación con un fuerte sentimiento patrio, pero, al mismo tiempo, un admirador de las influencias que le llegan desde fuera. Esto le lleva a pensar, en ocasiones, que lo que procede de fuera es más sofisticado y mejor que lo autóctono, pero consciente también de que en ningún otro lugar se va a sentir como en casa, pues nunca abandonará en su periplo su arraigada y particularísima identidad, ni dejará de sentir la nostalgia por sus vivencias y costumbres en Filipinas, ni renunciará a los valores familiares, religiosos, gastronómicos, de ocio, propios de su cultura, por lo que formará una comunidad filipina allí donde esté, buscará al compadre.

Sin embargo, el filipino no ha salido aún de la cárcel de su historia. No ha logrado aún integrar el pasado para reivindicar una identidad propia, nacional, formada por lo de fuera, pero mirándose con admiración para adentro. En lugar de esto, el ser filipino parece rechazar lo de fuera por su pasado, pero admirándolo e imitándolo, y mirar con inferioridad —que en ocasiones se transforma en un orgullo desmedido fruto de un complejo de inferioridad— hacia adentro. Con un firme paso al frente el filipino debe renunciar proporcionalmente a la admiración de lo que viene de fuera, la dependencia de la ayuda y del ejemplo que procede del exterior, para ajustarla con su fuerza interior y su capacidad de actuación sobre las cosas y sobre el mundo. El filipino debe asumir las influencias que hay en su historia y que impregnan su cultura, y pensar que es posible un futuro mejor para él en el país y para el país en el mundo, y que hay un país mejor por construir que sólo depende del filipino, y que puede construir una identidad fuerte e independiente a partir de otras influencias, en contacto e intercambio constante de sus ideas e influencias con los otros. El filipino debe ser consciente de que puede tener una vida mejor y un país mejor sin la necesidad de mirar al exterior para reconocerse, sino revirtiendo la mirada a su interior y a su propia cultura e historia como civilización con una definidora idiosincrasia, de la cual nació una revolución independentista y una constitución, piedra primera de una Filipinas moderna que amalgamaba con su identidad la presencia española que desde hacía tres siglos corría por sus venas, al igual que con el paso del tiempo y en convivencia con los nuevos colonizadores nació EDSA, una lección para el mundo y un ejemplo a seguir y a imitar para las revoluciones pacíficas que sobrevinieron a EDSA en distintas partes del planeta en las décadas siguientes, en definitiva, un ejemplo a seguir y a imitar para la humanidad y para un ser humano mejor en un mundo más habitable.

Pero ante todo, como se lee en la cita de Ninoy Aquino que encabeza este artículo, el filipino es un amante de la libertad y, por eso, debe aspirar a la independencia de su identidad y a su libertad de ser filipino antepuesta a cualquier otra, integrando el resto de influencias, como buen observador, pero sin que estas miradas le dobleguen el espíritu. Es tiempo de luchar por esa libertad y por reivindicar lo que el pueblo filipino merece, por obtener la recompensa a la que le ha llevado la lucha de varios cientos de años, a tener una nación grande y poderosa, libre y sin dictaduras políticas, es tiempo de que sea tiempo. Es tiempo de pelear por un país mejor y más justo, el país que el pueblo filipino merece y por el que tantos siglos ha luchado.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- ACTA DE LA IV COMISIÓN MIXTA HISPANO-FILIPINA (2001). Obtenido el 10 de marzo de 2010 desde <http://www.aecid.es/export/sites/default/web/galerias/web/descargas/filipinas/filipinas.pdf>
- ACTA DE LA V COMISIÓN MIXTA HISPANO-FILIPINA DE COOPERACIÓN (2005). Obtenido el 10 de marzo de 2010 desde [http://www.aecid.es/export/sites/default/web/galerias/web/descargas/filipinas/Acta\\_VCM.pdf](http://www.aecid.es/export/sites/default/web/galerias/web/descargas/filipinas/Acta_VCM.pdf)
- AECID (2009). "Finaliza en Filipinas 4º fase proyecto Poder y Prosperidad para la comunidad". Sala de prensa, AECID. Obtenido el 20 de mayo de 2010 desde [http://www.aecid.es/web/es/noticias/2009/07\\_Julio/2009\\_07\\_02\\_Filipinas.html](http://www.aecid.es/web/es/noticias/2009/07_Julio/2009_07_02_Filipinas.html)
- AGENCIA EFE (2007). "El Instituto Cervantes firma un acuerdo para la enseñanza del español en Indonesia". Obtenido el 16 de noviembre de 2007 desde
- AGENCIA EFE (2007). *El Instituto Cervantes firma un acuerdo para la enseñanza del español en Indonesia*. Obtenido el 16 de noviembre de 2007, desde [http://www.sm-ele.com/ver\\_noticia.aspx?id=9651](http://www.sm-ele.com/ver_noticia.aspx?id=9651)
- AGONCILLO, T. (1955). *The Revolt of the Masses: The Story of Bonifacio and the Katipunan*. Quezon City: University of the Philippines.
- AGONCILLO, T. (1974). *Introduction to Filipino history*. Quezon City: Garotech.
- AGONCILLO, T. (1990). *History of the Filipino people*. Quezon City: Garotech.
- ALAMPAY, M. (1998). "Rompiendo el silencio en la Historia: reflexiones a propósito del centenario". *Cuadernos de Historia*, 2-3. Manila: Instituto Cervantes, pp. 15-36.
- ALONSO ÁLVAREZ, L. (1998). "Coste y beneficio del Imperio Español en Filipinas, siglos XVI-XVIII". *Cuadernos de Historia*, 2-3. Manila: Instituto Cervantes, pp.103-114.
- AQUINO, B. (2001). "Filipino students in Spain". *Philippine Daily Inquirer*. Obtenido el 22 de octubre de 2009, desde [www.ing7.net/opi/2001/oct/12/opi\\_commentary1-1.htm](http://www.ing7.net/opi/2001/oct/12/opi_commentary1-1.htm) y <http://filipinokastila.tripod.com/aeci.html>
- ARENAS ÁLVAREZ, F. (2006). "Filipinas y la recuperación de su identidad". *Revista Filipina*, X, 2. Obtenido el 20 de enero de 2008, desde <http://www.revista.carayanpress.com/FAA.html>
- BAUTISTA LUNA, E. (2004). *La enseñanza del español en Filipinas*. Obtenido el 17 de enero de 2005, desde <http://www.sgci.mec.es/redele/biblioteca/manila/bautista.pdf>
- BLAT, B., RIVAS, J. M. y LORENZO, E. (1968). *The teaching of Spanish: Philippines*. Philippines: Unesco. Obtenido el 22 de noviembre de 2009, desde <http://unesdoc.unesco.org/images/0000/000086/008662eb.pdf>
- BOURNE, E. G. (1902). "Historical Introduction". En *The Philippine Islands 1493-1898. Vol. I*, Emma Helen Blair y Alexander Robertson (eds.) edited and annotated by Emma Helen Blair and James Alexander Robertson, pp. 20-87.
- BRICHS PAPIOL, A. (2009). "¿Desengaño o reconciliación?". *Revista Filipina*, XIII, 2. Obtenido el 12 de enero de 2010, desde <http://www.revista.carayanpress.com/papiol.html>
- CAHUZAC, P. (2003). "Presente y futuro de la lengua española en las Islas Filipinas". *Revista Filipina*, VII, 2. Obtenido el 14 de mayo de 2008, desde <http://vcn.bc.ca/~edfar/revista/cahuzac.htm>
- COLOMÉ, D. (2000a). *La caución más fuerte*. Manila: Instituto Cervantes.
- COLOMÉ, D. (2000b). "Excerpt of the Rizal day Speech of Spanish Ambassador". Obtenido el 12 de mayo de 2008, desde <http://filipinokastila.tripod.com/colome.html>
- DAVID-MARAMBA, A. (1990). *Philippine Contemporary Literature*. Manila: Bookmark.
- DE LA PEÑA, W. (2001). "The Spanish-English Language "War". *Linguae et litterae*, IV-V, pp. 6-28.
- DE LA PEÑA, W. (2008). "The University of the Philippines in Defense of Spanish". *Linguae et litterae*, VI, pp. 6-17.
- DOMINGUEZ MORENO, E. (1999). "El proceso de desaparición del castellano en Filipinas". En *1898: España y el Pacífico*. Madrid: Asociación Española de Estudios del Pacífico, pp. 557-566.
- DONOSO, I. y GALLO, A. (2010). *Literatura Hispanofilipina actual*. Madrid: Verbum.
- FAROLÁN, E. (1997). "La búsqueda de la identidad filipina 1ª parte". *Revista Filipina*, I, 2. Obtenido el 23 de mayo de 2004, desde <http://vcn.bc.ca/~edfar/revista/ot97.htm>
- FAROLÁN, E. (1998). "La búsqueda de la identidad filipina 2ª parte". *Revista Filipina*, I, 3. Obtenido el 23 de mayo de 2004, desde <http://vcn.bc.ca/~edfar/revista/in98.html>
- FAROLÁN, E. (1999). «La situación lingüística de Filipinas». *Revista Filipina*, II, 3. Obtenido el 20 de diciembre de 2005, desde <http://members.aol.com/farolan1/revinv98.html>
- FAROLÁN, E. (2006). "Claro M. Recto: Abanderado del hispanismo filipino". En *Revista Filipina*, X, 1. Obtenido el 12 de septiembre de 2008, desde <http://www.revista.carayanpress.com/junio064.html>
- FERNÁNDEZ, T. (2003). "España y su legado: Recordando las palabras de Claro M. Recto". *Revista Filipina*, VII, 2. Obtenido el 22 de noviembre de 2005, desde <http://vcn.bc.ca/~edfar/revista/legado.htm>
- FERNÁNDEZ-PASIÓN, A. (1999). "Un poco de realidad: ¿Desaparecerá el español en Filipinas?". *Revista Filipina*, II, 4. Obtenido el 20 de diciembre de 2005, desde <http://vcn.bc.ca/~edfar/revista/pri99.htm>
- GALVÁN GUIJO, J. (2001). "El "Boom" del español en Filipinas". Obtenido el 10 de mayo de 2005, desde <http://filipinokastila.tripod.com/boom.html>
- GALVÁN GUIJO, J. (2005). "El español en... Filipinas". *Revista Cervantes*, 2, 34-35.
- GALVÁN GUIJO, J. (2006). "El español en Filipinas". En *Enciclopedia del español en el mundo. Anuario del Instituto Cervantes 2006-2007* (pp. 163-165). Madrid, Instituto Cervantes; Barcelona, Plaza & Janés, Círculo de Lectores.
- GARCÍA LOUAPRE, P. (1990). "El idioma español en las filipinas en el pasado y en el presente". En *1989 Actas del segundo congreso de hispanistas de Asia*. Manila: Asociación Asiática de Hispanistas en Manila, pp. 279-291.
- GAYO, J. (1950). *Ideas jurídico-teológicas de los religiosos en Filipinas*. Manila: UST Press.
- GEALOGO, F. (1998). "Los componentes de la dinámica de la población en el siglo XIX". *Cuadernos de Historia*, 2-3. Manila: Instituto Cervantes, pp. 37-62.
- GERONA, D. (1998). "Texto y política: transacciones de poder en las antiguas provincias filipinas". *Cuadernos de Historia*, 2-3. Manila: Instituto Cervantes, pp. 63-85.
- GÓMEZ RIVERA, G. (2000a). "La destrucción del cosmos filipino (1ª parte)". *Revista Filipina*, III, 4. Obtenido el 10 de junio de 2006 desde <http://vcn.bc.ca/~edfar/revista/pri00.htm>



- GÓMEZ RIVERA, G. (2000b). "La destrucción del cosmos filipino (2ª parte)". *Revista Filipina*, IV, 1. Obtenido el 10 de junio de 2006 desde <http://vcn.bc.ca/~edfar/revista/ver00.htm>
- GÓMEZ RIVERA, G. (2000c). "La destrucción del cosmos filipino (3ª parte)". *Revista Filipina*, IV, 2. Obtenido el 10 de junio de 2006 desde <http://vcn.bc.ca/~edfar/revista/ot00.htm>.
- GÓMEZ RIVERA, G. (2000d). "The truth about the Spanish Language in the Philippines". Obtenido el 10 de junio de 2006 desde <http://filipinokastila.tripod.com/truth.html>
- GÓMEZ RIVERA, G. (2000e). "Estadísticas: el idioma español en Filipinas". Obtenido el 22 de noviembre de 2009, desde [http://cvc.cervantes.es/foros/leer\\_asunto1.asp?vcodigo=5700](http://cvc.cervantes.es/foros/leer_asunto1.asp?vcodigo=5700)
- GÓMEZ RIVERA, G. (2008). "El idioma español en Filipinas". *Revista Abril*, 74. Obtenido el 22 de noviembre de 2009, desde [http://www.arbil.org/\(74\)filii.htm](http://www.arbil.org/(74)filii.htm)
- GONZÁLEZ-ESPRESATI, C. (2004). *Sueiro Justel, J.: La enseñanza de idiomas en Filipinas (siglos XVI-XIX)*. Obtenido el 10 de mayo de 2005, desde <http://www.imaginando.com/lengua/archivos/000055.html>
- GRADDOL, D. (1997). *The future of English? A guide to forecasting the popularity of the English language in the 21st century*. London: British Council. Obtenido el 3 de diciembre de 2009 desde <http://www.britishcouncil.org/learning-elt-future.pdf>
- GRADDOL, D. (2006). *English Next*. London: British Council. Obtenido el 3 de diciembre de 2009 desde <http://www.britishcouncil.org/learning-research-english-next.pdf>
- HARPER, B. (2002). "Philippine education during the Spanish era". *Philippine Daily Inquirer*. Obtenido el 10 de junio de 2006 desde <http://filipinokastila.tripod.com/edu.html>
- INSTITUTO CERVANTES (2008). *Memoria del Instituto Cervantes 2006-2007*. Obtenido el 12 de marzo de 2009 desde [http://www.cervantes.es/seg\\_nivel/institucion/memoria\\_ic\\_06\\_07/default.htm](http://www.cervantes.es/seg_nivel/institucion/memoria_ic_06_07/default.htm)
- INSTITUTO CERVANTES (2009). *Memoria del Instituto Cervantes 2007-2008*. Obtenido el 12 de marzo de 2009 desde [http://www.cervantes.es/sobre\\_instituto\\_cervantes/memoria\\_2007\\_2008.htm](http://www.cervantes.es/sobre_instituto_cervantes/memoria_2007_2008.htm)
- LAFUENTE, F. R. (2001). "La lengua española en Asia". *Encuentro Hispano-asiático*. Obtenido el 10 de junio de 2006 desde <http://filipinokastila.tripod.com/asia.html>
- LAPUZ, J. D. (1990). "El Español, Lengua de Nuestro Pasado Histórico y de Nuestro Futuro". En *1989 Actas del Segundo Congreso de Hispanistas de Asia* (pp. 325-325). Manila: Asociación Asiática de Hispanistas en Manila.
- MACAPAGAL ARROYO, G. (2002). "El idioma español: ayer y hoy". *Revista Filipina*, VI, 2. Obtenido el 14 de febrero de 2008 desde <http://vcn.bc.ca/~edfar/revista/gloria.htm>
- MARIÑAS, L. (1974). *La literatura Filipina en castellano*. Madrid: Editora Nacional.
- MARTÍN CORRALES, E. (1998). "Filipinos en España en los siglos XIX y XX (1868-1936)". *Cuadernos de Historia*, 2-3. Manila: Instituto Cervantes, pp.169-182.
- MARTÍNEZ EXPÓSITO, A. (2007). *Ten Reasons to Learn and Teach Spanish: Facts and Figures to Promote a Better Understanding of the Spanish Language in Australian Schools*. Education Office of the Embassy of Spain in Cranberra.
- MEC (2010). "España y Filipinas acuerdan impulsar la enseñanza de la lengua y la cultura españolas en el país asiático" (nota de prensa). Consejería de Educación. Obtenido el 20 de mayo de 2010 desde <http://www.educacion.es/horizontales/prensa/notas/2010/02/casa-asia.html>
- MEDINA, E. (2000a). "Identidad hispanofilipina: pérdida y recuperación". *Revista Filipina*, III, 3. Obtenido el 8 de diciembre de 2008 desde <http://vcn.bc.ca/~edfar/revista/in99.htm>
- MEDINA, E. (2000b). "El difícil nacimiento de la identidad filipina (1ª parte)". *Revista Filipina*, III, 4. Obtenido el 8 de diciembre de 2008 desde <http://vcn.bc.ca/~edfar/revista/pri00.htm>
- MEDINA, E. (2000c). "El difícil nacimiento de la identidad filipina (2ª parte)". *Revista Filipina*, IV, 1. Obtenido el 8 de diciembre de 2008 desde <http://vcn.bc.ca/~edfar/revista/ver00.htm>
- MOLINA, A. (1984). *Historia de Filipinas*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- MOLINA, A. (1990). "Presencia Española en Filipinas" En *1989 Actas del Segundo Congreso de Hispanistas de Asia*. Manila: Asociación Asiática de Hispanistas en Manila, pp. 75-81.
- MOLINA, A. (1998b). "¿Qué queda de España en Filipinas?". *SEECI 2000*, 2, pp. 1-6.
- MOLINA, A. (2003). "Provincia sí; colonia, no". *Revista Filipina*, VII, 2. Obtenido el 18 de diciembre de 2008 desde <http://vcn.bc.ca/~edfar/revista/molina.htm>
- MOLINA, A. (comp.) (1998a). *Obras clásicas para la historia de Filipinas*. (Cd-rom). Madrid: Fundación Histórica Tavera. Digibis.
- MONTOYA, M. (2003). "Permanencia y perspectivas de la hispanidad en Filipinas", *Revista Filipina*, VII, 2. Obtenido el 20 de marzo de 2006 desde <http://vcn.bc.ca/~edfar/revista/montoya.htm>
- MORGA, A. (2008). *Sucesos de las Islas Filipinas*. México: FCE.
- OCAMPO, A. (2002). "The Spanish friar, beyond the propaganda". *Philippine Daily Inquirer*. Obtenido el 10 de junio de 2006 desde [www.inq7.net/opi/2002/mar/01/opi\\_arocampo-1.htm](http://www.inq7.net/opi/2002/mar/01/opi_arocampo-1.htm) y <http://filipinokastila.tripod.com/anti.html>
- OTERO, J., (2005). "La lengua española y el sistema lingüístico de Asia-Pacífico". *Análisis del Real Instituto Elcano*, 2/ 2005. Obtenido el 15 de diciembre de 2007 desde <http://www.realinstitutoelcano.org/documentos/166/JaimeOtero%20pdf2.pdf>
- ORTIZ ARMENGOL, P. (1990). "Las Constituciones Filipinas y las Lenguas en que fueron Escritas". En *1989 Actas del Segundo Congreso de Hispanistas de Asi*. Manila: Asociación Asiática de Hispanistas en Manila, pp. 27-33.
- PASCUAL, A. (2003) "Filipinas (1898-1946): el drama de la re-colonización". *Revista Filipina*, VI, 3. Obtenido el 18 de diciembre de 2008 desde <http://vcn.bc.ca/~edfar/revista/dramrec.htm>
- QUILIS, A. (1989). "La Lengua Española en el Mundo: Presente y Futuro". En *1989 Actas del Segundo Congreso de Hispanistas de Asia*. Manila: Asociación Asiática de Hispanistas en Manila, pp. 47-73.
- QUILIS, A. (1992) *La lengua española en cuatro mundos*. Madrid: Mafre.
- QUIROS, C. (2002). "A question of identity". *Philippine Daily Inquirer*. Obtenido el 12 de noviembre de 2006 desde [http://www.inq7.net/opi/2002/mar/20/text/opi\\_csdequiros-1-p.htm](http://www.inq7.net/opi/2002/mar/20/text/opi_csdequiros-1-p.htm)
- RAFAEL, V. (1991). "Anticipating Nationhood: Collaboration and humor in the Japanese Occupation of Manila", *Diaspora*, I, pp. 67-82.

- RODAO, F. (1989). "Los Documentos sobre Extremo Oriente dentro del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores". En *El Extremo Oriente Ibérico. Investigaciones Históricas: Metodología y Estado de la Cuestión*, De Solano, Rodao y Togores, ed., Madrid, Instituto de Cooperación para el Desarrollo, pp. 27-38.
- RODAO, F. (1992). "Presencia hispana en Extremo Oriente desde 1898". En *Actas del Simposium "El Quinto Centenario y el Mundo Hispánico*, Tokio, Academia Castilla, pp. 121-126,
- RODAO, F. (1993). "Presencia española en Extremo Oriente alrededor de 1945". En *Actas del III Congreso de Hispanistas de Asia*. Tokio, Asociación Asiática de Hispanistas, pp. 1069-1079. Obtenido el 18 de septiembre de 2005 desde <http://www.florentinorodao.com/academico/aca93a.htm>
- RODAO, F. (1994a). "España en Filipinas en la primera mitad del siglo XX". *Kaiho*, 44, boletín de la Sociedad Japonesa de Historia de España. Obtenido el 18 de septiembre de 2005 desde <http://www.florentinorodao.com/articulos/art93a.pdf>
- RODAO, F. (1994b). "El trampolín Tecnológico. El "Incidente Laurel" y España en la Segunda Guerra Mundial". *Espacio, Tiempo y Forma*, V. Historia Contemporánea (Madrid). UNED, pp. 387-405. Obtenido el 18 de septiembre de 2005 desde <http://e-spacio.uned.es/tez/eserv.php?pid=bibliuned:ETFSerie5-4F6CEA23-988D-8517-85BA-9CB4B29999F2&dsID=PDF>
- RODAO, F. (1996a). "Conferencia sobre el centenario de la Revolución Filipina. Manila, 21-23 Agosto de 1996". En *Revista Española del Pacífico*, año 6, Vol. VI: 213-216. Obtenido el 18 de septiembre de 2005 desde <http://www.florentinorodao.com/articulos/art96b.htm>
- RODAO, F. (1996b). "La Lengua Española en Filipinas durante la primera mitad del siglo XX". En *Estudios de Asia y África*. México, *Estudios de Asia y África*. Vol. XXXI, 1:157-175. Obtenido el 18 de septiembre de 2005 desde <http://www.florentinorodao.com/academico/aca96b.htm>
- RODAO, F. (1998a). "Filipinas: Las elecciones del Centenario". *Política Exterior*, XII, 63, pp. 117-134. Obtenido el 18 de septiembre de 2005 desde <http://www.florentinorodao.com/articulos/art98d.htm>.
- RODAO, F. (1998b). "Acabando la prioridad de los lazos privados: Presencia española en Extremo Oriente alrededor de 1945". *Cuadernos de Historia*, Instituto Cervantes, Manila, N. 1, pp. 69-81.
- RODAO, F. (1998c). "España en el Pacífico". *Islas del Pacífico: El Legado Español*, Madrid: Lumwerk, pp. 27-35.
- RODAO, F. (1999). "Las compañías españolas después de la Revolución Filipina". En *1898: España y el Pacífico. Interpretación del pasado, realidad del presente*. Madrid: Asociación Española de Estudios del Pacífico, pp. 557-566. Obtenido el 18 de septiembre de 2005 desde <http://www.florentinorodao.com/academico/aca99c.htm>
- RODAO, F. (2002). "Lo que perdió también España en la Batalla de Manila". *Revista Filipina*, V, 3. Obtenido el 18 de septiembre de 2005 desde [http://www.los-indios-bravos.com/revistafilipina/t5n3/rt\\_articulo\\_103.html](http://www.los-indios-bravos.com/revistafilipina/t5n3/rt_articulo_103.html)
- RODAO, F. (2003). "La colonización filipina y las relaciones con Asia". En *La Política Exterior de España (1800-2003)*, Juan Carlos Pereira Castañares (ed.). Barcelona, Ariel, pp. 341-356. Obtenido el 18 de septiembre de 2005 desde <http://www.florentinorodao.com/academico/aca03a.pdf>
- RODAO, F. (2004). "Siam y los contactos exteriores de Filipinas, 1565-1898". *Revista Española del Pacífico*, 14, 14, Asociación Española de Estudios del Pacífico, pp. 111-126. Obtenido el 18 de septiembre de 2005 desde <http://www.florentinorodao.com/academico/aca04a.pdf>
- RODAO, F. (2005). "La imagen de España en Asia-Pacífico". Documento de Trabajo (DT) 32/2005, Real Instituto Elcano, 9/VI/2005, Obtenido el 24 de mayo de 2009 desde <http://www.realinstitutoelcano.org/documentos/205/Rodao205.pdf>
- RODAO, F. (2006). "La reinterpretación global de una disputa local Españoles y norteamericanos ante Filipinas en el verano de 1940". *Del aislamiento a la apertura: La política exterior de España durante el franquismo. III Jornadas de la Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales, Universidad de Burgos, octubre 2004*. Madrid, Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales. Obtenido el 24 de mayo de 2009 desde <http://www.florentinorodao.com/academico/aca06b.htm>
- RODAO, F. y RODRÍGUEZ, N. (2001). *The Philippine Revolution of 1896. Ordinary Lives in Extraordinary Times*. Manila: Ateneo University Press.
- RODRÍGUEZ-PONGA, R. (2003). "Pero, ¿cuántos hablan en español en Filipinas?". *Cuadernos hispanoamericanos*, 631, pp.45-58.
- RODRÍGUEZ-PONGA, R. (2009). "Nuevas perspectivas para la lengua española en Filipinas". En *Análisis del Real Instituto Elcano (ARI)*, Nº. 27, España. Obtenido el 10 de enero de 2010 desde [http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/riecano/contenido?WCM\\_GLOBAL\\_CONTEXT=/elcano/elcano\\_es/zonas\\_es/lengua+y+cultura/ari27-2009](http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/riecano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/lengua+y+cultura/ari27-2009)
- RUESCAS, J. (2006). "Una asociación Hispano-Filipina". *Revista Filipina*, X, 1. Obtenido el 12 de enero de 2008 desde <http://www.revista.carayanpress.com/junio064.html#anchor234>
- RUESCAS, J. (2009). "Los Revolucionarios Filipinos y el español". *Revista Filipina*, XIII, 1. Obtenido el 10 de enero de 2010 desde <http://www.revista.carayanpress.com/hero.html>
- SÁNCHEZ GÓMEZ, I. A. (1998). "Las contradicciones del colonialismo: conflictos en la administración provincial de Filipinas durante el siglo XIX". *Cuadernos de Historia*, 2-3. Manila: Instituto Cervantes, pp. 87-102.
- SASTRÓN, M. (1901). *La insurrección en Filipinas y guerra hispano- americana en el archipiélago*. Minuesa de los Rios, Madrid. Obtenido el 10 de enero de 2010 desde <http://www.archive.org/stream/lainsurreccinen01sastgoog#page/n8/mode/1up>
- SON, J. (1998). "Torn Between Two Cononisers- Spain and America". Obtenido el 4 de junio de 2005 desde <http://filipinokastila.tripod.com/anti.html>
- STOREY, M. y LICHAUCO, M. (1926). *The conquest of the Philippines by the United States, 1898-1925*. New York: Putnam.
- UY, V. (2010). "RP-led anti-nuke conference moves treaty forward". *Inquirer.net*. Obtenido el 23 de junio de 2010 desde <http://globalnation.inquirer.net/news/breakingnews/view/20100530-272886/RP-led-anti-nuke-conference-moves-treaty-forward>.
- VILLASECA, N. y ROBLES, J. I. (2010). "Memoria compartida: el legado intercultural hispano-filipino". *Revista Filipina*, XIV, 2. Obtenido el 23 de julio de 2010 desde <http://www.revista.carayanpress.com/memoriaver10.html>
- YARZA ROVIRA, E. J. (2001a). *Las Filipinas en busca de su identidad hispana*. Obtenido el 16 de noviembre de 2004, desde <http://filipinokastila.tripod.com/busca.html>

---

<sup>i</sup> Fue Fernando Magallanes el primero en pisar tierra filipina en 1527, en medio de su vuelta al mundo junto a Elcano, promovida por la búsqueda de algunas especias, como clavo, jengibre y nuez moscada, que sólo se encontraba en las islas Molucas (actual Indonesia) y empujados también por el eco creado por los relatos de Marco Polo que Colón había dado a conocer sobre las riquezas de Japón. En una expedición posterior Legazpi llegó a Filipinas con embarcaciones y una tripulación de criollos nacidos en México con los que se ocupó Manila. Aunque nunca se reunieron en Filipinas más de 200 soldados provenientes de España, su presencia continuó en Filipinas hasta finales del siglo XIX, cuando otros pueblos americanos ya se habían independizado. Esta expedición comandada por Legazpi estableció el poder de España en Filipinas y echó los cimientos de su organización nacional permanente (Rodao, 1992). En cierto sentido fue una empresa americana, pues contaba con una flota de cinco barcos y 400 hombres, acompañados de 5 monjes agustinos. Esta cifra se reforzó en 1567 con 200 soldados y se incrementaba intermitentemente con la llegada a las islas de pequeños contingentes de monjes y soldados venidos de América Latina. En 1591 Colomé (2000a) cifra la población hispana en 700 españoles, 300 de ellos en Manila, de los cuales 140 eran misioneros. Estas condiciones se prolongaron hasta finales de la estancia española, cuando a la altura de 1864 España contaba con unos 4.050 colonos viviendo en el país, de los cuales 3.280 eran oficiales del gobierno, 500 clérigos y 70 comerciantes (Bourne, 1902: 60). Como ejemplo de los escasos recursos humanos que caracterizaron esta conquista, cabe destacar el caso de Juan de Salcedo, nieto de Legazpi, quien exploró a sus 22 años el norte de Luzón –las provincias actuales de Zambales, Pangasinan, La Unión, Ilocos y la costa de Cagayán- con 45 hombres. Otro hito heroico de estos primeros pobladores hispanos fue el de la resistencia a los ataques invasores portugueses y la de haber introducido cambios dentro de los 30 años siguientes a su llegada que constituyen una de las revoluciones más impresionantes de los anales de la colonización (Rodao, 1992).

<sup>ii</sup> En este sentido, Bourne (1902) documenta que los estragos provocados por los primeros conquistadores sucedieron antes de que la Corona tuviera tiempo de definir una política colonial.

<sup>iii</sup> Sobre la conquista de Filipinas, tanto las fuentes de origen hispanas como las americanas de Agoncillo –historiador que se hizo popular tras la Segunda Guerra Mundial (1955) y que se sigue estudiando en el siglo XXI en Filipinas como guía de texto (1974; 1990), marcado por un fuerte sensacionalismo nacionalista- hacen referencia a la conquista no sangrienta en Filipinas y a la convivencia pacífica de los primeros tiempos, siguiendo las órdenes e instrucciones expresas dadas por la Corona a la expedición de Legazpi.

<sup>iv</sup> Según las estimaciones de Rodao (1992), nunca se superó la cifra de 200 soldados españoles en Filipinas.



---

<sup>v</sup> Filipinas llegó a ser el puerto de referencia de Asia y mantuvo su bonanza como primer país de Asia –después de Japón- hasta la década de 1970 (Rodao, 2005).

<sup>vi</sup> Rizal, por ejemplo, tuvo una formación hispánica en Ateneo y en el Liceo Artístico Literario dependiente de la Universidad de Santo Tomás, continuando estudios en la Facultad de Madrid (Colomé, 2000: 50).

<sup>vii</sup> Esta visión de superioridad occidental que padecieron los filipinos no cambió con la llegada de los Estados Unidos, quienes tildaban de salvajes a los nativos encontrados en algunas tribus de las islas en el debate parlamentario celebrado en el Congreso de Estados Unidos de Norteamérica en 1901, cuando se discutía la concesión de derechos sociales y políticos a los filipinos (Molina, 1998a).

<sup>viii</sup> Segismundo Moret escribió este decreto durante su primer paso por el Ministerio de Ultramar entre el 1 de abril de 1870 y el 3 de enero de 1871.

<sup>ix</sup> Como ejemplo de esta desobediencia, cita este autor la real orden del 25 de junio de 1847, que prohibía comerciar a los jefes provinciales (1998: 94). A pesar de ello, haciendo caso omiso de tal orden, los gobernantes se introducen de lleno en la ilegalidad.

<sup>x</sup> Loupre (1990: 285) señala que antes de la ocupación norteamericana se hablaba el castellano en una buena proporción en las capitales importantes o de actividad comercial, en Manila hasta un 50%, 76,25% en la Isla del Corregidor, 36,16% en Zamboanga y 25% en Basilán. Según Rodríguez-Ponga (2003: 45), el idioma español se había extendido al 15 ó 20% de la población filipina antes de 1898.

<sup>xi</sup> El artículo de Harper (2002, s.n.) aporta algunos datos sobre este asunto que vienen a coincidir con los de Louapre (1990): "The schools for both sexes in the provinces numbered 870 for boys and 794 for girls. Among the students, 84,331 were boys and 70,275 were girls. Granted the education received was only as good as the teachers and their material, still the students of this generation were among those who would opt for independence in 1896 and 1898 and many of them would die for it".

<sup>xii</sup> Es esta una ironía histórica a la que hace referencia el propio Farolán (1998), que si no fuera por la educación extranjera de los reformistas, quienes habían bebido las aguas de la democracia en Europa y habían sido iluminados por las luces de la ilustración y el espíritu de la Revolución Francesa de 1792 de igualdad, fraternidad y libertad, reformistas como Rizal, López Jaena, del Pilar, etc. no hubieran escrito sus ideas sobre la libertad y la independencia contra los colonizadores. La intelectualidad que dirigía la Revolución Filipina surgió con el español y lo conservó como parte integrante de su identidad. Sin embargo, y a diferencia de lo que sucedió en Hispanoamérica, la lengua no sobrevivió por mucho tiempo a la Independencia. El motivo principal fue que en Filipinas no se completó el proceso de independencia, pues tras ella se impuso una colonización aún más fuerte y dominante, que trataría en los años posteriores de arrancar la influencia hispana del archipiélago.

<sup>xiii</sup> Al contrario que algunos autores, quienes consideran que la colonización española reportaba bienes materiales y riqueza a la Corona, como Gómez Sánchez (1998), Rodao sostiene (1996b, 1998c, 2003, 2004) que Filipinas era para España una colonia de segundo orden porque carecía de las riquezas halladas en América, por lo que se mantuvo bajo posesión española por la presión de la iglesia y por los propósitos evangelizadores de la Corona. Es por ello que afirma este autor que la independencia de la nación filipina a la altura de 1898 supuso para España la liberación de una pesada carga que ya no podía mantener.

<sup>xiv</sup> España trató de expandirse por el Pacífico desde Filipinas. Se intentaron varias

---

incursiones en China, Japón o Tailandia, todas ellas con la misma suerte, pues no había soldados suficientes para llevarlas a cabo y además las órdenes religiosas se oponían por temor a perder efectivos y recursos que les eran muy necesarios en Filipinas. No obstante, era la posesión más importante y adelantada del Sureste Asiático, y desde ella se gobernaban el resto de los territorios. Así, por ejemplo, Micronesia o las Islas Marianas eran colonias dependientes de Filipinas. Esto a veces, producía segregación y enfrentamientos internos entre las posesiones de la Corona: “También ha habido enfrentamientos y a un cierto malestar de los chamorros hacia los filipinos, por ridiculizar éstos a la cultura chamorra como provinciana y como un conjunto de préstamos de la filipina” (Rodao, 1998c: s.n.).

<sup>xv</sup> En el artículo de Gerona (1998) en los *Cuadernos de Historia del Instituto Cervantes de Manila*, 2-3, se expone abiertamente cual era el papel que jugaba la Iglesia en Filipinas y da buena cuenta del poder que las órdenes religiosas tenían en el gobierno de las islas.

<sup>xvi</sup> El episodio del Referéndum y de la controversia suscitada por la implantación de la soberanía española en Filipinas lo relata el P. Fr. Jesús Gayo (1950) en “Ideas Jurídico-Teológicas de los Religiosos en Filipinas en el Siglo XVI”. Según este autor, España es la única potencia mundial que tiene conciencia de su actuación colonial y da los pasos necesarios para legitimar su gobernación en los territorios no nacionales. Por ello, el primer Arzobispo de Manila, Monseñor Domingo de Salazar, convoca en 1586 un Sínodo para dilucidar la situación y la actuación de España en las islas, así como las competencias de su soberanía. Se llega a la conclusión de que sólo el consentimiento libre por parte de los filipinos haría legamito el dominio político de España sobre los territorios conquistados. Fr. Miguel de Benavides sucede a Monseñor Domingo de Salazar en este proyecto tras su muerte, y busca apoyo en Felipe II para este fin, quien por Decreto Real dispone la celebración de un Referéndum en el que participan los naturales de Filipinas aceptando la soberanía española.

<sup>xvii</sup> En 1600, una flota holandesa comandada por Oliver Van Noort, ataca a una sociedad filipina que disfrutaba de las ventajas del progreso y el desarrollo de estar junto a España. Es por este motivo que los filipinos se levantan en armas en apoyo de los españoles en la batalla de Mariveles para reprimir estos ataques que amenazaban su situación en las islas. Esta lucha conjunta, símbolo de armonía y convivencia, se repetirá en el siglo siguiente contra los británicos, quienes conquistaron temporalmente el archipiélago desde 1762 hasta ser expulsados por la resistencia hispanofilipina en 1764 (Colomé, 2000a; Rodao, 2003).

<sup>xviii</sup> Cuenta Rodao (1998a) que los órganos de gobierno norteamericano no daban crédito a lo que ocurría y observaban con estupefacción no sólo que participaran los cinco mil ciudadanos españoles que habitaban las islas, sino que también los mestizos y filipinos con antecedentes españoles se sumaran a este conflicto para apoyar a uno u otro bando.

<sup>xix</sup> En diciembre de 1897 se firmó el Pacto de *Byak-na-bató* entre el General Emilio Aguinaldo y el Gobernador y Capitán General Fernando Primo de Rivera, en representación del gobierno español en Filipinas. De este modo, los independentistas filipinos deponían sus armas y reconocían la relación política de consanguinidad con España. A pesar de este acuerdo, la intromisión de los Estados Unidos romperá esta vinculación política entre España y Filipinas para siempre, cuando ya los revolucionarios filipinos habían desistido de la lucha armada y habían reconocido la soberanía española en las Islas –habiendo aceptado los jefes revolucionarios el exilio y el pago de una importante indemnización por parte del gobierno español (Molina, 2003).

<sup>xx</sup> Hasta tal punto llega esta traición que los anglosajones se encargan de ajusticiar en 1907 al segundo presidente del gobierno de la República, según Gómez Rivera (2008). El Presidente Sakay

---

asumió el poder tras la captura y arresto domiciliario del Presidente Aguinaldo, pero en 1906 fue engañado mediante políticos filipinos –quienes empezaron a creer en la "benevolencia" norteamericana- con una falsa oferta de amnistía y un puesto en la proyectada Asamblea Nacional.

<sup>xxi</sup> El Consulado español en Filipinas comprobó la situación de cada ciudadano durante la ocupación japonesa, señalando que poco antes de comenzar ésta había registrados 3.500 individuos y que, tras un minucioso balance en 1944, se habían reducido la cifra a unos 3100, con 1735 varones, 1365 mujeres y 190 niños menores de 14 años. A esta estimación se debe sumar la de los mestizos que murieron y el número de españoles que después de la guerra decidió irse a España al encontrarse arruinados. La guerra había destruido sus negocios y sus casas y muchos de ellos habían pasado a vivir en condiciones de pobreza (Rodao, 1998b).

<sup>xxii</sup> Los paralelismos de la presencia de Estados Unidos en Filipinas y en las Islas Marianas son más que evidentes. Norteamérica desarrolló en ellas una política de administración benevolente con una idea de asimilación que se vio potenciada por una educación obligatoria en la que el uso del chamorro estaba totalmente prohibido. Además, Rogers afirma que William Edwin Safford, jefe ejecutivo del primer gobernador naval de Guam, encontró a las familias prominentes de la isla “bien educados, fuertemente hispanizados y un tanto desdeñosos de los americanos como menos sofisticados que los españoles” (Rodao, 1998c, s.n.). Esto era así por la educación a la que había estado expuesta la sociedad y a la indigenización de lo hispano entre sus habitantes. Debido a ello, las familias hispanizadas chamorras menospreciaban a los recién llegados anglosajones apoyándose en su asunción de la cultura española. De hecho, un informe de OSS, Office of Strategic Services, antecesora de la CIA, revelaba que durante la Guerra del Pacífico “en las islas Marianas, la cultura española es predominante entre los chamorros” (Rodao, 1998c, s.n.). Esa imbricación entre lo español y lo chamorro acabó en 1945#, como también ocurriera en Filipinas, pues la guerra le sirvió a Estados Unidos para demostrar su potencia militar, imponer su dominio político y modificar la economía de las islas, que pasaron a depender de los servicios prestados al ejército norteamericano (Rodao, 1998c).

<sup>xxiii</sup> La manera de dividir la colonia española en la región durante estos años era diferenciando entre laicos y religiosos, con predominio de los segundos en todos los territorios del Pacífico, excepto en Filipinas. De todos modos, la presencia del clero hispano era muy importante aún después de 1898, y todos los misioneros asignados a Asia pasaban por las Islas, donde las distintas Órdenes tenían sus Conventos Madre (Santo Domingo, San Agustín, San Nicolás, San Francisco, etc.) para ser enviados desde allí a sus destinos definitivos (Rodao, 1998b).

<sup>xxiv</sup> Esta universidad había sido el estandarte de la campaña de propaganda del régimen franquista por la Hispanidad y la religión católica (Rodao, 2006).

<sup>xxv</sup> A pesar de los esfuerzos dedicados por Isabel II para expandir la lengua española en Filipinas –en el año 1863 se establecía el sistema de instrucción pública en todas las islas, cuyo medio de instrucción era predominantemente el español- y aunque se convirtió en la lengua de la administración y en la *lingua franca* en la que se entendían los habitantes de las distintas islas del país, nunca llegó a hablarse de forma generalizada entre la mayoría de la población. En el siglo XX los datos de los que disponemos no son fiables, en parte por la interesada manipulación del censo llevaba a cabo por la administración norteamericana (Blat, Rivas y Lorenzo, 1968; Louapre (1990); Rodao, 1996b; Colomé, 2000; Gómez Rivera, 2000e; Galván, 2001; Yovira, 2001b; Rodríguez-Ponga, 2003). Por poner un ejemplo, los censos de 1903 y 1905 sostenían que los hispano-hablantes de este archipiélago nunca habían rebasado en su totalidad el 10% de la población de las Islas. Sin embargo, los estudios de Rodríguez-Ponga (2003) afirmaban que cuando España dejó Filipinas era un idioma hablado como lengua materna por el 15 o 20% de la población, sobre un total de 9

---

millones de habitantes. Según un estudio de Luciano de Rosa, el 60% lo utilizaba como segunda lengua (cit. en Gómez Rivera, 2000e), por lo que en su totalidad, el número de hispanohablantes se movía en torno al 75%. No obstante, dudamos igualmente de la veracidad de estas cifras, especialmente de las aportadas por Luciano de Rosa, en un tiempo en el cual era sumamente complicado llevar a cabo este tipo de mediciones.

<sup>xxvi</sup> Rodao afirma que en 1907 Washington facilitó el acceso de los productos filipinos en su territorio, lo que tuvo como consecuencia que despuntaran las empresas españolas o hispanizadas, como la Compañía General de Tabaco, Cerveza San Miguel o las empresas de Elizalde o Zobel de Ayala (2003: 349). El intercambio directo entre España y Filipinas se incrementó también desde 1898 -desde un total de 7 millones, entre importación y exportación, a 13 ó 14 millones de pesetas en el período anterior a la II República, bajando después hasta los 4 millones en 1936- entre las empresas privadas. Desde 1908 predominaba la exportación de Filipinas a España, aunque el desequilibrio era compensado por el capital neto enviado a la península en función de diversos conceptos, como importe de rentas de bienes radicados en Filipinas -cuyos propietarios residían en España-, pensiones enviadas a familiares en la península por aquellos que trabajaban en Filipinas o cantidades procedentes de la liquidación parcial o total de los intereses poseídos por españoles repatriados (Rodao, 1998b; 1999).

<sup>xxvii</sup> Tanto Harper (2002), como Bourne (1902), Louapre (1990) o Colomé (2000) coinciden en señalar que el índice de analfabetismo en Filipinas era menor que en la península u otras ciudades metropolitanas europeas. Esto era fruto de las políticas borbónicas desarrolladas durante el siglo XIX que tenían como objetivo principal el propiciar una educación universal para todos los habitantes de las Islas. Harper (2002) habla de un total de 870 escuelas para niños y 764 para niñas. Por su parte, Loupre (1990) muestra el incremento del número de escuelas creadas en función de las medidas tomadas en este sentido por la Corona. Habla de que en el año 1868 había 684 escuelas en todo el país, el doble que en 1855, que alcanzarán la cifra de 2.002 a la altura de 1888. En 1891 el número de escuelas registradas había subido a 2.114, por debajo de los 3.500 centros que se habían previsto construir para estas fechas.

<sup>xxviii</sup> Unos 16 mil soldados japoneses se vieron atrapados sin posibilidad de retirada y se atrincheraron en los muros de piedra de la zona de Intramuros y Ermita, la herencia hispánica de Manila. Citando las palabras de Rodao: “La respuesta americana no faltó: sólo entre las 7:30 y las 8:30 de la mañana del 23 de febrero se arrojaron sobre Intramuros 185 toneladas de explosivos de gran potencia, más de 61 obuses por minuto cayeron sobre los recuerdos mas palpables de los más de trescientos años de presencia hispana. Al final de esta batalla, cien mil cadáveres fueron recogidos entre los escombros de la ciudad, mientras que multitud de edificios históricos se podían ver destruidos por las bombas, entre ellos todas las iglesias españolas que se encontraban dentro de Intramuros a excepción de San Agustín” (Rodao, 2002: s.n.).

<sup>xxix</sup> El mando norteamericano tampoco se libra de una parte de culpa. Las prisas y la vanidad de MacArthur provocaron una maniobra envolvente que impidió a los soldados japoneses encontrar una vía de escape. Como consecuencia de la ofensiva del ejército americano sólo unos mil de sus soldados murieron en la batalla. Parecía que salvar sus propias vidas era su principal preocupación, por lo que se prefirió bombardear la zona enemiga y esperar a que los soldados japoneses estuvieran más agotados para enviar directamente a las tropas de tierra a una zona donde podía haber infinidad de soldados escondidos (Rodao, 2002).

<sup>xxx</sup> Dentro de la muralla del centro histórico de Manila había unas seiscientas casas, casi todas ellas de piedra y habitadas por españoles (Bourne, 1902). Había otras ciudades importantes en las islas, pero la capital había adquirido un mayor poder por la centralización absoluta del gobierno español

---

en las Islas. Por ello, se estima que el 50% de la población hablaba español y los españoles y mestizos vivían en esta zona (Rodríguez-Ponga, 2003). Esta concentración territorial explica la facilidad y la sistematicidad con la que se pudo actuar en la deshispanización de Filipinas.

<sup>xxx</sup> Estados Unidos difundió las demandas españolas -consideraciones imperialistas de la permanencia espiritual y cultural de España en Filipinas- sobre el pasado histórico y que Filipinas era más española que nunca. Hasta entonces el gobierno de Washington había considerado el pasado español como un periodo en el que se habían cometido errores, pero que también le había reportado beneficios al país. A partir de este momento la propaganda se radicaliza en lo negativo (Rodao, 2006). Se decía que la amenaza española hacía peligrar los procedimientos democráticos iniciados en Filipinas como medio para combatir la propaganda española que llamaba a los filhispanos, mestizos y a la identidad hispana de los filipinos y los misioneros. En su contra, los anglosajones trataban de convencer a los filipinos de unirse a ellos usando la imagen de España en base a dos argumentos: 1. que los países del Eje tenían ambiciones imperialistas en Filipinas; 2. que los nacionales de esos países respondían a un patrón violento y radical, aunque se reconociera que podía haber españoles no falangistas, alemanes, no nazis e italianos, no falangistas (Rodao, 2006).

<sup>xxxii</sup> Rodao (1998b) señala esta fecha como clave para representar cómo simbólicamente quedaron diluidos cuatro siglos de presencia española en Filipinas y prácticamente destruido el legado español, tanto por las consecuencias de la expulsión del ejército japonés de Filipinas como por los movimientos políticos de la España de Franco durante estos años y la consecuente pérdida de influencia en las relaciones oficiales con los gobiernos de Asia Oriental. Únicamente algunos aspectos permiten seguir hablando de la identidad de lo hispánico en Filipinas a pesar de la pérdida de la presencia española en las Islas, como son la estructuración de la sociedad, el idioma, las tradiciones, la gastronomía o la religión católica, mientras que los intereses privados españoles habían casi desaparecido de Filipinas. Desde entonces, sólo recientemente las empresas españolas están mostrando un renovado interés por Asia, como una parte necesaria en el objetivo de la globalización (Rodao, 2005). Desde que la presencia hispana alcanzara su punto más bajo en 1945, la situación ha mejorado ligeramente en los últimos años, pero todavía percibimos en la sociedad filipina los efectos de la falta de interés por parte española que sobrevino a los acontecimientos de 1898.

<sup>xxxiii</sup> Ciertamente, los hechos ocurridos en Asia precipitaron el comienzo de la Guerra Fría y, por lo tanto, influyeron significativamente en el fin del aislamiento internacional de España a partir de 1953, cuando Franco estableció nuevas relaciones con el Vaticano y con Washington. Después de esta fecha, 1953, y tras haber conseguido sus objetivos de diálogo con el bando Aliado, no habrá más contactos con Asia. Se puede decir que el gobierno español ya no necesitaba más a Filipinas. Una vez que el reconocimiento internacional después de 1953 aprobó la continuidad del régimen de Franco, las razones para mantener los contactos con Asia pasaron a ser mínimas. (Rodao, 1998b).

<sup>xxxiv</sup> Muchas empresas españolas se nacionalizaron filipinas a causa de sus desavenencias con el régimen de Franco y por el impedimento de la disposición de la administración americana que impedía adquirir tierra en Filipinas a los no filipinos o no americanos (Rodao, 1999). Por este cambio de nacionalidad, también el comercio cambió de manos. Si bien hasta la década de 1920 las dos terceras partes del comercio exterior de Filipinas había sido desarrollado por empresas españolas, tras la Segunda Guerra Mundial había descendido al mínimo. Aparte de los misioneros, el grupo más numeroso de residentes españoles en las Islas era el gremio de los empleados en empresas comerciales, industriales y agrícolas. Se calcula que unos 5 o 6 mil españoles habían adoptado la ciudadanía filipina como consecuencia de esta legislación, especialmente en los seis o siete años antes de la Guerra del Pacífico. Con respecto a los individuos de procedencia española, como los mestizos o cuarterones –un cuarto de sangre filipina- que conservaban la educación, los

---

gustos y las costumbres hispanas, se estima que la cifra alcanzaba el medio millón. Socialmente, la imagen de España pasó a ser la de un país atrasado y cuya influencia había sido nociva para el país. (Rodao, 1994a; 1998b).

<sup>xxxv</sup> Tal era su poder que los diplomáticos asignados a una representación en Asia podían encontrar un problema grave si decidían resistir sus demandas. Igualmente, Rodao (1998b) relata la imposición de medallas al mérito por parte del gobierno franquista con el fin de recaudar fondos, por ejemplo, las concedidas a Quezon o Rómulo. Las respuestas filipinas a las iniciativas españolas por una intensificación de las relaciones -medallas, honores y reconocimientos-fueron bien consideradas. Incluso se llegó a reconocer la valía de algunos elementos contrarios al régimen, como Enrique Zobel de Ayala, Antonio Roxas o el propio Rómulo. Estas aportaciones de dinero a cambio de medallas de reconocimiento a los expatriados no era exclusiva de las Islas Filipinas, sino que también era frecuente entre la comunidad española que gozaba de bienestar en América Latina (Rodao, 2006).

<sup>xxxvi</sup> Dentro de las compañías españolas en suelo filipino siguió con un puesto destacado la Tabacalera, creada en 1881. Mantenía a unos 200 empleados españoles y alcanzó durante la ocupación americana su periodo de mayor auge. Comerció con tabaco, azúcar, copra y aceite de coco e importaba otros productos españoles, como vinos, aceites y conservas. De las Compañías Familiares destacaban "Ayala & Cía", "Elizalde & Cía", "Lizárraga Hnos.", "Roxas & Cía.", "A. Soriano & Cía" y "R. Pérez Samanillo". Sin lugar a dudas, la más poderosa era la de Soriano, que poseía minas de oro, propiedades inmuebles y San Miguel, llegando incluso a tener influencias y acceso directo sobre el Cuartel General de Franco en España (Rodao, 1998b; 1999).

<sup>xxxvii</sup> La decadencia en la que entra España en estas fechas y la pérdida de influencia en Filipinas a partir de 1945 precipita los hechos. La pérdida de influencia de España a partir de la segunda mitad del siglo XX propiciará que una parte importante de la vieja élite española en las Filipinas cambie de nacionalidad y que comience un colapso entre las compañías españolas más allá de las iniciativas privadas (c.f. nota 26 y 34).

<sup>xxxviii</sup> El gobierno de Franco sintió un fuerte interés político hacia Asia Oriental debido a su aislamiento internacional y a la necesidad de mejorar sus relaciones con Washington. Asia Oriental empezó a ser vista como una especie de "puerta trasera" que podría servir para mejorar esas lazos con Estados Unidos por tres razones: 1. Las crecientes tensiones con la Unión Soviética (principalmente en la región, debido a la Guerra de Corea) realzaron la posición estratégica de España como un aliado localizado en un territorio bien protegido por los Pirineos ante un hipotético ataque de la Unión Soviética; 2. El ascenso del Comunismo -principalmente, por la victoria comunista en China- fue una "confirmación" de los avisos españoles sobre la creciente amenaza de Moscú; 3. Los regímenes anti-comunistas de la región -principalmente Manila, Bangkok y Tokio- eran lugares excelentes para establecer contactos con los altos oficiales de los Estados Unidos. Este peligro para Filipinas era real, pues en el año 1946 alcanzaría la independencia americana y los países totalitarios anticomunistas o los comunistas podían intentar un acercamiento al gobierno del archipiélago. A partir de este momento Franco estrechó relaciones con Filipinas y las cortó con Japón en un giro político radical que se extinguió a partir de 1953, cuando el gobierno de Franco consiguió el reconocimiento de la comunidad internacional (Rodao, 2006).

<sup>xxxix</sup> Un informe elaborado por miembros de la Unesco (Blat, Rivas y Lorenzo, 1968) recogía el dato del censo de 1960, en el que el español se hablaba entre el 2,1% de la población, de un total de 27 millones de habitantes, con respecto al tagalo o al inglés, con un 21,2% y un 39,5% respectivamente. No obstante, comentan estos autores la relatividad y la baja fiabilidad de los censos, pues en la categoría del inglés, por ejemplo, se incluía en el 39,5% a individuos que tenían

---

un conocimiento imperfecto del idioma.

<sup>xli</sup> El informe dice lo siguiente: “La Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID) ha venido apostando desde su inicio por los procesos de democratización y fortalecimiento de los gobiernos en Filipinas, convencidos de que el fortalecimiento de las estructuras locales, la descentralización y la mejora de las infraestructuras y servicios sociales son pasos previos al desarrollo integral de cualquier país y, por lo tanto, claves para la lucha contra la pobreza en todas sus manifestaciones [...] Esta situación se plasma en el proyecto Poder y Prosperidad de la Comunidad, que aúna de forma eficaz la promoción de la participación ciudadana a través de los Barangays (juntas de distritos municipales) y la creación de infraestructuras que mejoran de forma innegable las condiciones de vida de los beneficiarios, a través de obras como puentes, acueductos, aulas escolares, etc.”(AECID, 2009).

<sup>xlii</sup> No me resisto a citar aquí las acertadas palabras de Medina (2000a) a este respecto: “Presentamos la hipótesis de que la pérdida de la identidad y memoria hispanofilipino bajo el régimen colonial norteamericano llevó al tratamiento descontextualizado y parcial de la época hispanofilipina (1521-1898) en los textos de historia filipinos”.

<sup>xliii</sup> Rodao (1998a) señala que no conviene olvidar las condiciones sociales parecidas entre ambos países, como “el kumpadre, la religiosidad, los vínculos familiares como sustitución de los estatales y otras características de la mentalidad de los filipinos muestran un filtro latino difícil de esconder.” (130) o los procesos políticos similares en estos países: “Recientemente también se han vivido procesos semejantes en Filipinas y América Latina: los golpes militares y la similitud de unas crisis económicas en las décadas de los sesenta y los ochenta fueron producto de unos préstamos usados de forma ineficiente. Se habla también en Filipinas del creciente interés por el espiritismo, la brujería y los duendes, pero es sobre todo el auge de las telenovelas lo que revela el componente popular de las similitudes entre ambas sociedades” (Rodao, 1998a: 130).

<sup>xliiii</sup> Loaupre (1990) y Colomé (2000) comentan que a las escuelas y a las universidades iban sólo los hijos de los españoles o las clases pudientes o poderosos filipinos, con lo que la gran mayoría nunca llegó a instruirse y mucho menos a hablar español. Esta situación era más normalizada en las ciudades, pero en los pueblos se acusaba la ausencia de medios educativos y de formación en la lengua española. Esta situación comenzó a paliarse en la segunda mitad del siglo XIX con las órdenes de Isabel II, pero el desarrollo de los proyectos en la construcción de escuelas era lento y en 1896 se abortó todo intento de continuidad en este ámbito con la Revolución Filipina.

<sup>xliv</sup> Galván (2006) comenta en la *Enciclopedia del español en el mundo* que los trabajadores filipinos de los centros de llamadas reciben hasta un 40% por hablar español, en lo que coincide el actual director del Instituto Cervantes, Pépe Rodríguez (Agencia EFE, 2007) al hablar de las causas por las que los estudiantes filipinos inician sus estudios de español. También comenta como en los últimos años se han venido incrementando la petición y creación de cursos específicos para centros de llamadas y otras instituciones privadas y públicas. Se pueden consultar estos datos de manera detallada en la página web del Instituto Cervantes de Manila.

<sup>xlv</sup> Sobre esto, cabe comentar que el premio Zobel que se fallaba cada año, ha tenido que dejar de celebrarse con periodicidad anual debido a la escasez de obras, por lo que en sus últimas ediciones ha tenido que entregarse a “personalidades que han colaborado de otra manera al mantenimiento del español” (Loaupre, 1990: 290). En 2010 ha visto la luz la última obra impresa de un autor filhispano, un libro de poesía titulado *En la línea del horizonte* y escrito por la profesora del Departamento de Lenguas Europeas, la Dra. Daisy López.

<sup>xlvi</sup> A este respecto, Farolán (1999) señalaba que el estudio del español no debía ser visto como algo que viene de fuera, sino reconocerlo como parte de la propia identidad y construir los puentes necesarios desde los préstamos en las lenguas y dialectos filipinos con el fin de aprender el español universal. Para esta labor, en consecuencia, es indispensable contar con el apoyo de un profesorado nativo bien formado.

---